

1
2ej^o

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO
FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS
SISTEMA UNIVERSIDAD ABIERTA
LETRAS HISPANICAS

LA SOMBRA DEL CAUDILLO:
UNA REALIDAD HISTORICA HECHA LITERATURA



TESIS PROFESIONAL QUE PARA OBTENER EL TITULO
DE LICENCIADO EN LENGUA Y LITERATURAS HISPANICAS
P R E S E N T A

JOSE IGNACIO ACEVES JIMENEZ

México, D.F., Mayo de 1996

**TESIS CON
FALLA DE ORIGEN**

**TESIS CON
FALLA DE ORIGEN**



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Para Maite y Ana Teresa,

Ellas saben por qué.

AGRADECIMIENTO

**Al Sistema de Universidad Abierta de la
Facultad de Filosofía y Letras de la
Universidad Nacional Autónoma de
México.**

En particular a mis maestros:

**Dra. María Andueza Cejudo
Lic. Silvia Vázquez y Vera
Mtro. Jaime Erasto Cortés**

**A la Sra. Silvia Castro Miranda
por todo su apoyo y comprensión.**

INDICE

INTRODUCCION	1
CAPITULO PRIMERO MARTIN LUIS GUZMAN	
ANTE SU REALIDAD HISTORICA	1
1.1 Historia personal	1
1.2 Los caudillos de su época	5
1.2.1 Carranza	7
1.2.2 Obregón	14
1.2.3 Calles	18
1.2.4 Serrano, una trágica realidad en la historia	23
1.2.4.1 Orígenes y desempeño político	23
1.2.4.2 Hutzilac Amargo	33
Notas al capítulo primero.	
CAPITULO SEGUNDO MARTIN LUIS GUZMAN ENTRE	
QUERELLAS, AGUILAS Y SERPIENTES	43
2.1 La literatura en busca de la realidad	43
2.1.1 El hecho literario	44
2.1.2 Ficción y realidad	48
2.1.3 El discurso ficcional	50
2.2 La novela	52
2.2.1 La novela histórica	55
2.2.2 La novela dramática	58
2.3 Martín Luis Guzmán literato de la realidad	60
2.3.1 Su querella con México	61
2.3.2 México visto a orillas de un río	67
2.3.3 <u>El águila y la serpiente</u>	
Ficción y realidad del caudillo mexicano	70
Notas al segundo capítulo	91

CAPITULO TERCERO <u>LA SOMBRA DEL CAUDILLO</u>	
UNA VERSION LITERARIA DE LA	
REALIDAD POLITICA DE MEXICO	99
3.1 Los hechos en la realidad	100
3.2 El escritor frente a los hechos	106
3.3 Argumento de la novela	108
3.4 Los personajes	119
3.4.1 <u>La sombra</u>	120
3.4.2 Ignacio Aguirre	124
3.4.3 Axkaná González	130
3.4.4 El Caudillo	139
Notas al tercer capítulo	144
CONCLUSIONES	146
BIBLIOGRAFIA	149

SIGLAS

Q.M.	La Querrela de México
O.H.	A orillas del Hudson
A.S.	El águila y la serpiente
S.C.	La sombra del caudillo
P.P.	Primera parte
S.P.	Segunda parte
L.P.	Libro primero
L.S.	Libro segundo
L.T.	Libro tercero
L.C.	Libro cuarto
L.S'.	Libro sexto

INTRODUCCION.

Hace muchos años el maestro Enrique González Casanova nos introdujo a los alumnos del grupo que entonces conducía en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, en la lectura de la obra literaria de Martín Luis Guzmán. Guardo muy grato recuerdo de aquella época; no obstante el entusiasmo con que abordé la encomienda de mi maestro, no logré dimensionar entonces, en su justo valor, la trascendencia de la obra del invaluable autor mexicano.

Se hizo indispensable, muchos años después, llegar al seminario del maestro Jaime E. Cortés, en el sistema de Universidad Abierta de la Facultad de Filosofía y Letras, para revalorar la magnitud literaria de Guzmán: literato de la Revolución Mexicana.

Retomando ahora, desde otra perspectiva, la obra de Martín Luis, y comparada con la de otros autores que abordan el mismo período de la historia de México, pude descubrir el inmenso valor del legado que Martín Luis Guzmán hizo al pueblo de nuestro país. Entendí por qué el autor quedó instituido como uno de los intelectuales que más conoció las motivaciones culturales del mexicano: sus virtudes, sus defectos, sus fortalezas y sus debilidades.

Con voz autorizada entre las que más Martín Luis nos ofrece, a lo largo de su creación literaria, una lección práctica de ciencia política. Esto se hace más evidente en **La Sombra del Caudillo**, pues al adentrarse en la lectura de esta obra se puede realizar, sin tapujos retóricos, un análisis puntual del comportamiento de los caudillos en el poder. En cada uno de sus personajes, penetra Guzmán hasta los rincones más oscuros de las acciones de los hombres reales, con el propósito de mostrar al lector las motivaciones psicológicas de

y, así, poder entender el desorden y la corrupción en que se desenvuelven los políticos mexicanos.

En **La Sombra del Caudillo** su autor rescata acontecimientos verídicos de la historia política de México: la muerte del general Francisco Serrano y el aniquilamiento político de Adolfo de la Huerta, hermanados ambos hechos en la caracterización de Ignacio Aguirre, héroe protagónico que se convierte en la víctima, tanto como en la vida real lo fueron Serrano y de la Huerta, de la deshonestidad de los gobernantes.

Cuando decidí abordar el tema, me asaltaron dos inquietudes, la primera: definir la perspectiva de análisis, la segunda: seleccionar los autores que habrían de auxiliarme en mi propósito. En cuanto a la primera decidí hurgar en las líneas de **La Sombra del Caudillo** y contrastar los hechos narrados en la novela con la realidad histórica, para tratar de comprobar que la literatura transmite los acontecimientos de la realidad, tanto como lo hacen las ciencias sociales, con la gran ventaja que aquélla lo hace de manera más sencilla y fácil de comprender.

Aún, para lograr una mayor profundidad de análisis, se hizo indispensable recurrir a algunas obras anteriores de Martín Luis Guzmán: **La querrela de México, A orillas del Hudson, y El Aguila y la Serpiente**, pues en ellas el autor ofrece una caracterización crítica de cada uno de los caudillos en el poder y son, en efecto, la célula incubadora de **La Sombra del Caudillo**.

Más allá de la obra literaria de Martín Luis Guzmán, me fue indispensable buscar autores y textos que en el campo de la historia y de la teoría literaria contribuyeran a perfilar los dos primeros capítulos de este trabajo.

Así pues, para el primer capítulo resultaron de gran ayuda autores como Fernando Curiel, Emmanuel Carballo, Abelardo Villegas y los trabajos de tesis de Javier García Méndez y de Carlos J. González de la Mora, todos ellos me condujeron a precisar las semblanzas biográficas tanto de Martín Luis Guzmán, como del general Francisco R. Serrano. En el ámbito histórico, en el cual Guzmán penetra con sobrado acierto, consulté autores como John Mason Hart, Linda B. Hall, John W. F. Dulles, y Enrique Krauze, entre los principales. Cada uno de éstos, a lo largo de sus obras, confirman la certeza de los juicios vertidos en la obra temprana de Martín Luis Guzmán.

En el segundo capítulo, sin perder de vista la obra de Guzmán, me adentré en la teoría literaria y traté de esclarecer la constitución del “hecho literario” con el propósito de hacer evidentes la ficción y la realidad inmersas en **La Sombra del Caudillo**. Para ello recurrí a autores como Aristóteles, Georg Lukács, Raúl Dorra, Raúl H. Cartagnino, y Edwin Muir, entre los más relevantes. Después de plantear los puntos que consideré centrales sobre la teoría literaria, procedí a reproducir algunos de los pasajes de diversas obras de Martín Luis, anteriores a **La Sombra del Caudillo**, con los cuales puede dar fe de las afirmaciones teóricas planteadas por los autores mencionados.

Por último, en el tercer capítulo, entré de lleno en el análisis de **La Sombra del Caudillo**. En primera instancia procedí a examinar el acontecimiento real que dio origen a la novela, para ello recurrí a las versiones periodísticas, entremezclándolas con las vertidas por la visión histórica. Acto seguido, traté de exponer las motivaciones de Martín Luis Guzmán para realizar su novela, y procedí después al análisis de la obra para ubicarla en su estructura dramática y luego relacionarla con la realidad nacional. Para tal efecto rescaté los conceptos vertidos por Aristóteles, Edwin Muir y Octavio Paz. En la ruta crítica marcada por estos autores, encontré los elementos para fundamentar que **La Sombra del Caudillo** es una novela dramática que sustenta su historia en la realidad del comportamiento del mexicano,

tanto en lo social como en lo político, con lo cual pude confirmar que Martín Luis Guzmán es un literato que plasma la realidad histórica a lo largo de su obra literaria..

CAPITULO PRIMERO

MARTÍN LUIS GUZMÁN ANTE SU REALIDAD HISTÓRICA.

1.1. Historia personal.

Nace Martín Luis Guzmán el seis de octubre de 1887, en la ciudad de Chihuahua. Su padre, Martín Luis Guzmán y Rendón, era un distinguido militar del ejército federal, que se había casado con Carmen Franco Terrazas. Debido a que su progenitor asume el cargo de Detall del Colegio Militar, la familia Guzmán Franco deja el estado norteño y se establece en la ciudad de México en 1889. De esta manera, "a la vida del espíritu surge Guzmán en la villa de Tacubaya -a las faldas de Chapultepec- a cuya calle del Árbol Bendito se muda la familia".¹ Durante diez años Martín Luis hijo habrá de alimentar sus vivencias en un ambiente lleno de luz: hacia un lado el bosque y hacia el otro el Ajusco, figuras que con frecuencia aparecerán en su obra.

A los once años de edad el niño Guzmán cambia nuevamente de lugar de residencia, pues su familia deja la ciudad de México y se traslada al puerto de Veracruz donde el padre es nombrado subdirector de la Escuela Naval. De su estancia en el puerto, el futuro escritor habrá de guardar impresiones muy personales: "la libertad, el vínculo español (España en tanto extensión de la patria mestiza)".²

Así pues, México y Veracruz son los lugares en los que Guzmán realiza sus primeros estudios. En el puerto, además se inicia en el trabajo periodístico: es allí donde, a la edad de catorce años, edita una hoja quincenal titulada **la Juventud**.

Instalado de nueva cuenta en la ciudad de México, el joven Martín Luis inicia estudios de bachillerato en la Escuela Nacional Preparatoria, donde habrá de adquirir un espíritu de

liberalismo humanístico que lo inicia "en el amor a las ideas claras y en el horror a las nebulosidades con que a menudo se pretende suplantar el verdadero conocimiento".³ Concluidos los estudios de bachillerato, Guzmán ingresa en la Escuela Nacional de Jurisprudencia, pero interrumpe sus estudios de abogacía a causa del estallamiento de la Revolución.

Dice Antonio Castro Leal⁴ que poco antes de morir el coronel federal Guzmán y Rendón (el veintinueve de diciembre de 1910), confesó a su hijo que los revolucionarios peleaban por algo justo. Esta confesión, aunada a frases que desde la infancia había escuchado a su padre: "Ser un gran liberal" / "Tener un norte, como las brújulas",⁵ lanzan a Martín Luis a abrazar la lucha y a defender la ideología de la Revolución.

Como consecuencia de aquella revelación encontramos a Martín Luis Guzmán participando en las manifestaciones maderistas en contra de Porfirio Díaz, en 1911. Con plena convicción política ingresa a las filas del Partido Constitucional Progresista. Por lo que respecta a su filiación intelectual, queda ampliamente marcada con su ingreso al Ateneo de la Juventud. El propio Guzmán evoca el momento en que fue invitado a participar en ese grupo de intelectuales a los que tanto debe la cultura mexicana actual:

En 1908 me atreví de nuevo a publicar. En ese año dije un discurso en una admirable procesión de antorchas que organizamos los estudiantes de las escuelas de México para conmemorar la Independencia [...]. Ese discurso permitió que me "descubriera Jesús T. Acevedo, quien me llevó al Ateneo de la Juventud".⁶

A partir de ese momento el crecimiento cultural de Martín Luis habrá de marcar una línea ascendente, propiciada por las discusiones amistosas y los sesudos razonamientos suscitados en constantes tertulias con José Vasconcelos, Pedro Henríquez Ureña, Antonio Caso, Julio Torri, Carlos González Peña, entre otros distinguidos miembros del prestigiado grupo cultural. Seguramente de las fructíferas reuniones se iban esclareciendo las concepciones

del mundo en que vivían y se puntualizaba la trascendencia del inminente movimiento revolucionario. En este punto, afirma Abelardo Villegas que a los ateneístas la Revolución "Les interesa como un acontecimiento moral, cultural, mental. Comprendían las reivindicaciones laborales, agrarias, económicas, pero la cuestión social se les aparecía fundamentalmente como una cuestión educativa y cultural".⁷

En síntesis, son tres las líneas que habrán de influir en la definición ideológico-cultural de Martín Luis Guzmán: la educación familiar, complementada por sus estudios de bachillerato; su filiación política al Partido Constitucional Progresista; y su ingreso al Ateneo de la Juventud. Todas estas circunstancias potencian su capacidad personal y lo colocan en un lugar sobresaliente entre los intelectuales mexicanos, cuya obra representa un importante baluarte de nuestra cultura. Resulta muy elocuente la imagen que de Guzmán nos presenta Emmanuel Carballo:

Martín Luis Guzmán conversa con sabia naturalidad. Las palabras salen de su boca austeras e inteligentes. Por su duración, los silencios se identifican con los distintos signos ortográficos: la coma, el punto y coma, el punto y aparte. Al hablar distingue los vocablos mediante el uso de las redondas y las bastardillas. En él todo es malicia, premeditación, cultura. En su mundo se halla abolido el azar: omite y emite juicios según las normas de su legítima conveniencia.⁸

Ante la noticia del asesinato de Francisco I. Madero, Guzmán abandona la ciudad de México y se reúne con el grupo de revolucionarios que, desde el norte de la República, repudian al usurpador Victoriano Huerta y luchan por restablecer el orden. Así, lo encontramos primero en Sinaloa, integrado a las fuerzas de Ramón F. Iturbe; poco después en Sonora, en las filas del ejército comandado por Obregón; luego, en Chihuahua, bajo las órdenes de Venustiano Carranza; por último, se incorpora a la División del Norte al mando de Francisco Villa, con el cual habrá de establecer una relación muy especial.

Por órdenes de Carranza estuvo preso en la Penitenciaría, con otros villistas, pero gracias a la Convención de Aguascalientes es puesto en libertad. Al triunfar Carranza, Guzmán abandona México y establece su residencia en Nueva York, desde donde dirige **El Gráfico**, revista que recoge información sobre los acontecimientos mexicanos. Además, se dedica a la enseñanza del español y de la literatura española. En 1920 regresa al país y continúa en su labor periodística al hacerse cargo de la sección editorial de **El Herald de México**. Funda **El Mundo** y por primera vez incursiona en el ámbito de la política al ser elegido diputado al Congreso de la Unión para el período 1922-1924.

Su estancia en Estados Unidos no habría de ser su único destierro, de 1925 a 1936 deja de nuevo el país, en un segundo exilio, y se instala en España, donde trabaja como "redactor, colaborador, editorialista y director de varios periódicos madrileños, entre ellos **El Sol**, y **La Voz**".⁹ De vuelta en México, en 1936, colaboró a lo largo de cinco años en **El Universal** y funda la revista literaria **Romance**. Más tarde, en 1942, funda el semanario **Tiempo**.

Además de la labor periodística, Martín Luis se ligó al campo político y cultural del país de manera singular: ocupó el cargo de senador de la República por el Distrito Federal. Por sus méritos culturales fue miembro de la Academia Mexicana de la Lengua y le fue otorgado, en 1958, el Premio Nacional de Literatura. Se hizo merecedor, además, al Premio Manuel Ávila Camacho. Fundó la empresa librera EDIAPSA y ocupó algunos otros cargos públicos. Murió, Martín Luis Guzmán, en diciembre de 1976, a los 89 años. Heredó a los mexicanos y a la humanidad su obra que muestra al México de ayer y que contribuye a entender al México de hoy por su enorme vigencia. Con mucho acierto expresa Emmanuel Carballo:

Dedicado a la política durante su juventud, servidor eficaz de la administración pública a partir de la madurez, periodista desde siempre --y periodista ejemplar, el mejor periodista que ha producido México en el siglo XX--, Martín Luis Guzmán ha sabido mezclar los ocios y las ocupaciones de tal manera que ha quedado bien con "dios y con el diablo": la Revolución y los gobiernos revolucionarios le deben servicios

fundamentales y las letras mexicanas lo cuentan entre sus pocos escritores sobresalientes.¹⁰

1.2. Los caudillos de su época

Adentrarnos en el período histórico que vivió Martín Luis Guzmán en su juventud, es una tarea compleja, tantas son las tendencias y las apreciaciones, que resulta difícil llegar a un razonable sentido de imparcialidad que permita diagnosticar los hechos y centrar, desinteresadamente, las figuras de los caudillos que enarbolaron las banderas de los distintos momentos de la lucha revolucionaria.

Es pertinente apuntar que la Revolución Mexicana es tan sólo la síntesis y el resultado de la problemática situación que el país vivió durante el siglo XIX, en el cual fueron gestándose una serie de situaciones de injusticia provocadas por la oligarquía que, cada vez más, afianzaba su posición en detrimento del pueblo. En un principio, la Guerra de Independencia trajo esperanzas de cambio pero, con el paso del tiempo, se vieron frustradas. Ciertamente es que el pueblo mexicano se deshizo del yugo de la corona española, pero de lo que no pudo deshacerse fue de su propia cultura, conformada a lo largo de tres siglos de dominación, en la que prevalecen, aún en nuestros días, características como la pasividad política, la sujeción y el respeto por los intereses de las minorías, entre otras.

Martín Luis Guzmán, profundo conocedor de nuestra historia, hace una síntesis de los principales momentos que vivió México de la Independencia a la Revolución:

- La Independencia de México la consumó la clase opresora y no la clase oprimida de la Nueva España. Los mexicanos tuvimos que edificar una patria antes de concebirla puramente como ideal y sentirla como impulso generoso; es decir, antes de merecerla [...]. La Reforma trató de realizar la verdadera Independencia, de romper interiormente el orbe colonial. No hubo tiempo: apareció Porfirio Díaz [...]
- Díaz instituyó la mentira y la venalidad como sistema, el medro particular como fin, la injusticia y el crimen como arma [...]
- Llegó la hora de la Revolución.

-- Y como las revoluciones no se hacen con los miembros honorables de las asociaciones de padres de familia [...] entraron en escena los hombres que conciben el desorden como instrumento creador, hombres que no olvidaron aquella afirmación de la Biblia:

"Y la tierra estaba desordenada y vacía, y las tinieblas estaban sobre la haz de las aguas". Sólo en el desorden es posible separar las tinieblas de la luz. La superabundancia vital de estos hombres trastocó la rígida tabla de valores en ejercicio, sacó al país de los carriles habituales: destrozaron las rutas existentes para crear otras nuevas más acordes con la realidad nacional.¹¹

En esta breve reseña se trasluce con claridad la opinión que Guzmán tenía de los caudillos de la Revolución, entendidos los intereses que se movieron desde la Independencia y que no cambiaron ni en la Reforma ni en la Revolución y que tal vez prevalezcan aún hoy. En el caso del movimiento iniciando en 1910, observamos que al poco tiempo de instalado el gobierno de Francisco I. Madero, la inestabilidad que caracterizaba al país dio paso a la inconformidad ocasionada por varios errores cometidos por el presidente de la República. Es conocido que Madero mostró debilidad para apaciguar al país y le faltó carácter para controlar las finanzas y unificar su gabinete. Además su espíritu conservador lo condujo a no modificar las estructuras económicas y sociales del país, acabó favoreciendo a la oligarquía porfiriana. Esta serie de fallas culminó en la "Decena Trágica". Con el asesinato de Madero y Pino Suárez da inicio una práctica magnicida que marcó por algunas décadas la historia de México.

Pese a los errores del régimen maderista, entre los caudillos de la Revolución, Madero fue el único que no respondió a intereses personales. Con datos fehacientes, John Mason Hart¹² pone de manifiesto que los demás caudillos matizaron sus acciones respondiendo a intereses personales con fuerte incursión norteamericana.

En términos claros, la nuestra no puede ser una revolución que adjudique la victoria a campesinos y obreros, puesto que sus dirigentes surgieron de alianzas entre burócratas, militares, comerciantes y terratenientes, auspiciadas por Estados Unidos. Para confirmar esto

último basta recordar que constantemente los caudillos que ocuparon la silla presidencial estuvieron preocupados de que sus gobiernos fueran aceptados por Washington.

1.2.1. Carranza.

1887 marca el inicio de la larga carrera política de Venustiano Carranza, quien después de haber sido presidente municipal de Cuatro Ciénegas durante dos períodos alternos, y después de haber sido senador suplente por su estado (Coahuila), en 1904 es recomendado ante Porfirio Díaz, por el gobernador Miguel Cárdenas, para ocupar el cargo de senador propietario. En su recomendación, el citado gobernador decía: "los antecedentes del señor Carranza, su amor al orden y demás cualidades que posee, así como ser un adicto y sincero partidario de la administración de usted, constituyen una garantía segura de su adhesión".¹³

Por todos sus antecedentes, Carranza se declara porfirista y, consecuentemente, antimaderista, así lo confirma un documento que en 1909 le escribe al presidente Díaz: "Espero que esta labor será de la aprobación de usted, a la vez que **servirá de prueba de mi invariable adhesión** a la buena marcha de su gobierno, **hoy criticado por persona de ninguna significación política**".¹⁴ En este tiempo, Carranza fungía como gobernador interino de Coahuila. Pero muy pronto habría de mudar de parecer a causa de que Díaz no lo apoya en su deseo de llegar a ocupar la gubernatura a partir del voto popular. El resentimiento lo hace transitar al maderismo. Es así como "En enero de 1911 Carranza se reúne con Madero en San Antonio, Texas. En febrero, Madero lo designa gobernador provisional de Coahuila y comandante en jefe de la Revolución en Coahuila, Nuevo León y Tamaulipas".¹⁵ Pese a que su definición respecto a las personas resulte poco firme y deje traslucir sus afanes personales y de grupo, lo cierto es que sus ideales políticos son claros. En una de sus intervenciones como consejero de estado, en ciudad Juárez, Carranza expresó "La Revolución, señores, es de principios, no personalista. Y si se sigue al señor Madero, es porque él enarbola la enseña de nuestros derechos, y si mañana ese lábaro santo cayera de sus manos, otras manos robustas se aprestarían a recogerlo".¹⁶

Advertimos en estas palabras la decisión de Carranza de luchar por la consecución de un ideal, tal vez el personal o el de su grupo, más no a un caudillo. Quizá en ese momento ni siquiera sospechara que él mismo habría de ocupar ese lugar protagónico y, mucho menos, su postura intransigente en la sucesión presidencial de 1920 que lo conduciría a la muerte.

Precisamente, a dos años de distancia de estas declaraciones, en marzo de 1913 se lanzó el Plan de Guadalupe documento que, discutido y aprobado por un grupo de jóvenes oficiales, habría de ser la base de la lucha revolucionaria. En esencia, este plan desconocía a Victoriano Huerta como presidente interino; desconocía asimismo a los poderes legislativo y judicial federales; y designaba a Carranza como Primer Jefe del Ejército Constitucionalista quien, en el momento en que fuera tomada la ciudad de México, ocuparía interinamente el poder ejecutivo y convocaría a elecciones una vez restablecida la paz.

Al aceptarse el Plan de Guadalupe, Carranza era colocado en la categoría de caudillo máximo de la Revolución, pero en efecto, representaba los intereses de los grupos rurales más selectos, quedando relegados, pese a lo que pudiera opinarse, los movimientos agrarios encabezados por Emiliano Zapata y Francisco Villa. Así fue, además, por que los intereses de los Estados Unidos se veían resguardados. Con Carranza en el poder se contrarrestaba el peligro que las posturas zapatistas representaban para los intereses del capital extranjero en México. A este respecto, Carlos Fuentes ha sintetizado con especial claridad esta situación al expresar:

El zapatismo mostró ser incorruptible e invencible y demostró constantemente su "capacidad para reemplazar al Estado con un antigobierno descentralizado" mediante una federación de municipios libres. Tanto los líderes de la clase media modernizadora y centralizadora (Madero, Carranza, Obregón) como los Estados Unidos vieron en esos movimientos la amenaza final a sus propios intereses. Tácitamente se agruparon en contra de ellos, pero naturalmente sus oposiciones fueron diferentes. Para el gobierno de Wilson, la revolución mexicana vino a representar una indeseable elección entre dos

extremos. O aceptaba Washington el triunfo al sur de su frontera de una revolución de obreros y campesinos colectivista, antinorteamericana, radical y experimental, pero al mismo tiempo confusamente tradicionalista, o accedía a las demandas de poderosos intereses norteamericanos que exigían que la respuesta oficial de Washington a la revolución fuera la intervención e incluso la anexión del territorio mexicano.¹⁷

Si Estados Unidos se debatía en un dilema, México se desangraba sumergido en un grave problema armado que habría de continuar por largo tiempo. Pese a la claridad con que el Plan de Guadalupe estipulaba que a la caída de Huerta la Revolución se daba por terminada y sólo restaba la reconstrucción del país, la realidad fue otra: dos caudillos populares no quisieron plegarse a la autoridad de Carranza; estos eran Villa y Zapata.

Con Francisco Villa, Carranza tuvo problemas desde el primer momento en que aquél abrazó el movimiento constitucionalista: "Villa se negó a quedar militarmente a las órdenes del coronel Álvaro Obregón, e indicó que sólo acataría órdenes de la primera jefatura. Carranza, que necesitaba su apoyo, se vio obligado a aceptar esta condición, aunque no de buen grado".¹⁸ Advertimos en esta condición impuesta por Villa un afán de obtener nivel; recibir órdenes de Obregón significaba menor estatus dentro del movimiento armado; recibirlas directamente del Primer Jefe lo colocaba a la altura de los principales jefes.

Los separó también la pertenencia a distintos grupos: Villa apoyaba, dentro de la problemática situación del estado de Sonora, a los maytorenistas, en tanto que Carranza se inclinaba por los pesqueiristas. Explica Enrique Krauze que a Carranza y Villa los separaba más una "querrela de pasiones y personalidades que de creencias o ideologías".¹⁹ No olvidemos que el poder de Francisco Villa en Chihuahua y Coahuila era enorme y ofrecía resistencia al gobierno pleno del Primer Jefe constitucionalista. Además de lo anterior Carranza y Villa discreparon sobre el Convenio de Torreón el cual "indicaba que el Primer Jefe, al asumir el poder, formaría su gobierno con civiles y militares, tanto villistas como carrancistas; que debía convocar de inmediato a una junta o convención revolucionaria de jefes militares con mando;

que esta convención designaría la fecha de las elecciones generales, así como la elaboración de los programas de gobierno".²⁰

Desde luego, Carranza se opuso a los acuerdos de esta convención, pues de haberlos aceptado se habría visto limitado en sus ambiciones políticas. Lo único que aceptó fue convocar a una junta revolucionaria, que, con el nombre de convención, inició sus trabajos en la ciudad de México el primero de octubre de 1914, teniendo como sede la Cámara de Diputados.

Por lo que respecta a la figura de Zapata, expresa el propio Krauze que a Carranza "lo separaba abismalmente la clase social, la cultura y hasta la civilización".²¹ Se advierte de parte de los tres caudillos un afán contradictorio: "por un lado una voluntad positiva y desinteresada de pacificación, de acuerdo; por otra una recelosa urgencia de establecer vínculos y alianzas, una lucha subterránea por el poder".²²

La convención iniciada en la ciudad de México se traslada a Aguascalientes y, como lo señala José Vasconcelos, tenía la misión de "llevar a buen fin los dos objetivos de la Revolución: el político y el económico".²³ Para lograr el primero era indispensable restablecer los principios básicos de la Constitución de 1857, aunque salvaguardado los principios de la Revolución en contra de los abusos gubernamentales. Respecto al segundo, era necesario legislar, aunque sólo fuera de manera provisional, pues muchos eran los problemas que en este orden requerían solución inmediata, entre los prioritarios se encontraban aquellos que aquejaban a los sectores campesino y obrero.

En la Convención de Aguascalientes, integrada en un principio por fuerzas villistas y carrancistas, las posturas se recrudecieron aún más cuando se integraron representantes zapatistas. Sin embargo, el preludio de una posible solución se avizoró cuando el General Obregón lee la carta sellada que había recibido de Venustiano Carranza, en la cual:

En términos agresivos calificaba a los convencionistas de reaccionarios y los acusaba de querer retirarlo del mando por su postura radical, y enfatizaba que estaba dispuesto a dejarlo siempre y cuando su renuncia estuviera acompañada del cese simultáneo de Villa como general en jefe de la División del Norte y del de Zapata como comandante en jefe del Ejército Libertador del Sur. Finalmente advertía que si los delegados no estaban de acuerdo con este sacrificio, él reuniría a los constitucionalistas para acabar con los enemigos de la libertad".²⁴

El conocimiento de esta misiva provocó gran revuelo entre los convencionistas, al grado de que se suspendió la sesión. Sin embargo, de manera secreta, se acordó, por parte de la cúpula convencionista, aceptar las renunciaciones de Carranza y de Villa, quedando en suspenso la relativa a Zapata. Tomado este acuerdo se procedió a nombrar presidente interino, punto en el cual se volvieron a suscitar enconadas discusiones, hasta que al fin, por sugerencia de Álvaro Obregón, se eligió a Eulalio Gutiérrez.

Sin embargo, pese a lo que se pudiera suponer, la situación no se solucionó pues Carranza, quien había salido de la ciudad de México e instalaba su gobierno en el puerto de Veracruz, se negaba a renunciar arguyendo que su carta de fecha veintitres de octubre sólo manifestaba su disposición a renunciar, pero no era en sí su renuncia. Consecuentemente declaraba ilegal la designación de Gutiérrez, al tiempo que hacía notar que Villa continuaba al mando de la División del Norte.

La Convención de Aguascalientes sesionó por última vez el trece de noviembre sin haber unificado criterios, puesto que siempre estuvieron muy marcadas las tres facciones: carrancistas, villistas y zapatistas. Después de la Convención, el país quedaba en peores circunstancias de división que antes, por una parte Carranza con su gobierno establecido en Veracruz, Eulalio Gutiérrez con su gobierno provisional instalado en la ciudad de México y dos caudillos que transitaban por el territorio nacional con sus respectivos ejércitos: uno en el norte y otro en el estado de Morelos. Por si esto fuera poco Eulalio Gutiérrez, advertido de que Villa

había ordenado su ejecución, huye de la ciudad de México, ante lo cual el general Roque González, presidente de la fracasada Convención de Aguascalientes asume el cargo de presidente interino a nombre del gobierno convencionista.

Dados todos estos acontecimientos de lucha por el poder, el triunfador resultó ser Carranza "Convencido como estaba -escribe Arnaldo Córdova- de que él encarnaba los verdaderos intereses de la Nación, se concebía a sí mismo como el principio del Estado en ciernes y actuaba en consecuencia".²⁵ Y en efecto, en manos de Carranza el país se acercaba a reformas importantes que el Primer Jefe del constitucionalismo consideraba impostergables para el buen funcionamiento del país. Krauze se pregunta "cuál habría sido la estructura política de México si Carranza se hubiera plegado a la Convención".²⁶ Y al contestarse si más democrática o más frágil, Krauze concluye diciendo "nunca lo sabremos".²⁷

La realidad es que desde principios de 1915 y hasta el mes de octubre se suscitaron diversos acontecimientos que le permitieron a Carranza volver a la ciudad de México: Obregón vence a Villa; Pablo González a Zapata; Lagos Cházaro, último presidente convencionalista, se rinde; y, si esto fuera poco, Estados Unidos reconoce diplomáticamente al gobierno carrancista. Establecido en México el Primer Jefe del constitucionalismo realiza acciones de carácter político y social que predicán las reformas que habrán de quedar plasmadas en la Constitución de 1917, de la cual expresa Carlos Fuentes, parafraseando a Mason Hart, "fue en realidad [...] el resultado de la solidaridad entre las élites rurales y la clase media en ascenso. Sin embargo ese documento tuvo que hacer concesiones a todas las clases sociales."²⁸

De manera hábil, Carranza había logrado fijar restricciones para la elección de diputados al congreso constituyente, por ejemplo no se permitía que fueran electos "los que hubieran ayudado con las armas o sirviendo empleos públicos a los gobiernos o facciones hostiles a la causa constitucionalista".²⁹ Con estas restricciones no es extraño que el Congreso estuviera

"constituido en su gran mayoría, por elementos pertenecientes a la pequeña burguesía liberal y dividido en dos corrientes históricas; la de los viejos renovadores de la legislatura maderista [...] y la de los jacobinos [...] formada por los jóvenes revolucionarios nutridos de los conceptos sociales preconizados por el programa del partido liberal mexicano".³⁰

Como podemos apreciar, Carranza encabezó una revolución sectorizada tendiente a favorecer a la burguesía rural y a las clases medias que, como lo afirman Fuentes y Mason Hart, ¡grave afirmación!, tuvo que hacer "concesiones" a los obreros y campesinos. Durante toda su gestión Carranza fue forjando su destino: pese a los aciertos, había permitido que muchos de sus colaboradores entraran en una franca y descarada corrupción. Muchos de ellos "usufructuaban los puestos públicos como propiedad privada. El viejo no roba, pero deja robar, se llegó a decir".³¹ Bajo estas condiciones su gobierno sufrió un desprestigio moral irrecuperable y, aunque él lo sabía, no pudo, por cautela, corregirlo. Tenía "la sensación de que la lucha no sólo era cambio sino también fango, botín, ambición, depredación. Quedan todavía demasiados frentes inciertos como para seguir abriendo nuevos".³²

Hacia el final de su período presidencial, Carranza pretendía dar a México un gobierno civil y propone, para tal efecto, a Ignacio Bonillas, embajador de México en Washington. Con esta propuesta se enardecieron los ánimos de los grupos que buscaban el ascenso al poder y el desprestigio de Carranza fue aún mayor. Bien vista, la intención de Carranza era saludable, estaba convencido de que el mal de México era el militarismo y consideraba que lo más adecuado era que ascendiera al poder un civil. Pese a las buenas intenciones, lo que nunca previó el viejo presidente fue el poco arraigo de Bonillas entre el pueblo, quien debía competir en contra de la figura de Álvaro Obregón, el cual propalaba voz en pecho: "si no consigo que me elijan presidente [...] será porque no quiere don Venustiano. Pero antes de que el viejo barbón falsee las elecciones, me levantaré, en armas contra él".³³ Y diciendo y haciendo, para abril de 1920 es lanzado el Plan de Agua Prieta por medio del cual el grupo sonorenses se

postula en favor de Obregón, desconociendo el gobierno de Carranza y por tanto, reabriendo el expediente de la Revolución.

Ante las circunstancias, Carranza abandona, de nueva cuenta, la ciudad de México y emprende el camino hacia el puerto de Veracruz; estaba seguro de contar con el apoyo del ejército de aquella entidad, al mando del general Guadalupe Sánchez. Nada más alejado de la realidad, las propias fuerzas de Sánchez atacan al convoy de sesenta vagones, obligando al presidente Carranza a abandonar los trenes e internarse en la sierra de Puebla, donde encuentra la muerte el veintuno de mayo de 1920, en el poblado llamado Tlaxcalantongo.

1.2.2. Obregón.

Álvaro Obregón es otro de los grandes caudillos de la Revolución preocupado más por salvaguardar intereses personales y de grupo, que por resolver problemas sociales. Si tuviéramos alguna reserva para aceptar esta afirmación baste recordar que cuando se postula para Presidente Municipal de Huatabampo "pacta con varios hacendados y con Chito Cruz, gobernador de los mayos, y logra que peones e indios voten por él. De todas formas el resultado es incierto, sólo el apoyo de Adolfo de la Huerta, para entonces ya maderista prominente, inclina la balanza a su favor".³⁴ A partir de este momento la figura de Obregón cobrará, cada vez más, gran significación dentro del movimiento revolucionario, vinculada estrechamente con Venustiano Carranza, aún cuando a la postre haya habido una ruptura entre ellos.

Las acciones militares de Obregón contra Orozco lo significaron ampliamente en su estado natal. A finales de 1912, había consolidado una importante posición de liderazgo que, caso excepcional, era aceptado por los distintos grupos de la sociedad sonorenses, "en la clase alta, por sus vínculos familiares; entre los grupos indígenas como los mayos, con quienes había crecido y cuyo idioma hablaba; y entre los grupos de trabajadores y de la clase media, con los

que se sentía identificado por su situación y su acontecer económicos".³⁵ Encontramos en esta cita un claro ejemplo del carisma que poseía Obregón; pero sin duda se movían también intereses sectarios, no olvidemos que Edward Larosque Finker, quien tenía el encargo de buscar un protector para la mina de Nacozari, encuentra en Obregón al hombre ideal para tal encomienda, con lo cual las compañías representadas por Larosque Finker dieron su apoyo al joven teniente coronel sonorense. Aún más "La posibilidad de que ese apoyo haya sido de carácter financiero lo refuerza el hecho de que Obregón tenía depositada a fines de 1912 la cantidad de 2000 dólares en el **First National Bank** de Douglas, lugar muy conveniente puesto que él estaba tratando de comprar rifles y municiones".³⁶

Es la figura de Obregón la de un líder nato en el cual coinciden los intereses de diferentes sectores sociales: está vinculado familiarmente con la clase alta de Sonora, aunque el propio Obregón se identifique por convicción con la clase media; despierta el interés de los norteamericanos, preocupados por defender sus negocios en México; y, por último, Carranza le da reconocimiento pues ve en él a un elemento útil para la causa de los constitucionalistas. Y sin embargo, es necesario entender que, como se ha dicho ya, en el fondo Obregón luchaba por obtener la supremacía militar, más por un interés personal de poder, que por salvaguardar los intereses revolucionarios. Y logra sus objetivos: sus aciertos tanto militares como políticos lo imponen en el campo de la Revolución al grado de que Carranza lo designa, personalmente, comandante en jefe del Cuerpo del Ejército del Noroeste con jurisdicción sobre Sonora, Sinaloa, Durango, Chihuahua y Baja California, esto ocurre el veinte de septiembre de 1913. Desde ese momento, Obregón lucha por "apartar de Carranza al único militar que podía hacerle sombra: Felipe Ángeles".³⁷

Muchas son las hazañas militares de Obregón, mucho también el prestigio adquirido. Sin embargo, en algunos momentos este prestigio sufrió descalabros, conviene recordar los acontecimientos que se suscitaron cuando Obregón ocupó la capital, el veintiocho de enero de

1915. Mucho había sufrido la ciudad por aquellas fechas debido a la ocupación convencionista; muchas esperanzas abrigaban los habitantes con el rescate constitucionalista, sin embargo no fue así, Obregón agredió al clero de quien exigía una fuerte suma de dinero que no pudo ser cubierta. Al no lograr su objetivo hizo prisioneros a todos los sacerdotes, la reacción de antipatía de los capitalinos no se dejó esperar. La situación de exigencia fue extrema a grado tal, que aún representaciones extranjeras intervinieron para disuadirlo de su acción, sin embargo en lo único que cedió fue en poner en libertad a los sacerdotes extranjeros, los nacionales permanecieron presos. Más tarde, también liberó a los viejos y achacosos. Sin embargo, esta antipatía tan local, no logró afectar en lo general la imagen de Obregón quien todavía permaneció en la marquesina política hasta que se renovaron los poderes y se declaró oficialmente presidente electo a Venustiano Carranza, después de los comicios del once de marzo de 1917, en los cuales había contendido el propio Obregón y Pablo González.

Encontramos a Obregón, por algún tiempo, integrado al gabinete de Carranza, a cargo de la Secretaría de Guerra, sin embargo, las reiteradas fricciones entre ambos caudillos obligaron a Obregón a dimitir al cargo. "Se separaba de la política de intriga y antesala, que en los últimos meses había palpado de cerca; y dejaba el cargo de militar que conquistara, luchando frente a Pascual Orozco, Victoriano Huerta y Francisco Villa".³⁸ Esta renuncia es significativa en dos dimensiones, por una parte Carranza tuvo recelo de la influencia que Obregón tenía militar y políticamente; por otra, Obregón, pese al afán de ganar prestigio frente a Carranza, "nunca pretendió aparecer como amigo y apoyo de Carranza. El no se consideró nunca como hechura del primer jefe. [...] Era pues, un enemigo franco a quien había que considerar como enemigo temible".³⁹

Obregón se recluye en la Quinta Chilla y trabaja con entusiasmo y logra incrementar la extensión de su finca, la cual pasa de 180 a 3500 hectáreas. En 1917 funda la Sociedad Agrícola Cooperativa que agrupa a garbanceros de Sonora y Sinaloa. Su prestigio seguía

vigente. La gente lo buscaba, quería estar cerca del destacado militar que tantas victorias había logrado. Y el gran estratega, el gran militar y exitoso hombre de negocios se sumió en la egolatría y afloraron en él deseos presidencialistas. Alguna vez el propio Obregón llegó a comentar "Tengo tan buena vista [...] que desde Huatabampo alcancé a ver la silla presidencial".⁴⁰

Pero el presidente Carranza veía las cosas muy distintas, para él Obregón no reunía el perfil mínimo indispensable para ocupar la silla presidencial, con esta afirmación "probablemente quería decir que Obregón, a diferencia de él, estaba muy dispuesto a ceder para poder alcanzar, a medias, un fin; muy inclinado a aceptar o tolerar las opiniones de los demás y muy dispuesto a mediar entre grupos antagónicos en lugar de dar órdenes".⁴¹ Pero no entendió Carranza que precisamente todo eso que él consideraba defectos colocarían a Obregón en la presidencia del México posrevolucionario. La rigidez del viejo caudillo nunca le permitió percatarse de los errores de su gestión, los que quiso subsanar a partir de la efervescencia desatada por el proceso de sucesión; sin embargo ya era demasiado tarde, a todas partes a donde volteara habría de encontrar partidarios de Obregón. Bajo estas condiciones, todo intento de rectificación resultó inútil.

El panorama era propicio para que Obregón se lanzara a la contienda presidencial. Su autodesignación y la propuesta de un partido unificador de las distintas facciones fue, sin duda, un gran acierto que lo condujo a ganar mayor popularidad y le garantizó libertad absoluta pues no tuvo que pactar de manera especial con nadie. Además de todos estos aciertos, Obregón se percató de la fuerza que empezaba a cobrar en ese tiempo el sector obrero y "en agosto (de 1919) concierta un pacto secreto con la cúpula de la recién fundada CROM (denominado Grupo Acción), a través del cual, de llegar a la Presidencia se comprometía entre otras cosas a crear un departamento de trabajo autónomo, designar un ministro de Industria y Comercio afín a esa organización y promulgar la Ley del Trabajo".⁴²

Ante la renuencia de Carranza y su denodado afán de desacreditar la figura de Obregón, éste lanza desde Chilpancingo, en abril de 1920, un manifiesto acusando a Carranza de querer imponer a Bonillas como candidato a la presidencia, además de gastar dinero del erario para realizar su campaña. Con ello se acelera el fin del gobierno carrancista. En atención a lo dispuesto por el Plan de Agua Prieta, Adolfo de la Huerta asume la presidencia de la República interinamente y se entra de lleno a la época posrevolucionaria.

1.2.3. Calles

Aún cuando para muchos historiadores y politólogos la figura de Plutarco Elías Calles no resulta ni muy clara ni muy brillante, si la analizamos a la luz de sus aciertos administrativos, encontramos que el gobierno de Calles fue mucho más acertado que el de sus dos antecesores, tanto en el campo de lo económico como en el de lo político.

Elías Calles se incorpora a la Revolución, como muchos otros, ante los acontecimientos de la Decena trágica. El cinco de marzo de 1913 se pone al frente de un pequeño regimiento. Antes de esto había trabajado como profesor de primaria y había emprendido muchos negocios en los que invariablemente le había ido mal. Al abrazar la causa revolucionaria, el profesor de Guaymas emprendía uno más de sus negocios sin saber que en el tren de la lucha habría de encontrar una enorme ganancia: la presidencia de la República.

La primera acción militar a la que se enfrentó Calles fue la toma de Naco en la cual fracasó, pero sin embargo logró significarse ante el general Álvaro Obregón quien había desautorizado la acción. De manera paulatina, pero firme, Plutarco Elías consolida su carrera militar. Para 1914 es nombrado "comandante militar de la plaza de Hermosillo y jefe de las fuerzas fijas de Sonora";⁴³ más tarde, el cuatro de agosto de 1915, Venustiano Carranza "lo designa gobernador interino y comandante militar del estado de Sonora".⁴⁴ Desde el principio

de su mandato dio a conocer un amplio programa de gobierno que ponía de manifiesto su enorme rigidez pedagógica, y hacía evidente su extracto pequeño-burgués. Proponía entre otros puntos, reformar la instrucción pública, reforzar la justicia, dinamizar la agricultura, favorecer el comercio en beneficio del consumidor.

Entre Álvaro Obregón y Plutarco Elías Calles había una profunda diferencia que, bajo otras circunstancias, los hubiera orillado al antagonismo: "Calles comprende a fondo el espíritu de Obregón [...] Lo entiende y lo sobrelleva como a un niño; lo penetra y lo domina como a un hombre [...] Obregón no llega nunca a comprender a Calles. No es su especialidad sondear almas [...] no es profundo".⁴⁵ La capacidad analítica de Calles no debe extrañar a nadie, como buen maestro poseía un amplio manejo de la psicología y su carácter reservado y silencioso le permitía adentrarse en las motivaciones humanas. Obregón en este aspecto resultaba superficial. Aunque ambos caudillos en el fondo se despreciaban mutuamente, lo cierto es que se necesitaron y se complementaron en sus afanes de poder.

El binomio Obregón-Calles no hubiera surgido de no ser por Carranza; esto es, si Carranza no hubiera colocado a Plutarco en puestos de gran relevancia política en el estado de Sonora, la relación entre Obregón y Calles tal vez hubiera sido de profundo desprecio. Conviene no olvidar en este punto la derrota de Calles en Naco. Apunta Krauze: "Calles es para él, -se refiere a Obregón- el general menos general entre los generales".⁴⁶

Pese a la opinión que pueda desprenderse en cuanto a su actuación militar, lo que no se puede desconocer es que Calles, más que ninguno de sus antecesores, al llegar al poder cuenta con una amplia trayectoria político-administrativa, producto de la experiencia acumulada en el desempeño de diversos cargos tanto en el gobierno local como en el federal: gobernador de Sonora; Secretario de Industria y Comercio, durante el período carrancista; Secretario de

Guerra y Marina, durante el gobierno interino de Adolfo de la Huerta; y Secretario de Gobernación, durante el mandato de Obregón.

Al llegar a la presidencia, Calles pretendió consolidar el estado mexicano, es cierto que "No logró hacerlo en los primeros años [...] ni siquiera durante todo su cuatrienio, pero estableció bases firmes para que se realizara la institucionalización".⁴⁷ Uno de los principales problemas a que se enfrentó el gobierno callista fue la oposición católica que, aunque era un problema de tiempo atrás, derivó, durante este periodo, en la rebelión cristera. Para contrarrestar este movimiento que no logró desestabilizar gravemente el buen rumbo de las incipientes instituciones nacionales, mucho sirvió el irrestricto apoyo de la CROM y la innegable experiencia militar del general Joaquín Amaro, Secretario de Guerra y Marina.

Con el gobierno de Calles, como él mismo lo llegara a expresar en los primeros días de su mandato, "el movimiento revolucionario ha entrado en su fase constructiva".⁴⁸ Los primeros objetivos de su gobierno, en el ámbito financiero, fueron equilibrar el presupuesto y lo logró, al grado de que cuando su Secretario de Hacienda, Albérto J. Pani, renunció al cargo "el déficit del gobierno mexicano había desaparecido completamente".⁴⁹ Otro gran acierto, en el mismo orden financiero, fue el establecimiento de un sistema bancario que estimulara efectivamente las actividades económicas de la nación. Para tal efecto fue creada la Comisión Nacional Bancaria, en 1926.

Mucho se podría decir todavía, sobre los aciertos del presidente Calles. Baste apuntar que fue su mandato un período de gran empeño reconstructivo y modernizante, inspirado en el afán de consolidar el nuevo estado. Todos los esfuerzos parecían poco; los dirigentes habían encontrado otra razón de ser, muy distinta a la de la guerra. Ahora se luchaba no para ganar a la facción contraria, sino para colocar al país en el lugar más alto que se pudiera. Pero, a fin de cuentas, Calles no pudo sacudirse la "sombra del caudillo", aunque es indiscutible que "rompió

[...] el delicado equilibrio de fuerzas que hábilmente había mantenido Obregón. El ejército [...] (perdió) peso político, en cambio, la influencia de la representación obrera creció rápidamente, mientras que declinó la agrarista".⁵⁰ En materia agraria, Calles había expresado que conulgaba con el ideal zapatista y buena parte de su gestión se dedicó a repartir tierras.

Pese a todos los esfuerzos, el vigor del gobierno de Calles decayó hacia el último año de su mandato. La economía mexicana sufrió en 1927 un receso, que tal vez fuera presagio de la crisis mundial de 1929. Desde 1925 el régimen callista había visto deteriorarse las relaciones con Estados Unidos. Las empresas norteamericanas rompen relaciones con el gobierno mexicano y se dice que el país del norte hubiera invadido a México de no haber sido por las presiones que Washington recibió de parte de intelectuales, periodistas, comerciantes y banqueros norteamericanos que pugnaron por una solución pacífica. El problema, que había llegado a tomar matices de verdadero peligro, "se desvanece, gracias, en parte, a una estúpida maniobra del contraespionaje. Los hombres de Morones interceptan en la embajada norteamericana documentos en los que se menciona una futura intervención. A los pocos días, [...] el secretario Kellog admite el robo de estos 300 documentos y baja el tono".⁵¹

Pese al aparente triunfo de Calles ante este problema, sus decisiones se ven como un claro signo de decaimiento, pues a partir de este momento pasó de su peculiar radicalismo antinorteamericano a una amplia colaboración con el país vecino. Otro acontecimiento que nos muestra este decaimiento es que empieza a ceder ante el movimiento cristero. Durante este tiempo, principios de 1927, la figura de Obregón vuelve a aparecer en el marco político del país, "intercede y busca una solución que haga posible la paz sin desprestigiar al régimen".⁵² La reaparición de Obregón no es casual. El sabía que pese a su retiro de la vida política activa, su figura guardaba un prestigio muy importante. Tenía plena conciencia de que "Muerto Benjamín Hill y exiliado Adolfo de la Huerta, no había en México sino dos grandes figuras: Calles y Obregón".⁵³ Era, pues, el momento de retornar a la política, con aspiraciones de subir de nueva

cuenta a la silla presidencial. Esta decisión reabre una vez más el expediente de la agitación y desestabiliza el relativo orden social existente en el país.

De inmediato las reacciones se dejaron sentir. Si Calles había cedido ante el gobierno de Washington, ante los cristeros, ante el problema agrario, ahora cedía a los deseos de Obregón. Sólo que en este punto se presentaba un problema: "La ley impedía que un presidente volviera a ocupar la primera magistratura del país".⁵⁴ De tal suerte, las fuerzas se radicalizaron, el sector estudiantil se manifestó en contra de Obregón, de seguro instados por Vasconcelos, figura que no lograba trascender otros ambientes. Buena parte del sector obrero organizado pensaba en que Luis N. Morones sería un buen candidato, lo mismo pensaba el propio Calles.

A fin de cuentas, pese a las opiniones encontradas, Obregón se lanzó como candidato a la presidencia, para lo cual la XXXII legislatura inició la reforma constitucional, gracias a la cual se pudiera aceptar que un presidente pudiera ser reelegido una vez más, aunque no en el periodo inmediato posterior a su gestión. Todo estaba dispuesto para que Obregón ascendiera al poder por un periodo más, ahora modificado a seis años; sin embargo los generales Arnulfo R. Gómez y Francisco R. Serrano, desafiando a Obregón de manera franca, postularon sus candidaturas que se antojan temerarias, pues, como lo afirma Sergio de la Peña,⁵⁵ ambos tenían escasa estatura política frente al caudillo. En poco tiempo fueron eliminados del panorama político por medio del asesinato.

Después de los tristes acontecimientos de Huitzilac y Teocelo, Obregón siguió su campaña como candidato único y resultó presidente electo, aún cuando su triunfo no sería tan arrollador como en 1920; además, la muerte le habría de ganar la jugada: su asesinato ocurrió el diecisiete de julio de 1928.

1.2.4. Serrano, una trágica realidad en la historia.

Son tan parecidas las vidas de los líderes de la Revolución, que a partir de su origen común no es difícil captar su grupo de pertenencia. Todos, excepto Villa y Zapata, pertenecían a una clase alta, o en su defecto a una clase media trabajadora y, conforme ascendían en el poder, aspiraban cada vez más a una posición de mayor altura política, quedando atrás, en la mayoría de los casos, las posturas que dieran origen a la Revolución.

1.2.4.1. Orígenes y desempeño político.

El nacimiento de Francisco Serrano se remonta al año de 1889. Era el penúltimo hijo de la familia Serrano Barbeytia. "Desde temprana edad escribe con facilidad, gusta de los números, muestra gran interés por la vida militar, los cuentos, leyendas, consejas y relatos de los indios".⁵⁶ En Huatabampo conoce a Obregón con quien estrecha amistad, no sólo él, sino la familia entera. El joven Serrano, urgido por la necesidad económica de la familia, deja Huatabampo y se establece en Choix, donde trabaja como dependiente en una casa comercial, propiedad de Don Fortunato Vega, quien influye de manera decisiva en la ideología liberal de Francisco.

Su facilidad para escribir lo lleva a ser colaborador de **Criterio Libre**, periódico local, en cuyas páginas Serrano deja testimonio de sus ideales antirreleccionistas y sus inconformidades sobre la administración del país. Sus artículos periodísticos le cuestan la cárcel. Para estas fechas Serrano contaba con escasos dieciocho años.

A la muerte de Cañedo, gobernador de Sinaloa, y ante la inminente sucesión, el licenciado José Ferrel se lanza como candidato antirreleccionista, Serrano es el encargado de hacer la campaña de propaganda. Ante la derrota de Ferrel, desanimado, Francisco regresa a Huatabampo, con algo nuevo en su haber: había incursionado en el mundo de la política, en la cual habría de recorrer un camino ascendente y encontraría la muerte años más tarde.

Dice Héctor Olea⁵⁷ que durante la gestión de Maytorena como gobernador del estado de Sonora, Francisco Serrano desempeña el cargo de secretario particular, puesto en el cual enriquecerá su experiencia política y se significará en las altas esferas del poder. Es precisamente en este tiempo cuando recomienda ante el gobernador Maytorena a Álvaro Obregón. Suscitado el golpe de estado del usurpador Huerta y asesinados Madero y Pino Suárez, Maytorena no asume una posición abierta y toma el camino más fácil: pide una licencia por causas de salud y abandona el país. Durante este periodo Serrano sigue activo en su cargo y fiel a Maytorena, así lo demuestra una serie de cartas escritas por el secretario al gobernador con licencia, quien acaba por regresar, comprometiéndose a seguir por el camino que se le trazara; pero la figura política del gobernador sonorenses, desdibujada por sus indecisiones, acaba por diluirse totalmente.

Todas las acciones de Maytorena obligan a Serrano a separarse del puesto de secretario, pues, como lo señala el propio Obregón, se convence "de la ineptitud y cobardía de aquel gobernante".⁵⁸ Abandonado el puesto político, Serrano se incorpora de inmediato al ejército bajo el mando de Álvaro Obregón "A las primeras acciones de guerra en que participa el capitán Serrano asiste al general Obregón [...] haciendo las veces de secretario particular y jefe de estado mayor".⁵⁹ En su nueva actividad, Serrano, el militar, va ascendiendo: de subteniente pasa a teniente y luego a capitán y a finales de 1913, por méritos de campaña, Obregón le otorga las estrellas de mayor. Además, lo nombra jefe de su estado mayor, convirtiéndose "[...] desde entonces en el hombre de todas las confianzas en las campañas [...] del Ejército del Noroeste".⁶⁰

Se dice que Obregón no pudo encontrar a otro jefe de Estado Mayor mejor que Serrano el cual es un hombre que abarca los problemas con facilidad, a quien no hay que explicarle las cosas dos veces. Por ser también un auxiliar inmejorable, talentoso y poseer una memoria prodigiosa; sabe despachar una oficina con prontitud y seguridad,

descifrar los telegramas del enemigo aun sin tener las claves y estudia a los jefes que asisten al cuartel, tiene don de gentes y facilidad para hacerse de amigos ⁶¹

Linda Hall⁶² afirma que el ocho de julio de 1914, Obregón envió un telegrama a Carranza en el cual pedía que fueran ascendidos seis de sus hombres, todo a raíz de la toma de Guadalajara, entre ellos estaba el nombre del mayor Francisco Serrano, de cuya lealtad tuvo siempre pruebas indiscutibles, baste recordar la ocasión en que Obregón estuvo a punto de ser fusilado por Villa y Serrano se entrevistó con el máximo divisionario del norte. Después de la entrevista el propio Villa expresó a Obregón: "Villa no es un traidor; Villa no mata a hombres indefensos, y menos a ti compañerito que eres un huésped mío".⁶³ Cuando a Obregón le preguntaron sobre la forma en que se había salvado de ser fusilado por Villa, contestó "pregúntenle a Serrano, yo andaba pidiendo salvoconductos a don Venustiano de los cielos".

Es, pues, innegable que Serrano representó para Obregón una pieza angular en su equipo militar. Más allá de amistad, de parentescos políticos, Serrano fue punto clave en muchas de las decisiones inteligentes de Obregón. Bien se ha expresado que

Quando Obregón se aprestaba a dar la batalla decisiva a la División del Norte contaba con la impetuosidad de Francisco Murguía; con la astucia de Benjamín Hill; con la serenidad de Manuel M. Diéguez; con el valor de Cesáreo Castro y con la inteligencia de Francisco R. Serrano, quien elaboró todos los planes e inspiró todos los actos defensivos en la Trinidad y León.⁶⁴

Al momento en que el gobierno constitucionalista logra su consolidación, el presidente Carranza designa a Francisco R. Serrano como Oficial Mayor de la Secretaría de Guerra y Marina, cuyo titular era Obregón. Al poco tiempo, tal vez debido a la separación de Obregón del gabinete carrancista, Serrano pide una licencia temporal y colabora entonces don Adolfo de la Huerta, gobernador interino de Sonora. Sus destacadas acciones lo llevan a cobrar prestigio tanto en el ámbito local como en el nacional. Aunque sus virtudes eran muchas, siempre estuvo a la sombra de Obregón.

Instalado en Sonora, Serrano es elegido diputado por el Tercer Distrito Electoral, cargo que debería desempeñar de 1918 a 1920 y del cual se separa antes para asumir el mando militar en el estado de Michoacán, bajo las órdenes directas del general Diéguez. Desempeña también el cargo de Jefe de las operaciones militares en el Estado de Sonora.

Para estas fechas se había iniciado ya la contienda electoral y se da la ruptura total entre Obregón y Carranza. Serrano apoya totalmente a Obregón y publica un manifiesto relacionado con la sucesión presidencial, en su carácter de presidente del Congreso Local. En este documento critica el afán de Carranza por elevar a la silla presidencial al desconocido y oscuro diplomático Bonillas.

En las palabras impresas en este documento se trasluce claramente la ideología de Serrano. A este documento sobreviene el Plan de Agua Prieta y, como desenlace, el asesinato de Carranza en Tlaxcalantongo. Viene al caso citar aquí la escena cuando Obregón se enteró de la muerte de Carranza:

Obregón estaba acostado en un cuarto del hotel Saint Francis, escuchando la lectura que el general Francisco R. Serrano hacía de muchos telegramas e indicando a otro general las respuestas que se les debía dar. Llegó un telegrama de los que habían acompañado a Carranza al adentrarse en las montañas de Puebla, relatando lo que había ocurrido en Tlaxcalantongo. Al enterarse así de la muerte de Carranza, Obregón saltó de la cama y en términos claros expresó su indignación.⁶⁵

Con el triunfo del Plan de Agua Prieta, sube al poder el grupo de Sonora, del cual era miembro adoptivo Francisco Serrano. Desde el efímero interinato de Adolfo de la Huerta, Serrano es nombrado Subsecretario de Guerra y Marina. Recuerda Bohorquez que, no obstante su alta jerarquía, Serrano nunca modificó ni sus costumbres ni su carácter:

Siguió sintiéndose pobre y amigo de corazón de los humildes. Siempre estuvo dispuesto a hacer el bien. Sin proponérselo cuando llegaba a una pequeña población al poco tiempo era el hombre más popular. Le gustaba la música mexicana y los corridos de la revolución. Ayudaba a los artistas y a los trovadores.⁶⁶

Antes de presentar su renuncia al cargo de subsecretario, durante el periodo delahuertista, Serrano tercia en una dificultad entre Obregón y de la Huerta, provocada porque este último concede el indulto a Francisco Villa, hecho que enardeció los ánimos de Obregón, quien de inmediato hace circular un telegrama entre los jefes de operación, gobernadores y amigos, instándolos a la protesta. Por su parte, el subsecretario Serrano envía a Obregón "un mensaje redactado con firmeza, aunque en forma respetuosa, pidiéndole que reflexionara, que comete un error al comportarse con de la Huerta de aquella forma, le recuerda que la sumisión del antiguo jefe de la División del Norte, significa la paz para el país".⁶⁷

Instalado el gobierno de Obregón, Francisco Serrano es nombrado de nueva cuenta Subsecretario de Guerra y Marina. En esta segunda oportunidad tuvo algunos problemas con el general Estrada y con el propio presidente de la República, por lo que renuncia al cargo; Obregón no acepta la renuncia. Serrano continúa en su cargo y es elevado al grado de divisionario, ascenso que es ampliamente comentado en los periódicos.

Entre las medidas tomadas por el subsecretario Serrano que más renombre le dieron, se pueden citar las dictadas para lograr la eficacia del servicio militar en las distintas líneas y que habrían de evitar las inmoralidades y los abusos que a diario cometían los militares en los estados de Campeche, Tabasco y Yucatán.

El cuatro de marzo de 1922, Francisco Serrano, a poco más de cinco años antes de su muerte, recibía de manos de Obregón la Secretaría de Guerra y Marina. Asumía el cargo ante la renuncia del general Estrada, quien por problemas con Calles se desligaba del cargo. En este puesto que se consideraba la antesala de la presidencia de la República, el flamante secretario

duró dos años y medio y mostró de nueva cuenta su enorme capacidad para desempeñar los cargos encomendados. Se dice que se encerraba hasta doce horas consecutivas, dictando acuerdos y atendiendo al público, y que era exigente con sus colaboradores.

Durante su gestión como secretario, Serrano afronta la sublevación del general Francisco Murguía, quien en agosto 1922 proclamó el "Plan de Zaragoza" denominado así por haberse lanzado en Zaragoza, Coahuila. A la vez publicó una carta abierta a Obregón, en la cual ponía de manifiesto los malos manejos de los vencedores del Plan de Agua Prieta y los acusaba de haber llegado al poder y se sostenían en él por medio del crimen. El incidente terminó con la muerte del sublevado, el primer día de noviembre en la ciudad de Tepehuanes, Durango. Entre Serrano y Murguía mediaba una gran estima y el Secretario de Guerra y Marina había prometido lograr la amnistía para su amigo, pero sus gestiones no fructificaron, pues en ese día se hallaba Serrano perdido con una bailarina.

A mediados de 1923 empezó la inquietud por la sucesión y, fenómeno pernicioso en nuestro país, de inmediato se produjo el consabido desajuste del grupo en el poder. Se comentaba ya que el general Calles, Secretario de Gobernación, sería apoyado por Obregón. El repudio a esta posibilidad provocaba manifestaciones abiertas unas, veladas otras. Vasconcelos, activo Secretario de Educación Pública, comenta los acontecimientos en su obra El Desastre. Particularmente no se atreve a manifestar su desacuerdo a la designación de Calles, sino al nombramiento del Licenciado Gilberto Valenzuela como Secretario de Gobernación, con lo cual Plutarco Elías Calles se desligaba de su puesto para entrar en la contienda electoral, la indignación que este acontecimiento le ocasionó a Vasconcelos, lo lleva a ofrecer su renuncia al presidente. Pero veamos lo que dice Vasconcelos:

Obregón se sentó y conmovida la voz y con ojos casi llorosos dijo: -No saben cuanto les agradezco que me hablen así, como amigos leales. Precisamente, Serrano, que acaba de salir y de cuya amistad tampoco dudo, se ha extendido en consideraciones muy semejantes a las de ustedes (se refiere a Vasconcelos y Gastellum quien también estaba

en el acuerdo) y me ha pedido que declare insubsistente ese nombramiento; lo haré, pierdan cuidado; regresen a México esta tarde, que antes que ustedes tomen el tren, (se encontraban en la casa de Obregón en Chapala) se habrán comunicado contraórdenes.⁶⁸

En el mes de septiembre de 1923, Calles lanza su candidatura, a la que se opuso de la Huerta. A la rebelión delahuertista se unió el general Estrada con toda su división. La fuerza de Adolfo de la Huerta preocupó a Obregón quien convocó a Consejo de Secretarios en el cual, después de los mensajes cruzados entre el Presidente y sus generales pronunciados, Vasconcelos expuso que:

-La solución es la renuncia de todo el gabinete para que el Presidente escoja uno nuevo que esté libre de sospechas de parcialidad electoral.

Don Amado Aguirre no se contuvo; a él le parecía que mi proposición era un absurdo; él tenía a honra confesarlo, y no sólo él, también todo su personal de Comunicaciones, era callista [...]

[...] Guardaron silencio los otros Ministros, pero Serrano intervino. Había que meditar lo que yo decía; él, por su parte, estaba dispuesto a ofrecer su renuncia, si de algo servía. Y fue Obregón quien desechó de plano la idea.

-- Ya esto no tiene remedio --expresó--; el choque es inevitable y no se debe tratar con rebeldes.⁶⁹

Con todos los acontecimientos provocados por la rebelión delahuertista el general Serrano debió intensificar las labores inherentes a su cargo, bien podemos pensar que muchas de sus acciones pudieron provocarle pesadumbre: debía combatir contra muchos amigos.

Además de los esfuerzos por redoblar los pertrechos militares, se dice que Obregón recurrió a la corrupción pues compraba las simpatías de los generales con cañonazos de cincuenta mil pesos. Muchos generales ambicionaban el famoso cañonazo, mientras que la sociedad empobrecía. Si Serrano tuvo participación directa en esos despilfarros, justo es reconocer que no trabajó para su propia fortuna". Vasconcelos así lo reconoce al decir: "El mismo Serrano tenía apenas una casa, y lo que gastaba en vino producía más escándalo que mengua efectiva del tesoro".⁷⁰

El siete de octubre de 1924, Serrano deja la cartera de Guerra y Marina y ese mismo día es anunciado su viaje a Europa, en comisión especial, según disposición de la Secretaría de Relaciones Exteriores.

Desde los primeros días del período de Plutarco Elías Calles se empezó a hablar de la sucesión y en primera instancia Obregón pensó en su amigo Serrano quien, pese a llevar una vida licenciosa, eran muchos sus aciertos políticos. Por lo que respecta a su forma de vida no resultaba ni mejor ni peor que la de otros políticos. Simplemente era el sino de los tiempos en el que vedettes y políticos debían atenerse a las costumbres prevalecientes:

Una gran vedette debe relacionarse con un político encumbrado, Chela Padilla se casa con Luis León, el amigo de Calles; Delia Magaña se deja ver con el general Francisco Serrano.⁷¹

La intención que se tenía al mandar a Serrano al extranjero era que madurara y reflexionara sobre los rumbos que debía tomar su vida y, una vez confortado por la reflexión, regresará al país y pudiera continuar con su ascenso en la política. Mujeriego y jugador o no, la verdad es que su reconocida figura propició que hasta en el viejo continente llegaran numerosas pruebas de adhesión. Era entonces la figura del futuro. Sin embargo en México empezó a mencionarse como posible candidato a la presidencia el nombre de Luis N. Morones, Secretario de Industria y Comercio en el gabinete de Calles. El exlíder sindical, que había adquirido un poder extraordinario, tampoco quedaba exento de críticas por su forma de vida: era aficionado a los brillantes y muy dado a organizar francachelas en las que se daba cita la flor y nata de la política nacional.

Examinados los hechos, salta a la vista la impudicia con la que se tratan los asuntos públicos y se advierte con tristeza la pasividad con la que son recibidos por el pueblo. Los grupos políticos en el poder son los únicos que tienen derecho a decidir los destinos del pueblo.

A los aspirantes a la silla presidencial se une Arnulfo R. Gómez, situación que a los seguidores de Serrano les preocupa y empiezan a insistir en que éste regrese al país. Después de pensarlo detenidamente, Serrano regresa en 1926. Y redimido o no, de inmediato es integrado a la administración de Calles, ocupando la gubernatura del Distrito Federal.

Instalado en México antes de dar inicio a su vida pública empieza por visitar a su amigo Álvaro Obregón, visita que se presta a las especulaciones pues el apellido Obregón estaba creando polémica en la vida política del país ya que su posible reelección empezaba a tomar forma.⁷²

De esta manera el expresidente jugaba de nuevo en el tablero de la política, poniendo las piezas que convinieran a sus intereses, valga aquí lo expresado por Vasconcelos, "Maliciosamente fue Obregón llevando los acontecimientos, provocándolos usando todo su poder moral".⁷³

Dado el carácter de Obregón, y dadas las peculiaridades que acabamos de mencionar en el acápite anterior, Serrano le ofreció a Obregón desistir de su candidatura pero sólo recibió evasivas. En verdad, pese a la amistad y el cariño que se profesaban y al largo tiempo que Serrano estuvo a su servicio, las pláticas entre los dos amigos no pasaron de un mero formalismo.

Ambos políticos entraron en un juego que para Serrano fue fatal y tal vez, no menos para Obregón. La realidad es que nunca hubo franqueza de parte de Obregón y de parte de Serrano hubo cierta miopía al no percibir los mensajes ocultos del expresidente. Miopía exaltada, sin duda, por las muestras de adhesión que le hacían algunos grupos obregonistas y callistas. Dice Dulles que "cuando Serrano regresó de Europa, Obregón no encontró en él las cualidades presidenciales necesarias. Por otra parte Serrano regresó bastante entusiasmado con sus posibilidades"⁷⁴ y en esta galería de vanidades ganaría el más fuerte: Obregón.

Muchos fueron los movimientos y muchas las opiniones. Por lo que respecta a la reelección se tomaron providencias modificando la constitución. Así se legisló en el sentido de que un expresidente podría reelegirse siempre y cuando los periodos no fueran consecutivos, además el período se extendía a seis años. Muchos fueron los inconformes y "se acercaron a Arnulfo R. Gómez y Francisco R. Serrano, ambos ya sin el apoyo oficial que esperaban".⁷⁵

El 30 de abril de 1927, los antirreeleccionistas, adoptando el nombre de partido Nacional Revolucionario, decidieron apoyar al general Serrano como candidato a la presidencia. Con esta decisión, Obregón se siente herido en lo más profundo de su egoísmo y empieza una contienda descarnada. Obregón llegó a expresar por aquellos días, en los que por falta de franqueza la herida sangraba:

Hay que sepultar los nombres tristemente ridículos y célebres de Gómez y Serrano. ¡Hasta donde había llegado su orgullo que ya pretendía enterrar el nombre de aquel que por mucho tiempo y largos caminos fue su incondicional y brazo fuerte: Francisco R. Serrano!.⁷⁶

En virtud de su postulación, Serrano presenta su renuncia al cargo de Gobernador del D.F., la cual es aceptada por el presidente Calles. Esto ocurre el dieciséis de junio de 1927. Pocos días antes, el doce del mismo mes, apareció en *Excélsior* una información en la que Serrano "desmentía que se hubiera acordado un arreglo entre el general Obregón y él para resolver la cuestión electoral".⁷⁷

Lanzado Serrano al ruedo de los candidatos presidenciales, "el veintiséis de junio, Obregón hizo lo que se esperaba de él, anunciando su resolución de regresar a las actividades políticas en respuesta al llamado de la nación"⁷⁸ Ante la proclama de Obregón, Arnulfo R. Gómez hizo la oferta de que tanto él como Serrano se retirarían de la contienda, si del mismo modo lo hacía Obregón. Oferta que fue denegada por el expresidente sonoreense, con lo que

evidenciaba su enorme egoísmo y el poco aprecio que le tenía a su amigo Serrano y al pueblo de México, en última instancia.

Fue hasta este momento cuando se desató una guerra verbal, donde las palabras cobraban fuerza de armas. "Gómez arrojó la prudencia al viento. Declaró en Puebla que para Obregón y sus partidarios políticos tenían en mente dos lugares: uno en la colonia penal de las Islas Marias y otro dos metros bajo tierra".⁷⁹

Gómez se mostró más activo que Serrano en su campaña. Tanto como Obregón, recorrió importantes plazas de la República; por su parte, "Serrano se limitó a hacer declaraciones ocasionales contra Obregón en la ciudad de México".⁸⁰ Tal vez en el general sinaloense aún quedaba un resquicio de afecto hacia el amigo, que le impedía afrontar su candidatura con la fuerza que era necesaria.

1.2.4.2. Huitzilac amargo

El primer día del mes de octubre las cosas se precipitaron. Arnulfo R. Gómez se vio precisado a abandonar la ciudad de México, y manifestó a Vito Alessio Robles "que él no intentaba iniciar una rebelión, pero que, como ciertos sucesos fuera de su control estaban a punto de realizarse, incluyendo la revuelta de Serrano, descaba unirse al general Horacio Lucero en Perote, Veracruz, para garantizar su propia seguridad".⁸¹

Aunque hay algunas discrepancias sobre el día en que Serrano también abandonaba la ciudad (Dulles afirma que fue el viernes treinta de septiembre y García Méndez aporta datos que afirman que fue el propio primer día de octubre), lo cierto es que Serrano se trasladó a Cuernavaca. Convenía a los intereses de los opositores que los candidatos no estuvieran en la ciudad, pues se había urdido un complot en el cual el ejército se rebelaría durante unas maniobras que se llevaría a cabo en Balbuena el día dos de octubre, a las que asistirían

Obregón, Calles y Amaro, quienes serían aprehendidos. El complot falló, pues Eugenio Martínez había traicionado a los candidatos, informando al presidente Calles los pormenores.

En la madrugada del tres de octubre, el gobernador de Morelos, Ambrosio Puente, recibe la orden de Calles de que sean aprehendidos todos los serranistas:

El tres de octubre el gobernador Puente -al poco tiempo destituido- principió la detención de los que estaban en Bella Vista (se refiere al hotel). Personalmente da las órdenes y proporcionaba su auto "dodge" descubierto para la conducción de los aprehensores.⁸²

Serrano, que estaba pendiente de los acontecimientos, se había hospedado en la casa de Larrea, ubicada en el número 7 de la calle de Morelos, de la ciudad de Cuernavaca, se dice que pudo huir pero no lo hizo.

La movilización fue grande en la ciudad, la mayoría de los seguidores de Serrano se encontraban hospedados en los hoteles Moctezuma y Bella Vista. Algunos pudieron escapar gracias a la habilidad del señor Lavín.

Fugitivos cuarenta serranistas y capturada una veintena, en la Inspección de Policía del Palacio de Gobierno, antes palacio de Cortés, se nota nerviosidad entre los jefes porque, entre los detenidos, no se encuentra el general Serrano y se ignora su paradero. En esto se presenta al inspector un chofer de coche de sitio, apellidado Rojo, quien los conduce al sitio donde se encuentra.⁸³

Al ser aprehendidos Serrano y sus partidarios más cercanos, fue cateada la casa de Larrea sin que se encontraran ni armas ni documentos que pudieran confirmar el delito de rebelión. Aunque en efecto pudo haber un intento de insubordinación nunca se encontraron evidencias que confirmaran un levantamiento que justificara el fusilamiento de Serrano y el grupo de sus seguidores. Acto con el cual se confirma la felonía de Obregón y de Calles.

Todavía el licenciado José de la Sierra sugiere a Serrano que obtenga un amparo urgente, pero Serrano confiaba que al llegar a México los pondrían en libertad. Estaba muy lejos de la realidad. Esa misma mañana Obregón visitó a Calles en el Castillo de Chapultepec. La audiencia duró una hora, después fue instruido el general Roberto Cruz, jefe de la inspección de Policía, quien se presentó ante Calles y le manifestó:

Vengo a pedirle de la manera más respetuosa que revoque esa orden improcedente, pues Serrano no se ha levantado en armas, ni pone en peligro la estabilidad del país. Por lo tanto estimo que no hay motivo para fusilarlo, castíguelo, si a bien lo tiene y si usted me autoriza yo salgo en estos momentos para Cuernavaca y bajo mi más absoluta responsabilidad le traigo a Serrano, lo pongo en Santiago Tlatelolco o donde usted me diga, o bien lo llevo a la frontera.[...]

El caudillo permanece inmutable en su decisión y pronuncia la sentencia. Conmovido por primera vez, el inspector que ha visto morir, torturar y fusilar a muchos hombres, se siente incapaz de ejecutar tal orden y pide al caudillo que lo releve de esa comisión. El caudillo lo mira un segundo ... y da luego orden sobre quién va a ejecutarla.⁸⁴

La encomienda, según lo relata Vito Alessio Robles, le tocó llevarla a cabo al general Claudio Fox quien, por las fechas de referencia, desempeñaba el cargo de Jefe de Operaciones en el Estado de Guerrero. Encontrándose en México, fue llamado hacia el medio día del tres de octubre por el general Amaro, en presencia de éste y de Obregón, Calles le dio órdenes precisas sobre la ejecución de Serrano y de trece de sus seguidores. Comenta el propio Fox:

La marcha hacia Cuernavaca fue lenta, penosa y tardada, pues la mayoría de los automóviles Ford alquilados eran carros desvencijados y fue necesario que la caravana hiciera alto varias veces ya por agotamiento de la gasolina o bien porque tronaban las llantas. La subida de la cuesta de Huitzilac fue vencida con muchas dificultades.⁸⁵

Sigue el relato, notificando los pormenores: la llegada a Huitzilac; la entrega, por parte del general Díaz; la disposición del fusilamiento; la llegada de un automóvil que venía de Cuernavaca y que transportaba a personal de la embajada norteamericana. En fin todos los

detalles de un atardecer amargo y sombrío que nos manifiesta una realidad que enluta la historia de México. Ya casi para finalizar su relato agrega Fox:

"Yo no quise [...] presenciar aquella matanza. Casi loco arrastré al coronel Medina, y me alejé de aquel lugar un poco más de un kilómetro, hasta que encontré un recodo del camino y allí hice alto.

"Inmediatamente después llegó procedente de México un automóvil ya con los faros encendidos. Pretendían pasar. Yo se los impedí. Se dieron a reconocer como agentes de la policía judicial federal. Uno de ellos portaba credencial de jefe de la misma policía. Sonaron en la lejanía más de cien disparos que repercutieron sordamente en los vericuetos de la montaña. El jefe de la policía judicial comentó:

"-- Serán cohetes de un pueblo de indios que celebran algún santo.⁸⁶

Así, como en una fiesta en la que prevalecieron la intriga, el odio, la irreflexión y las bajas pasiones, se cerró un episodio de nuestra historia que sólo ha de servir, con toda su contundente realidad, para entender la intrincada feria de intereses que se manejaba en la sórdida política del grupo en el poder.

NOTAS AL CAPITULO PRIMERO.

1 Curiel, Fernando. La querrela de Martín Luis Guzmán. México: Ediciones Coyoacán, 1993. p. 78.

2 Ibidem. p. 79

3 Carballo, Emmanuel. Diecinueve protagonistas de la literatura mexicana del siglo XX. México: Empresas Editoriales, 1965 pp. 63-64

4 Castro Leal, Antonio. La novela de la Revolución Mexicana. México: Aguilar, décima edición, 1972. p. 203.

5 Cfr. por Curiel, Fernando. La querrela de ... op. cit. p. 79

6. Carballo, Emmanuel. Diecinueve protagonistas de la ... op. cit., p. 64.

7 Villegas, Abelardo. El pensamiento mexicano en el siglo XX. México: Fondo de Cultura Económica, 1993 p. 51.

8 Carballo, Emmanuel. Diecinueve protagonistas de la ... op. cit., pp. 63-64.

9 Castro Leal, Antonio. La novela de la ... op. cit. p. 203.

10 Carballo, Emmanuel. Diecinueve protagonistas de la ... op. cit. p. 99

11 Ibidem. pp. 71-72.

12 Mason Hart, John. El México revolucionario. México: Alianza Editorial Mexicana, 3a edición, 1992 pp. 327-376.

13 Krauze, Enrique. Venustiano Carranza. México: Fondo de Cultura Económica, 1987 Biografía del Poder/5. p. 13.

14 Ibidem. p. 15.

15 Ibidem. p. 17.

16 Ibidem. p. 18.

17 Fuentes, Carlos. "Prólogo" en Mason Hart, John. El México revolucionario. op. cit. p. 14.

18 Langle, Arturo. "La Convención frente al constitucionalismo", en Historia de México. México: Salvat Mexicana de ediciones, 1978. Tomo 11, p. 2448.

19 Krauze, Enrique. Venustiano Carranza. op. cit. p. 55.

20 Langle, Arturo. "La convención frente al..." op. cit. p. 2448.

21 Krauze, Enrique. Venustiano Carranza. op. cit. p. 55

22 Ibidem. p. 58

23 Ibidem. p. 61

24 Langle, Arturo. "La convención frente al ..." op. cit. p. 2454.

25 Cfr. por Krauze, Enrique. Venustiano Carranza. op. cit. p. 67.

26 Idem.

27 Idem.

28 Fuentes, Carlos. "Prólogo" en Mason Hart, John. El México revolucionario. op. cit. p. 17.

29 Bórquez, Djed. Cfr. por Mancisidor, José. Historia de la Revolución Mexicana. México: Costa-Amic, 26a. edición. 1975. p. 307.

30 Ibidem. pp. 307-308.

31 Krauze, Enrique. Venustiano Carranza. op. cit. pp. 149-150.

32 Ibidem. p. 150.

33 Ibidem. p. 152.

34 Krauze, Enrique. Alvaro Obregón. México: Fondo de Cultura Económica, 1987. Biografía del Poder/6. p. 18.

35 Hall, Linda B. Alvaro Obregón. México: Fondo de Cultura Económica. 1985. p. 42.

36 Ibidem. p. 41.

37 Krauze, Enrique. Alvaro Obregón. op. cit. p. 28.

38 Sánchez, Andrea y Lafuente, Ramiro "Carranza y Obregón en el poder" en Historia de México. México: Salvat Mexicana de Ediciones, 1978. Tomo II. p. 2478.

39 Idem.

40 Krauze, Enrique. Alvaro Obregón. op. cit. p. 58.

41 Hall, Linda B. Alvaro Obregón. op. cit. p. 192.

42 Krauze, Enrique. Alvaro Obregón. op. cit. p.p. 68.

43 Krauze, Enrique. Plutarco E. Calles. México: Fondo de Cultura Económica, 1987. Biografía del Poder/7 p. 20.

44 Ibidem. p. 23.

45 Ibidem. p.p. 23-44.

46 Ibidem. p. 44.

47 Matute, Alvaro. "La administración de Calles y la muerte de Obregón", en Historia de México, op. cit. p. 2523.

48 Krauze, Enrique. Plutarco E. Calles, op. cit. p. 49.

49 Dulles, John. Ayer en México. México: Fondo de Cultura Económica, 4a. reimpresión, 1993, p. 256.

50 De la Peña, Sergio. "De la revolución al nuevo Estado (1920-1930)", en México, un pueblo en la historia, México: Alianza Editorial, 4a. edición, 1992. p. 74.

51 Krauze, Enrique. Plutarco E. Calles, op. cit. pp. 63-64.

52 Ibidem. p. 79.

53 Matute, Alvaro. "La administración de Calles y la muerte de Obregón", en Historia de México, op. cit. pp. 2529-2530.

54 Ibidem. p. 2530.

55 De la Peña, Sergio. "De la revolución al nuevo Estado (1920-1930)", en México, un pueblo..., op. cit. p. 114.

56 García Méndez, Javier. Huitzilac versión no oficial. México: ENEP-Acatlán, UNAM, Tesis Profesional, 1990. p. 20.

57 Cfr. por García Méndez, Javier. Huitzilac versión no oficial, op. cit. p. 25.

58 Obregón, Alvaro. Ocho mil kilómetros en campaña. México: Fondo de Cultura Económica, 1973. p. 40.

59 Cfr. por García Méndez, Javier. Huitzilac, versión no oficial, op. cit. p. 33.

60 Ibidem. pp. 35.

61 Bohórquez, Juan de Dios. Forjadores de la Revolución Mexicana. México: Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1960. Cfr. por García Méndez, Javier. Huitzilac, versión no..., op. cit. p. 36.

62 Hall, Linda B. Alvaro Obregón, op. cit. p. 58.

63 Robinson, Carlos T. Hombres y cosas de la Revolución. México: ed. El Tiempo, 1933. Cfr. por García Méndez Javier. Huitzilac, versión no... p. 47.

64 Cfr. por García Méndez, Javier. Huitzilac versión no ..., op. cit. p. 53

65 Dulles, John W. F. Ayer en México, op. cit. p. 59.

66 Bohórquez, Juan de Dios. Forjadores de la Cfr. por García Méndez, Javier. Huitzilac, versión no... op. cit. p. 79.

67 Olea, Héctor R. La Tragedia de Huitzilac. México: Costa-Amic, 1971. Cfr. por García Méndez, Javier. Huitzilac, versión no... op. cit. p. 80.

68 Vasconcelos, José El Desastre. México: Ediciones Botas, Quinta edición, 1951. pp. 225-226.

69 Ibidem. pp. 247-248.

70 Ibidem. p. 229.

71 Monsivais, Carlos. Escenas de pudor y liviandad. México: Grijalvo, séptima edición. 1988. p. 35.

72 Cfr. por García Méndez, Javier. Huitzilac versión no ..., op. cit. p. 112.

73 Vasconcelos, José. El desastre, op. cit. p. 227.

74 Dulles, John W.F. Ayer el México, op. cit. p. 303.

75 Ibidem. p. 304

76 Cfr. por García Méndez, Javier. Huitzilac versión no ... op. cit. p. 114.

77 Ibidem. p. 196.

78 Dulles, John W.F. Ayer en México, op. cit. p. 305.

79 Ibidem. p. 307.

80 Ibidem. p. 308.

81 Ibidem. p. 318.

82 Cfr. por García Méndez, Javier. Huitzilac versión no... op. cit. p. 259.

83 Ibidem. p. 260.

84 Cruz, Roberto. Roberto Cruz en la Revolución Mexicana. México: Ed. Diana; 1976. Cfr. por García Méndez, Javier. Huitzilac, versión no... op. cit. 265-267.

85 Alessio Robles, Vito. Desfile sangriento. México: Ed. Porrúa, 1979. pp. 148-149.

86 Ibidem. p. 151.

CAPITULO SEGUNDO.

MARTÍN LUIS GUZMÁN ENTRE QUERELLAS, ÁGUILAS Y SERPIENTES.

2.1. La literatura en busca de la realidad.

Adentrarnos en el mundo de la literatura es introducirnos indefectiblemente en el campo del arte. Así, la literatura en tanto arte despierta en quienes se acercan a ella una viva emoción. Para que en efecto sea arte, la literatura debe ser producida de manera libre y desinteresada y reflejar el medio en el que se desenvuelve el hombre. La obra literaria es el esfuerzo consistente de reconstruir el valor histórico de los hechos.

Toda manifestación literaria, con su particular uso de la palabra, deja testimonio de la cultura de los pueblos, haciendo evidentes las circunstancias económicas, políticas y sociales que han caracterizado las distintas épocas de la humanidad. La literatura es un factor de comprensión social que nos acerca al pensamiento, a los sentimientos y a los ideales de los hombres en la historia. Pero no confundamos la literatura con la historia ni con cualquier otra ciencia, pues, aunque puedan compartir el interés por develar los hechos del hombre y de la naturaleza, cada disciplina lo hará desde su particular campo de acción.

La literatura, en su verdadero sentido, dice Alfonso Reyes, es "una agencia especial del espíritu, cuajada de obras de cierta índole [...] La literatura expresa al hombre en cuanto es humano. La no literatura, en cuanto es teólogo, filósofo, científico, historiador, estadista, político, técnico, etc".¹

La literatura, como todo arte, guarda trascendencia en la transmisión de los conocimientos, a grado tal que Federico Engels, al referirse a Balzac, expresó: "nos da una

historia maravillosamente realista de la 'Sociedad' francesa de la cual he aprendido más que de todos los historiadores, economistas y estadígrafos conocidos del periodo".² Para finalizar esta breve introducción, y antes de dar paso a una explicación que pretende desglosar lo más trascendente de la obra artístico-literaria, valga citar lo que dice Lukács sobre el arte como reflejo de la vida:

La unidad de la obra de arte es, pues, el reflejo del proceso de la vida en su movimiento y en su concreta conexión animada. Por supuesto, este objetivo se lo propone también la ciencia [...] en todo conocimiento científico justo se refleja equitativamente la realidad objetiva; en tal sentido, este conocimiento es absoluto. Pero toda vez que la realidad misma es siempre más rica y diversa que cualquier ley, es propio de la esencia del conocimiento el que éste se deba seguir ampliando, ahondando y enriqueciendo siempre: el que lo absoluto aparezca siempre en forma de lo relativo y de lo sólo aproximadamente justo.

[...]. Así, pues, la obra de arte ha de reflejar en conexión justa y justamente proporcionada todas las determinaciones objetivas esenciales que determinan la porción de vida por ella plasmada. Ha de reflejarlas de tal modo, que dicha porción de vida resulte comprensible y susceptible de experimentarse en sí y a partir de sí, que aparezca cual una totalidad de la vida.³

Vista de esta manera, que sin duda es la más razonable, la literatura muestra un conocimiento más intenso de la naturaleza, precisamente porque expresa los momentos más relevantes de las acciones de los hombres, sacándonos del tedio que pudiera mostrar la propia realidad.

2.1.1. El hecho literario.

En el afán de seguir esclareciendo a la literatura como actividad humana, la enfocaremos ahora desde la perspectiva de la comunicación, dentro de la cual, invariablemente, el hecho literario requiere de la presencia de un comunicador, un mensaje y un perceptor. Si en comunicación, a la relación de estos tres elementos la llamamos acto comunicativo, en literatura la llamamos **hecho literario**. Tanto como en la comunicación, en la literatura debe

haber una verdadera compenetración entre un escritor (comunicador), una obra escrita (mensaje) y un lector (perceptor).

Si el estudio de la comunicación se remonta a la época griega cuando Aristóteles escribió su **Retórica**, el **hecho literario** lo encontramos también estudiado por el mismo filósofo en su libro **El arte poética**. Así, pues, tanto comunicación como literatura son campos que tienen una larga tradición de análisis y que, consecuentemente, nos muestran una añeja preocupación por esclarecerlos. Aboquémonos aquí, partiendo del pensamiento aristotélico, a tratar de entender lo que es el **hecho literario**.

Aristóteles anuncia que la poética, entendida como literatura, es un arte imitativo cuyo instrumento principal es la palabra. Señala sus distintas especies tales como la tragedia, la épica, la comedia y la ditirámica. Señala sus diferencias y examina la labor de los escritores, de los cuales dice que imitan "a sujetos que obran, y éstos por fuerza han de ser o malos o buenos, pues a sólo éstos acompañan las costumbres".⁴ Examina la forma en que dadas las especies poéticas, el escritor debe considerar los elementos que de la realidad le sirvan para imitar, con lo cual toca el ámbito de la obra literaria y, consecuentemente, del lector, cerrándose así el círculo del hecho literario.

Valgan por el momento estas reflexiones aristotélicas que ya retornaremos más adelante y demos paso a autores contemporáneos que siguen el camino del filósofo griego. Escarpit⁵ indica que la creación literaria, representa una tarea difícil, pues se trata de resolver una problemática en el orden de lo filosófico y lo moral. Esto nos remite a Aristóteles y recuerda lo que Carpentier ha dicho sobre el papel del novelista; sobre la función tan importante que juega como mediador entre la realidad social y el lector. El literato debe estar consciente de su realidad, de su entorno, de su historia y obtener conclusión literaria de todo ello. Como artista, su elemento fundamental de transmisión es la lengua, por medio de la cual dará significado a los

acontecimientos que habrá de imitar, teniendo siempre en mente su compromiso moral con los lectores. La significación que haga de los acontecimientos reales debe ser claro reflejo de la interioridad psicológica de los hombres en sociedad; en sus personajes deben quedar impresos, de una vez por todas, los valores morales y los principios filosóficos de la sociedad que inspiró su obra. En pocas palabras, el escritor debe:

Ocuparse de ese mundo, de ese pequeño mundo, de ese grandísimo mundo, es la tarea del novelista actual. Entenderse con él, con ese pueblo combatiente, criticarlo, exaltarlo, pintarlo, amarlo, tratar de comprenderlo, tratar de hablarle, de hablar con él, de mostrarlo, de mostrar en él las entretelas, los errores, las grandezas y las miserias; de hablar de él más y más, a quienes permanecen sentados al borde del camino, inertes, esperando no sé qué, o quizá nada, pero que tienen, sin embargo, necesidad de que se les diga algo para removerlos.⁶

En esta vehemente alocución Carpentier define con toda claridad la misión del literato; su responsabilidad como agente de cambio y como verdadero creador de arte. Quien no observe este decálogo no podrá entrar al reino de este mundo, pues no logrará despertar en sus lectores esa viva emoción tan indispensable para recuperar los pasos perdidos; en concreto, no propiciará una comunicación con su público lector.

Hablemos ahora del segundo elemento que conforma el hecho literario, esto es, la obra misma que, como obra de arte, debe ser una verdadera creación cuyo ser en sí responda a una correalidad. Afirma Max Bense⁷ que la obra de arte es algo creado, algo producido y, consecuentemente, no puede ser la realidad en sí misma, en virtud de que el objeto estético que anima tiene necesidad de un objeto real para ser en sí y para ser percibido.

Hay, pues, en toda obra literaria una realidad supuesta, una mimesis, una imitación, un mundo representado a partir de la estética, que lleva al autor a superar la realidad misma, puesto que el creador de la obra puede fragmentar el mundo percibido, fijando así los

elementos reales más destacados que sirvan para hacer evidente el objeto de la obra artística, al tiempo que se produce una creación única e irrepetible.

Susanne K. Langer⁸ define la obra de arte como una forma expresiva creada para ser percibida por medio de los sentidos o la imaginación. La obra de arte, en tanto creación, expresa el sentimiento humano; transmite al fruidor todas las sensaciones y emociones que puedan emanar de la vida humana misma, procurando siempre encontrar los simbolismos que contengan las cosas representadas.

Por último, en esta triada indisoluble, encontramos al lector (perceptor) de la obra literaria. Cuando un libro llega a las manos del lector y es consumido, estamos en la consumación del hecho literario. Dice Escarpit que todo escritor, en el momento de concebir su obra, tiene presente a su posible lector, y remarca: "Nada queda del todo dicho si no se ha dicho a alguien. [...] Pero [...] nada puede ser dicho a alguien [...] si antes no ha sido dicho para alguien".⁹

Quizá algunas personas no coincidan con esta afirmación, sin embargo, se intuye tan lógica y efectiva que bastaría con interrogar a cualquier escritor sobre su intención al crear su obra, estamos seguros que respondería: darla a conocer. De aquí que el propio Escarpit diga "Cada escritor lleva consigo el peso de un público posible más o menos amplio, más o menos extendido en el tiempo y en el espacio".¹⁰

Justamente en las afirmaciones antes expresadas encontramos el verdadero sentido de la creación literaria. Todo el esfuerzo de indagación, de observación, de análisis de la realidad emprendido por el escritor debe tener un objetivo concreto: darlo a conocer al otro. A ese que está en el ámbito social, quizá sin darse cuenta de las circunstancias que lo rodean; sin actuar en el sentido que pudiera propiciar el cambio indispensable para superar la problemática que lo

aqueja. Cuando esta comunión entre literato-obra-lector se produce verdaderamente, estamos, entonces, ante un hecho literario. Podemos concluir esta parte citando a Castagnino cuando afirma:

La literatura comienza con la obra literaria brotada al conjuro de la emoción y el arte en la pluma de un creador y cumple su razón de ser cuando el texto despierta en el alma del lector o espectador emociones análogas y en su espíritu conciencia del arte con que le fue transmitida.

Cualquier interferencia que accidentalmente pueda confundirse con literatura -- historia, crítica, perceptiva, etc.-- no es sino aporte secundario para el mejor conocimiento y comprensión del texto literario; para que el mensaje del creador llegue a su destinatario, para que ese transmitir emoción y arte se realice íntegramente y se opere el milagro del auténtico goce estético.¹¹

2.1.2. Ficción y realidad.

Tal vez hasta aquí haya quedado claro que la obra literaria no puede presentar la realidad en su totalidad, esto ni siquiera la ciencia lo puede hacer. Así, el lector debe quedar satisfecho con la selección y ordenamiento que de los hechos haga el autor. Sin duda esta selección y este ordenamiento han de ser la tarea principal del literato y la mejor forma de hacerlo dependerá de su calidad creativa. Es, pues, la literatura, como el arte en general, "una ilusión y, por consiguiente, en cierto sentido, inferior a la ciencia, la cual, presuniblemente, aprehende de manera más directa a la naturaleza y a la sociedad".¹²

Esta afirmación, argumentada por Platón, parece poner en desventaja a la literatura respecto de la ciencia; sin embargo, en múltiples ocasiones la literatura difunde el conocimiento de manera más efectiva que la propia obra científica. Consecuentemente, más que considerarla inferior, podríamos entender que literatura y ciencia son dos actividades humanas que por igual, cada una desde sus particulares métodos, técnicas y formas de expresión, abordan los hechos de la realidad y los muestran a la humanidad.

Muchas han sido las discusiones sobre el papel de la obra literaria, particularmente sobre la novela, sin embargo, sean unas o sean otras las opiniones, lo real es que la literatura ocupa un lugar especial en las formas de transmisión del conocimiento: "la ciencia y el arte, después de todo, son formas compatibles de ordenar la naturaleza y la experiencia humana".¹³

Surge, pues, la necesidad de examinar la obra literaria como obra de ficción, dividiéndola, como lo hace Dorra en dos grandes ámbitos: los personajes y la actividad imaginante. Antes de examinar lo que el autor citado señala respecto a la ficción, conviene dejar bien asentado que al acercarse a una obra literaria "Los lectores se preparan para recibir una presentación parcial y aceptan la necesidad de llegar a un entendimiento conciliatorio".¹⁴ Así pues, el artista no engaña al fruidor de su obra. Antes bien le presenta un reflejo de la realidad con el cual el lector puede entender más claramente la situación real. Hay entre ambos, autor-lector, un verdadero entendimiento de la situación que se presenta; de la intencionalidad del autor y del deseo del lector.

Todo esto nos conduce directamente al pensamiento de Freud cuando expresa que "Toda tendencia reviste enseguida la forma que la representa como satisfecha y no cabe duda de que complaciéndonos en las satisfacciones imaginarias de nuestros deseos, experimentamos un placer, aunque no lleguemos a perder la conciencia de su irrealdad".¹⁵

Sin embargo, con todo lo hasta aquí apuntado no queda resuelto el tema de la ficción, hay mucho por añadir, sobre todo porque varios estudiosos discuten aún al respecto de los campos de acción de la historia y de la literatura y critican a ésta por invadir las parcelas de aquélla. Pero, sin duda, lo que queda claro es que la literatura, ha producido valiosísimas obras que hoy ocupan un lugar importante en el gusto de los seres humanos y que compiten con obras surgidas de la investigación histórica o sociológica.

2.1.3. El discurso ficcional.

Dice Gardener¹⁶ que la primera labor de un escritor es crear en su obra un ambiente de verosimilitud, esto es, que lo que se presente al lector derive de lo acontecido en la realidad o, al menos, que pueda suceder en ella. Así, las acciones asumidas por los personajes y las situaciones a las que se enfrentan, deberán ser aceptadas por el lector como algo factible en la realidad. Conforme el lector se vaya adentrando en la lectura de la obra, los personajes, sus acciones y los detalles narrados deberán representar en su mente un mundo factible; un mundo que, aún cuando dé la impresión del discurrir de un sueño, sea fácilmente identificable con la realidad.

Es, pues, indispensable que el discurso ficcional despierte el interés del lector para que éste siga, paso a paso, la acción de los personajes. Retomemos a Dorra cuando afirma que:

El discurso constituye al personaje como un nudo en el sistema de relaciones y también como un tema del relato: muchas veces como el tema central. Por tanto es una figura cargada de contenido --esto es, semantizada-- y ello ha hecho que tradicionalmente fuera percibida como una substancia investida de plenitud ontológica. El personaje, así, es visto como un ser, específicamente como un sujeto que tiene los atributos de la persona".¹⁷

Para que el mensaje literario cumpla su cometido es indispensable que el lector acepte el ser y el no ser de los hechos y de los personajes. Es necesario que acepte esa dicotomía indestructible entre realidad-ficción; entre relato testimonial--relato ficcional. Es necesario que el literato conjugue los hechos reales y las personas y les confiera un significado ficticio sin perder de vista la realidad, hasta que cobren validez y trascendencia.

El escritor debe imprimir en su escrito un paralelismo entre ficción y realidad, sin permitir que predomine ésta, pues de ser así estaríamos en presencia del discurso histórico,

sociológico o de cualquier otra de las ciencias sociales, perdiendo sentido el trabajo literario.

Manifiesta en este sentido Raúl Dorra:

Podemos entender, así, que la narración no narra sino se narra. El fabular se reproduce como discurso del deseo (y también deseo del discurso), como develamiento o postergación de una inminencia [...].

Pero el personaje existe tan sólo en la medida en que la narración lo invoca. En realidad, el deseo de no tener fin es el deseo de la narración. Ella es la que sin cesar difiere narrándose. También ese deseo es el secreto del escritor-narrador.¹⁸

La ficción como propósito del discurso nos ubica en el presente, en la instantaneidad subjetiva; en él puede no contar el tiempo real, pues el tiempo es una figura hipotética para la literatura, donde los hechos se entrelazan en minutos, en instantes que transgreden el tiempo para resaltar lo más sobresaliente del tiempo histórico "señalando decisivas etapas cronológicas [...] y opera como testimonio de un transcurso que es asimismo una permanencia. Pues si las etapas cronológicas son hitos de un avance, también simbolizan el retorno, las reiteraciones, los puntos ciegos que permiten armar una visión circular y pensar un relato a partir del sistema paralelístico".¹⁹

Se nos presenta, pues, en la literatura, un proceso de intertextualización donde el texto de la realidad da paso al texto de la ficción para reescribir la historia, reelaborando las acciones humanas que habrán de peculiarizar a los personajes. Es justamente a partir de esta capacidad de intertextualización, de interrelacionar la realidad con la ficción, que se revela el espíritu creador del literato y es la que garantiza el interés del lector por la obra literaria, al conducirlo a dimensiones superiores del acontecer cotidiano; a dimensiones donde los hechos cobran relevancia insospechada.

Para lograr una buena intertextualización, el escritor debe poseer mayor comprensión de los hechos reales y transmitirlos al lector haciéndole sentir las emociones más recónditas para

que, caiga en cuenta de algo: de aquello que es lo más relevante de los hechos. El escritor, si realmente se precia de realizar un trabajo artístico, debe presentar en sus obras una realidad enriquecida, transformada por el soplo creador que capta el valor simbólico de las acciones humanas y de los objetos. Julieta Campos, expresa que "La obra se instala en las grietas de la realidad y está hecha de la distancia entre lo que el mundo ofrece y una aspiración hacia otra cosa".²⁰

2.2. La novela.

Hasta aquí hemos tratado de esclarecer las características de la obra literaria, sin atender a sus géneros. La hemos visto en tanto obra de arte, sin particularizar en ninguna de sus manifestaciones concretas. Tal vez por eso, de pronto, se hace indispensable definir a la novela como una obra literaria escrita en prosa en la que se describen y narran acciones fingidas, imitando la realidad.

Katherine Lever expresa: "Novela es una forma de narración de considerable extensión escrita en prosa que involucra al lector en un mundo imaginado que es nuevo porque ha sido creado por el autor".²¹ por su parte dice D. H. Lawrence: "La novela es el gran libro de la vida. Los libros no son la vida. Son sólo tremulaciones del éter. Pero la novela es una tremulación que puede hacer temblar al hombre entero en vida. Eso es más de lo que puede hacer la poesía, la filosofía, la ciencia o cualquier otra tremulación libresca".²²

Las definiciones ofrecidas integran conceptos muy semejantes que nos llevan a reconfirmar lo expresado en el subcapítulo anterior; la novela, en tanto obra literaria, recurre por derecho propio a la ficción; finge las acciones imitando las de la vida real. Crea mundos imaginarios por los cuales transita el lector, descubriendo su propio mundo real. No obstante que recurre a la ficción, la literatura puede lograr más en su discurso que cualquier ciencia social, en virtud de que involucra al lector de tal manera en los acontecimientos, que lo hace

caer en cuenta de aquello que a simple vista no es evidente. La novela entre los géneros literarios es uno de los más importantes y difundidos en nuestros días.

Asentada la concepción de lo que es la novela, se hace necesario penetrar, aunque sea someramente, en su surgimiento y evolución. Los siglos XVII y XVIII vieron el nacimiento y consolidación de la novela. Surge vinculada a los afanes moralizantes de aquellos momentos. Por razón de espacio no entraremos en detalles de la época, apuntaremos tan sólo que la novela se va configurando cuando los libros moralizantes o libros de conducta empezaron a introducir personajes que adquirirían dimensiones de héroes o heroínas que se veían envueltos en incidentes y anécdotas, a la vez que se introducían diálogos. De ese entonces podríamos citar a varios autores, pero citaremos tan sólo, por cercanía afectiva, a Cervantes. Además, porque en justicia fue el precursor de la novela, así lo confirma Juan Alcina Franch cuando señala:

El término **novela** aparece documentado en castellano desde mediados del siglo XV como sinónimo de conseja. En el momento en que lo emplea Cervantes para titular su colección, el italianismo está fijándose por el influjo de los **novellieri** italianos. Sin embargo, Cervantes va a ofrecer bastante más de lo que justificaba el nombre del género. Las novelas cervantinas que no son evidentemente lo que se entendía en su tiempo con la palabra **cuento**, son ya también mucho más de lo que los italianos ofrecían con el nombre de **novella**.²³

Señala además, el propio Alcina Franch, que la novela debe a Cervantes la liberación del diálogo, el trabajo minucioso de ambientes y escenarios, la individualización de personajes, además de la coherencia interna de las obras. Inútil seguir postulando al pilar de nuestra literatura, pues todos hemos advertido su destreza al introducirnos en alguna de sus obras, por citar alguna en particular: **El Quijote**.

Sin duda, la estructura de la novela se fundamenta en la ya tradicional composición narrativa de las fábulas, tan antigua que el propio Aristóteles la señala en **El arte poética**, al precisar que la acción debía tener principio, medio y fin. Justamente lo que hoy conocemos

como exposición, nudo y desenlace. De la adecuada estructuración de estos tres elementos la novela adquiere coherencia interna, una cohesión de acciones y personajes que da fisonomía y ambiente particulares. Es comprensible que una cuidadosa estructuración confiere unidad orgánica a la obra y orden a los sucesos en un sentido natural. Respecto al concepto de estructura dice Suavage: "Se entiende por estructura de la novela, como de la literatura en general, el modo en que están dispuestos y organizados los elementos más allá de las palabras. La estructura implica siempre un proceso de construcción".²⁴

La novela es, pues, una construcción intencional que surge de la observación de los hechos cotidianos encerrados dentro de ciertos límites y que "responde a un plan preconcebido [...] trata de explorar, a través de la búsqueda de una estructura, un mundo que antes de la aparición de esa estructura no rinde significados ni desprende luz alguna".²⁵ He aquí la idea constante del trabajo de ficción a partir del trabajo artístico que devela lo real penetrando en un mundo imaginario que rompe con el caos de la vida diaria para darle sentido a los sucesos.

Ya lo decía Aristóteles "no es oficio del poeta el contar las cosas como sucedieron, sino como debieran o pudieran haber sucedido probable o necesariamente".²⁶ La novela, dada la estructura planeada por el novelista, no respeta el tiempo cronológico y busca un tiempo emotivo que dota de sentido que compacta el relato y lo libera del tedio de lo disperso. La novela, marca una geografía anímica en la que el escritor ubica al lector en su propia interioridad y lo proyecta hacia el mundo exterior mostrándose más comprensible. Es tal vez por ello que Carruthers espera que la novela 'proyecte una nueva concepción filosófica del universo y no sus propias leyes'.²⁷

Hasta el momento se ha hablado de la estructura, pero no de los principios que la configuran, tales como trama, personajes y punto de vista. "Estructuralmente hablando una trama es una concatenación de episodios [...] un personaje puede ser un complejo de

disposiciones y rasgos, un <centro de composición>,"²⁸ y el punto de vista es "la posición desde la cual es presentada la acción de la novela".²⁹

2.2.1. La novela histórica.

A lo largo de este trabajo hemos tratado de exponer el hecho histórico y el hecho literario y hemos señalado que existe un paralelismo entre ambos. Es quizá por ello que se hace indispensable adentrarnos en el estudio de la novela histórica en la que, como lo indica Lukács, se atiende a lo específico histórico. El surgimiento de este tipo de novela se produce, según los conocedores, en 1814, cuando Walter Scott da a conocer su obra titulada **Waverly**. "A la llamada novela histórica anterior a Walter Scott le falta precisamente lo específico histórico: el derivar de la singularidad histórica de su época, la excepcionalidad en la actuación de cada personaje".³⁰

De hecho, antes de la fecha indicada encontramos novelas de tema histórico, pero se denominaba así por la temática meramente externa ya que el autor no calaba en su raigambre social. No llegaba en su discurso al devenir histórico que peculiarizaba su época, pese al realismo de sus obras. Con la aparición de la novela histórica, el autor encuentra una posibilidad de reforzar el nacionalismo, acción tan indispensable por aquellos días en que las revoluciones provocaban crisis económicas y sociales que trastocaban el sentido histórico de los pueblos europeos.

Scott, "En la historia inglesa encuentra el consuelo de que aun las más violentas idas y venidas de las luchas de clase siempre habían desembocado en una gloriosa y tranquila `línea media'".³¹ Inferimos así que la novela histórica tiene, de nacimiento, una función de convocatoria, esto es, de llevar al lector un mensaje esperanzador al exponer los acontecimientos históricos y su solución, en general favorable a la continuidad del desarrollo.

La nueva tendencia literaria contrae en sí misma un cambio en el manejo y caracterización de los héroes, surgidos de entre los hombres que permanecen en medio de los extremos en lucha. "El 'héroe' de las novelas de Scott es siempre un **gentleman** inglés del tipo medio. Posee generalmente una cierta inteligencia práctica, nunca extraordinaria, una cierta firmeza moral y decencia que llega en ocasiones a la disposición del autosacrificio, pero sin alcanzar jamás una pasión arrobadora ni tampoco una entusiasta dedicación a una gran causa".³²

Vistos así, los héroes de la novela histórica resultan ser mediocres; se dejan llevar por la fuerza del destino sin oponer resistencia. Son pues, héroes a la fuerza o, más bien, héroes no héroes. Son individuos desclasados, casi prosaicos que han renunciado al romanticismo. Por lo que respecta al discurso literario se nos presenta, en este tipo de novelas, una información sobre personajes y acontecimientos. Se presenta la información como un resumen de la historia. El lector observa al objeto, como indica Suavage,³³ de un modo panorámico. Se prepara el material a partir de escenas, resúmenes, análisis, comentarios, descripciones, etc.

Es esta forma de captar y proyectar la realidad en la que se ancla el acierto de Scott que, aún cuando sus seguidores lo hayan superado, a él se debe el haber reavivado las características humanas de los personajes histórico-sociales. En la novela histórica encontramos que el autor cuenta la historia convertido en un ser omnisciente y omnipresente, permaneciendo a la vista del lector.

Entre los críticos de Scott, ninguno como el ruso Bilinski entendió la aparente desproporción entre el héroe y los personajes secundarios que resultan más interesantes en este tipo de novelas. Al respecto expresó el citado crítico:

Así debe ser en una obra de carácter puramente épico, en que la persona principal sólo sirve de núcleo externo para los acontecimientos y en que sólo se puede destacar por

rasgos humanos generales y que merezcan nuestra simpatía humana, pues el héroe de la epopeya es la vida misma y no el hombre. En la epopeya el hombre, por así decirlo, es sometido al acontecimiento, por su magnitud e importancia, deja en la sombra la personalidad humana, distrae nuestra atención de ésta por el propio interés que suscita por la variedad y multiplicidad de sus imágenes.³⁴

Es en esta defensa de la obra de Scott, en la presencia de sus héroes, en la que podemos descubrir la profunda comprensión que el novelista tenía de su sociedad, pues si se afirma que el héroe de la epopeya es la vida misma, el héroe de Scott asume las características de un amplio sector de la sociedad inglesa que se sitúa en medio de los extremos opuestos; de aquí se desprende lo de la "Línea media" señalada por Lukács.

El héroe de la novela histórica es además, una figura que no se va conformando poco a poco, se presenta ya elaborada, hecha y preparada para intervenir en la trama y cumplir su papel resolutorio en los problemas suscitados por las fuerzas contrarias. Emergen, precisamente, de esas capas sociales medias que son simples observadoras de las luchas históricas. Son personajes que provienen del desconocimiento histórico. Son personas que no tienen renombre ni son reconocidas por la historia, consecuentemente son personajes que representan al pueblo y pueden ser inexistentes y de ahí la fuerza de su posible identificación popular. Son héroes arrastrados por la fuerza del destino que en la mayoría de los casos, no comprenden las circunstancias que los conducen a realizar sus acciones.

Scott hace surgir a sus figuras importantes de la esencia misma de la época, sin explicar jamás, como lo hacen los románticos veneradores de héroes, la época a partir de grandes representantes. Por eso no pueden ser figuras centrales en la acción. Pues la extensa y multifacética representación de la esencia de la época misma sólo puede hacerse patente si se plasma la vida diaria del pueblo, si se da forma a las penas y alegrías, a las crisis y confusiones del hombre medio.³⁵

La novela histórica, por todo lo apuntado, no tiene grandes pretensiones en cuanto a la magnificencia de las grandes hazañas históricas, busca tan sólo la vivencia de los móviles sociales de los seres humanos que en ellas participaron; de ese modo, en este tipo de novelas se

hacen evidentes al lector los pensamientos, sentimientos y acciones que motivaron a sus héroes a participar en los acontecimientos históricos.

2.2.2. La novela dramática.

En la novela dramática, de manera muy distinta a la histórica, los personajes son los forjadores de sus propios destinos. A causa de sus acciones se van transformando paulatinamente. Encontramos en la obra dramática, una urdimbre muy cerrada que ha sido tejida por las acciones de los personajes, los cuales se desarrollan en un círculo vital que "produce una intensificación de la acción: esta intensificación es uno de los atributos esenciales de la novela dramática".³⁶ Además, la acción interviene como elemento equilibrador de las fuerzas que se mueven en la trama y va dando el argumento en el que los personajes son leales a sí mismos, no responden pues a un mecanismo y, consecuentemente, los acontecimientos son el producto de las constantes acciones. Es de este modo que la verdad interna de la novela dramática se produce al seguir los pasos de los personajes que actúan conscientes de su función.

Bien entendido, lo anterior significa que "La acción será lógica siempre y cuando los personajes tengan dentro de sí algo invariable que determine sus respuestas ante los demás y ante una situación equis. Su progresión será al mismo tiempo espontánea y lógica en relación al cambio de los personajes y ese cambio creará nuevas posibilidades."³⁷

En concreto, la obra dramática es una representación del hombre y del destino, y no por ello requiere ser trágica, aunque drama y tragedia pueden estar emparentadas. A lo largo de la novela dramática se da forma a los hombres reales. Al ser dotados de formas, los personajes de la obra dramática, trascienden la realidad de la vida y cobran validez a partir de sus palabras y sus gestos que en el discurso dramático adquieren un valor especial, superando el valor real de las palabras y los gestos de la cotidianidad. La existencia de los personajes del drama se

construyen sobre la realidad anímica, de aquí que la realidad de la obra dramática sea la realidad de la vida misma.

Los personajes de la novela dramática viven una "tensión entre su integridad vista como destino y su progresión vista como desarrollo"³⁸. El destino y el desarrollo de los personajes quedan cristalizados en el tiempo que inexorablemente consume las acciones, marcando el final.

El final de cualquier novela dramática es una solución del problema que pone en marcha los acontecimientos; la acción particular se habrá completado trayendo consigo un equilibrio o desatando una catástrofe cuyo desarrollo no podrá llevarse más allá. El equilibrio o la muerte: son éstos los dos fines hacia los que se dirige la novela dramática. El primero, por diversas razones, generalmente toma la forma de matrimonio conveniente.³⁹

Así, las acciones se van desarrollando en el tiempo revelando al lector la forma en que los personajes se autoconstruyen en su propio devenir, hasta derivar en un final de la historia que otorga terminación e interrogación a la revelación de los personajes, pero todo este actuar evoluciona a lo largo de la novela, se nos ofrece en una escena reducida que, consecuentemente, intensifica las acciones. Por lo estrecho del ámbito espacial "Todas las salidas quedan bloqueadas y conforme se desenvuelve la acción, asistimos a lo siguiente: no hay escapatoria posible rumbo a otras escenas o, si la hay, intuimos que sólo se trata de una puerta falsa que trae al protagonista de regreso al centro escénico donde deberá esperar su destino".⁴⁰

En la novela dramática se nos presentan las acciones vitales girando en un tiempo personal, esto es: desde el inicio del relato dramático nos enfrentamos a personajes que transitan hacia un final que depende de sus propias acciones. Son justamente los personajes los que empiezan a acelerar la trama sin que se pueda volver atrás y el final se da irremediamente. Sin embargo, el final de una novela dramática casi nunca se sabe a ciencia cierta, no es claro ni para los personajes ni para el lector.

Recapitulando, podemos decir que las características de la novela dramática son las siguientes: su argumento es intensivo; las acciones de los personajes los van autodeterminando en el sentido más profundo del **ser-personaje** que debe afrontar su destino de manera consciente, y resolver sus problemáticas a cualquier precio; en los personajes de la novela dramática está presente la experiencia humana como imagen de los diversos modos de actuar, mutable en tanto se vaya dando la interacción entre ellos.

2.3. Martín Luis Guzmán, literato de la realidad.

Lo que quiso dar de la revolución fue "el retrato de sus hombres y la pintura de sus escenas, urdidos los unos con las otras y tramando todo mediante un procedimiento tal que, dando unidad al conjunto y liberándolo de ser historia, o biografía, o novela, le comunique la naturaleza de los tres géneros en proporción bastante para no restar fuerza al principio creador, ni verdad sustantiva a lo creado."⁴¹

En verdad, Martín Luis Guzmán dentro de la literatura es un caso especial; se ha dicho, con justificada razón, que es uno de los autores mexicanos más dotados para el cultivo de la novela y sin embargo, aunque de incalculable valía, poca es su producción en este género. Muestra en toda su obra una incisiva especulación de los hechos surgidos de la realidad, tamizados por la serena reflexión del autor. Guzmán, inspirado en una profunda vocación periodística, desde muy temprana edad decidió heredar al pueblo de México páginas de inapreciable valor, en las que pone de manifiesto la verdad de los acontecimientos, escudriñando las motivaciones sociales, históricas, psicológicas y políticas de los hombres de su tiempo.

Como hombre inquieto por la cultura, Martín Luis logró disciplinarse de manera rígida para realizar sus estudios autodidactas. En todo momento estuvo ligado a grupos intelectuales:

al Ateneo de la Juventud en el cual afianzó lazos de fraternidad con innumerables intelectuales que son el baluarte de nuestra cultura nacional. En "sus largas estancias en Madrid [...] se mantuvo siempre en contacto estrecho con los elementos más representativos del intelecto español".⁴²

La inmejorable preparación de Guzmán hace que su labor literaria se coloque en un lugar muy destacado, pues su obra está escrita en un estilo pulcro, impregnado de dignidad y elegancia, alejado del barroquismo y la retórica de muchos autores que abordaron también la novela de la Revolución. "Guzmán se mantiene siempre en una tonalidad elevada que por su aparente naturalidad y sencillez, no cansa ni empalaga".⁴³

2.3.1. Su querrela con México.

Entre los escritores de la Revolución, sin duda, Martín Luis ocupa un lugar preponderante por la calidad de sus obras. Ya en su primera producción, titulada **La querrela de México** (1915), advertimos en Guzmán una profunda preocupación por ahondar en las características del mexicano; angustiado por tratar de exponer la problemática nacional lo más claramente posible para que a partir de su exposición, se pudieran encontrar soluciones factibles. El propio autor expresa, al referirse a ésta su obra primitiva:

hago momentáneamente abstracción de las cualidades del pueblo mexicano y sólo me ocupo en notar algunos de sus defectos. En el momento de su publicación, este opúsculo formaba parte de una obra extensa donde se estudiaban las cuestiones palpitantes de México y las figuras surgidas en la lucha entre las fracciones villista y carrancista. A pesar de los años transcurridos, **La querrela** sigue teniendo gran actualidad.⁴⁴

Sin duda, el joven Martín Luis pasó por una serie de interrogantes que le presentaba su realidad. Seguramente los anhelos revolucionarios de Guzmán se vieron traicionados al observar la presencia de caudillos que sólo luchaban por conseguir sus propios intereses sin

considerar las necesidades del pueblo. A la luz de esta realidad nació, pues, **La querella de México**, serie de ensayos dedicados a desnudar la política mexicana a lo largo de la historia nacional; a poner de manifiesto a los caudillos que se sobreponen a la verdadera voluntad popular, amparados en la pasividad política de los mexicanos. De entrada Martín Luis afirma:

el problema que México no acierta a resolver es un problema de naturaleza principalmente espiritual [...] Las fuentes del mal [...] están en los espíritus, de antaño débiles e inmorales, de la clase directora; en el espíritu del criollo, en el espíritu del mestizo, para quienes ha de pensarse en la obra educativa. Sin embargo, la opinión materialista reina aún y, entendida de otro modo, ha venido a constituir sincera o falsamente, la razón formal de nuestros movimientos armados a contar de 1910. (Q.M.9-10)

De ningún modo podemos soslayar, ni entonces ni aún ahora, lo que han sido nuestros gobiernos; la serie de traiciones que se han hecho a la Revolución y a las disposiciones constitucionales. A ochenta años de escrita **La querella** es necesario, como lo señalaba entonces Martín Luis, "hacer una revisión sincera de los valores sociales mexicanos, revisión orientada a iluminar el camino que está por seguirse -la entrada de ese camino que no podemos encontrar-, y no a pulir más nuestra fábula histórica".(Q.M. *Ibidem* 10-11) Esta recomendación debiera preocupar al mexicano de finales del siglo XX, pues sin duda pone de manifiesto que no se ha progresado mucho en el ámbito político; que aún la querella guzmaniana sigue vigente; que aún no se halla remedio a nuestros males.

Muchas son las causas de nuestro malestar social; muchas las promesas incumplidas. Martín Luis la examina una a una en **La querella**, desde la época colonial hasta los tiempos posrevolucionarios. Asistimos, en las páginas que continúan, al análisis que Guzmán, literato-periodista, hace de los momentos históricos más relevantes de México. Empieza su disquisición penetrando en "La inconsciencia moral del indígena"; culpa al español de semejante inconsciencia pues "con su ansia brutal y estruendosa, desconcertó y dejó informe un alma que aún no se hacía".(Q.M. *Ibidem*, 13) Pasado el período de conquista, Martín Luis se pregunta:

¿qué decir del imperio colonial, régimen de explotación desatada en un país cuya riqueza principal eran los indígenas, régimen sostenido por un sistema tutelar de los espíritus adecuado a aquella explotación? Unos cuantos frailes bondadosos y venerables, los que llegaron con las primeras naves a la Nueva España, cogieron al indígena, lo bautizaron apresuradamente y lo abandonaron después, idólatra aún, en los umbrales del cristianismo. Otros vinieron más tarde, pero ya no a cristianizar ni a predicar como los primeros, sino a explotar y dominar como los conquistadores, a trocar en oro la carne y el alma indígenas. De manos del cacique cruel pasó el indio a las del español sin piedad y a las del fraile sin virtud. (Q.M. *Ibidem*, 13-14)

En este párrafo, Guzmán sintetiza la esencia de nuestras raíces: vencedores y vencidos; explotadores y explotados; autoridad y sumisión: esta es la realidad del pueblo mestizo. Si dudáramos de la veracidad de estas afirmaciones, conviene acercarnos a los ensayos de autores como Samuel Ramos y Octavio Paz.⁴⁵ No debe, bajo estas condiciones, extrañarnos la condición de obediencia a las autoridades tanto civiles como religiosas que por largo tiempo han caracterizado a la sociedad mexicana. Todo esto hierde la realidad política de México aún en la actualidad; basta con examinar los últimos acontecimientos en Chiapas y rescataremos la vigencia del pensamiento guzmaniano cuando el autor afirma:

La población indígena de México es moralmente inconsciente; es débil hasta para discernir las formas más simples del bienestar propio; tanto ignora el bien como el mal, así lo malo como lo bueno. Cuando, por acaso, cae en sus manos algún instrumento capaz de modificarle provechosamente la vida, ella lo desvirtúa y lo rebaja a su acostumbrada calidad, al de la forma ínfima de vida que heredó. (Q.M. *Ibidem*, 14)

Pero si la inconsciencia moral del indígena es grave, lo es más aún "La inmoralidad del criollo", sobre la cual Martín Luis Guzmán plantea lo siguiente:

TAN ajena es la política mexicana a sus propias realidades (nuestras instituciones son importadas; nuestra especulación política --vaga y abstracta-- se informa en las teorías extranjeras de moda, etcétera), y tan sistemática la inmoralidad de sus procedimientos, que no puede menos que pensarse en la existencia de un mal congénito en la nación mexicana. Así es, efectivamente. En el amanecer de nuestra vida autónoma --en los móviles de la guerra de Independencia-- aparece un verdadero defecto de conformación nacional (inevitable por desgracia): **los mexicanos tuvimos que edificar una patria**

antes de concebirla puramente como ideal y sentirla como impulso generoso, es decir, antes de merecerla. (Q.M. *Ibidem*, 15)

Conviene preguntarnos ante esta reflexión si aún en nuestros días seguimos con esa inmoralidad; si en la actualidad hemos concebido una patria real; si la hemos edificado mereciéndola. Tal vez para muchos el silencio sea la respuesta. La verdad es que no hemos sabido construir el México que se esperaba, ni el que hemos deseado tantas veces. En cada período gubernamental surgido después de la Revolución se abren nuevas esperanzas, y aunque los historiadores traten de pulir los hechos y las cifras, la verdad es que las expectativas rebasan los logros. De no ser así, México transitaría ya por otros caminos.

Dos son los momentos de nuestra historia en los que, con mejor fruto, podemos asomarnos al alma política mexicana --al alma de aquella clase, integrada con cierta unidad, que dirige los acontecimientos sociales de México--: la independencia y la paz porfiriana. Entre estas dos etapas, la Reforma crece, da frutos casi malogrados, se desvirtúa, y se pierde al fin en la Paz. (Q.M. *Ibidem*, 16)

Para profundizar en su aseveración, Guzmán nos ofrece un somero análisis de cada una de estas etapas. De "La Independencia" afirma que no fue sino una exaltación artificial, influenciada por acontecimientos ocurridos tanto en Europa como en Norteamérica, a finales del siglo XVIII, y pone de manifiesto algo que no debemos olvidar, pues se ha repetido en los movimientos más representativos de la historia de México:

El grupo de la sociedad mexicana que se creyó entusiasmado por la idea de libertad pertenecía a la clase opresora y no a la clase oprimida de la Nueva España; no era el material más a propósito para inflamarse al contacto de las nuevas ideas francesas. [...]

Nuestra guerra de Independencia no fue un movimiento nacional. No lo fue ni por los hombres que intervinieron en la lucha, ni por el espíritu de ella, ni por sus resultados. Nada hay más turbio que la intriga jurídica de 1808, encabezada por el virrey Iturrigaray, falso para los unos y para los otros; el noble arranque de Hidalgo es típico de lo improvisado y azaroso; la visión revolucionaria y el genio militar no se conjugan en Morelos con recursos políticos adecuados a los resortes sociales de aquella hora; Iturbide es el símbolo mexicano de la componenda política fraudulenta y de la inmoralidad militar. (Q.M. *Idem*.)

Por lo que respecta ha "La Reforma", Guzmán afirma que fue necesario que pasara medio siglo, para que el criollo se diera cuenta de "la verdad circunscrita y adulta de la acción reformadora. Sobre la maleza teorizante de siempre, dominaba la humilde confesión de una decadencia de los espíritus de las clases directoras, y la necesidad de regenerarlos. Se llegó hasta fundar una gran escuela para forjar las nuevas almas.(Q.M.Ibidem, 17)

Pero después de esta etapa constructiva en la que pudo encontrar salvación el pueblo mexicano, llegó "la paz porfiriana" con la cual se acalló todo el impulso de La Reforma. Se truncó el esfuerzo por moralizar a las clases gobernantes "El régimen de la Paz [...] Instituyó la mentira y la venalidad como sistema, el medro particular como fin, la injusticia y el crimen como arma".(Q.M.Idem.) Así pues, la posibilidad de emerger del atraso, a madurar como sociedad como nación se vio frustrada, pese a que Porfirio Díaz fue el instaurador de ese período de paz, es el menos culpable, ante lo cual bien vale la pregunta de Guzmán:

¿qué vale el error o la incapacidad de un solo hombre comparados con la incapacidad y el error de la nación entera que lo glorificaba? [...] Piénsese en el amplio grupo que vivía a la sombra del caudillo, y que creyó entender las necesidades de la patria, o lo fingió al menos, de modo propicio al enriquecimiento personal. Piénsese en toda la clase dirigente de entonces, en los jóvenes de veinte años del 70, en los intelectuales maduros del 1890, en los venerables sesentones que recalentaron sus carnes al sol del Centenario [...]. Tiempo y ocasiones les faltaron para sonreír al dictador y sumirlo más en su creencia miope de que salvaba a la patria; tiempo les faltó para cortejar a los hombres de la camarilla presidencial, o a sus amigos, o a sus criados, a caza de concesiones, favores y empleos.(Q.M.Ibidem 17-18)

Sin duda entre estos aduladores, Martín Luis podría contar a Venustiano Carranza, y con sobrada razón según hemos apuntado en el primer capítulo y, por qué no sospechar, tal vez quedara incluido el propio Martín Luis Guzmán padre, que al fin de cuentas sirvió fielmente al régimen porfirista hasta su muerte, aunque al final haya comprendido que la razón estaba de parte de los revolucionarios y así lo haya trasmitido a su hijo. Bien visto, todo lo expresado en

la cita lleva mucho de verdad sobre todo cuando Guzmán concluye más adelante "He ahí lo que a cambio de nuestro bienestar material, se ofrece a la nación mexicana, que sufre las consecuencias deplorables de una perversión moral: **la paz a costa de la corrupción y el crimen sistemáticos**".(Q.M.Ibidem, 25)

De esta forma, Guzmán cierra una parte de su querrela con México, para reabrir la con los gobiernos emanados de la Revolución. A lo largo de su obra se querrela con todos los caudillos, excepto con Francisco Villa. Para finalizar ésta su obra primigenia, hace evidente la intervención norteamericana, circunstancia permanente en la política mexicana. Al respecto expresa:

CUANDO Carranza, jefe de la fracción revolucionaria, pide al gobierno de los Estados Unidos lo reconozca como presidente de la República, no hace sino acatar una vieja verdad de nuestra política interior: en México ningún partido político tiene por sí mismo vigor suficiente para dominar; su seguridad y su fuerza exige el concurso de un poder extraño. El antiguo partido conservador reconoció y exageró el valor de este principio cuando trajo la intervención de Napoleón III; el partido liberal ha contado siempre con la ayuda de los Estados Unidos. El caso reciente de Huerta, henchido de poder, holgado en lo económico y además libre de reparos en cuanto a los medios, es concluyente. Una palabra de Woodrow Wilson, un no del presidente de otro país bastó, a decidir los destinos de Huerta y los destinos de México. Para imponerse sólo faltó a aquél el reconocimiento yanqui; Villa y Carranza no anhelan hoy otro auxilio.(Q.M. Ibidem, 25-26)

Respecto a la intervención norteamericana, Guzmán expresa abiertamente: "Los Estados Unidos intervienen de un modo sistemático, casi orgánico, en los asuntos interiores de México. Henry Lane Wilson, embajador en nuestro país, se sintió en el caso de alojar en sus oficinas la conspiración que acabó por privar de la vida al presidente Madero".(Q.M.,Ibidem 28)

Así pues, la querrela con México, es también una querrela con la política norteamericana que, maliciosamente, hace girar las manecillas del destino mexicano a su pleno antojo, al grado que aún ahora se cumple plenamente la afirmación que entonces externara Martín Luis Guzmán

"quien tenga en México el apoyo yanqui, lo tendrá casi todo; quien no lo tenga, casi no tendrá nada; y nadie negará tampoco que ello es irremediable, por ahora al menos". (Q.M., *Idem*)

Bien pudo constatar Guzmán, a lo largo de su vida, la verdad de sus palabras juveniles, pues la urdimbre de los partidos políticos y de los gobiernos mexicanos ha estado siempre a la expectativa de la voluntad del país vecino. Nada se hace que pueda afectar los intereses norteamericanos; siempre pendientes del beneplácito de Washington, los políticos mexicanos sacrifican su más íntimo pudor con tal de una mirada complaciente que apruebe las acciones que deberían ser particulares, pensadas siempre en provecho de los mexicanos. La querrela de Martín Luis Guzmán debiera ser la querrela del todo el pueblo mexicano, conviene no olvidar esto.

2.3.2. México visto a orillas de un río

El incansable espíritu crítico de Martín Luis Guzmán no se conformó con dar a la luz **La querrela de México**, de su impetuosa pluma juvenil surgieron aún innumerables ensayos publicados de manera periódica en la **Revista Universal** y en **El Gráfico**, publicaciones mexicanas editadas entre 1916 y 1918 en Nueva York, sin duda con el espíritu de que la problemática de la Revolución fuera difundida entre los mexicanos que habían emigrado a diversas ciudades norteamericanas. Esta serie de ensayos y artículos encontraron acomodo, en 1920, en el volumen titulado **A orillas del Hudson**.

Desde aquellas remotas regiones, en su primer exilio, Guzmán tuvo tiempo de examinar la realidad que aquejaba al pueblo de México, a ese pueblo que tan bien conocía el escritor-periodista. Desde allá Guzmán reafirma su idea de que lo que caracteriza a los políticos mexicanos es la estrechez de aptitudes; que en particular su única habilidad real es la de mandar y cae en cuenta que "la política es una profesión (o una pasión) que, lo mismo que las otras profesiones, ha de practicarse diariamente durante toda la vida, resulta muy natural que los

hombres de mando que en México profesan la política pretendan llegar sin tardanza al gobierno y mantenerse en su puesto perpetuamente". (O.H., 31)

Reconoce aquí, la proclividad de los gobiernos a convertirse en dictaduras o en maximatos, a veces, tal vez, bien intencionados pero que a la postre resultan nocivos para el buen desarrollo de las instituciones nacionales. Todo ello ocasionado, sin duda, por la falta de preparación de los caudillos. Así pues, hace evidente que los políticos mexicanos, al menos los de su época, son personas impreparadas en su gran mayoría. Con estas afirmaciones llega Guzmán a las siguientes conclusiones:

Basta lo anterior para explicar desde luego dos resortes de la política mexicana: la predilección de los hombres públicos de México por el estado de guerra, siempre que no empuñen ellos el gobierno y, corolario de esto, la resistencia del partido, o del grupo, o del caudillo vencidos a deponer las armas de un modo absoluto. Respecto de los primeros, es evidente que en tiempo de paz sólo se participa en la cosa pública --cuando no se desempeña algún cargo-- moldeando la opinión, es decir, poniendo en juego la palabra, la pluma, las ideas, actividad vedada a los más de los políticos mexicanos, que rara vez escriben o hablan. Respecto de lo segundo, a nadie chocará que los políticos de esta especie crean, no sin razón, que, una vez vencidos, influyen más en el gobierno de su país merodeando por la sierra al frente de dos o tres docenas de hombres, que volviendo a la nada, o la medianía, de donde surgieron. Esto sin contar con algo más: que el político gobernante, siempre expuesto a caer de su sitio por virtud de las armas, aniquila al vencido temible que se le entrega. (O.H., *Ibidem*, 32)

A ningún mexicano que conozca más o menos de historia patria han de parecerle extrañas estas afirmaciones; identificará de inmediato a más de un político que llegado al gobierno no luche por permanecer en él, y al no lograrlo se lance a la disidencia, desde donde se esforzará para volver a ocupar el puesto perdido.

Martín Luis Guzmán pone de manifiesto en su obra la nefasta situación que agrava la condición de los gobiernos de México; expone abiertamente que los políticos provienen de una clase inferior y aventurera que ambiciona el poder con el objeto de enriquecerse rápidamente.

En consecuencia, dadas la procedencia y las ambiciones de la clase política, no debe extrañar en México el régimen de violencia que privó por varios años. Pareciera, pues, que la política estuviera vedada a hombres pertenecientes a la clase culta, pues cuando un miembro de ésta se lanzaba a hacer política "la atmósfera militar se encarga de demostrarle pronto que en la República no valen las palabras, sino las acciones, y de obligarlo a recurrir a los medios violentos o a desaparecer: tal fue el caso de Madero". (O.H. *Ibidem*, 33) Y ya que abordamos la figura de Madero, es pertinente indagar lo que Guzmán piensa de él:

Francisco I. Madero es un héroe. Héroe lo hizo el pueblo de México desde el primer momento. Desconociendo en él esta esencia, a menudo se le ha desconocido como simple mortal, y de allí que nadie haya separado hasta hoy a Madero héroe de Madero hombre, sino que, confundiendo a uno con el otro, se persista en el equivoco de engrandecer o destruir el primero con las cualidades o los defectos mortales del segundo. En Madero héroe, inmortal e intangible, el pueblo de México ha querido simbolizar --encarnar más bien haciéndolos particularmente humanos y activos-- muchos anhelos vagos, muchas esperanzas contra sus dolores. Madero es para México la promesa donde se encierra cuanto a México falta en el camino de tranquilidad y la ventura; el hombre que nos hubiera salvado; el héroe que nos salva en nuestra imaginación; el recipiente de la generosidad trascendental y del poder extrahumano que necesitan los pueblos ya sin esperanza. (O.H., *Ibidem*, 40)

En esta reflexión se muestra un Martín Luis Guzmán conocedor de la fibra más íntima de la psicología nacional, de ese sentimiento esperanzador que alienta la impotencia de un pueblo ante la práctica política de sus caudillos. Es en mucho una reacción casi religiosa en la cual el pueblo espera que seres superiores, de manera mágica, corrijan el rumbo de los acontecimientos. En la figura de Madero el héroe, el mexicano opone la generosidad a la violencia. Dice Guzmán "el pueblo de México presintió en él la fuerza generosa y moralizadora, dispuesta al sacrificio y enemiga del crimen, que México espera hace mucho tiempo". (O.H. *Ibidem*, 41) Es, pues, un culto a la figura y las acciones de Madero que, aunque merecido, contribuye a la inactividad política del mexicano.

Dentro de este análisis no podría faltar un acercamiento al ámbito de la educación. A fin de cuentas el comportamiento de un pueblo está en estrecha relación con la educación recibida.

Reflexión que hace expresar a Guzmán:

Los mexicanos sólo se resienten de un apocamiento en sus calidades humanas, con particularidad en aquellas que son indispensables para organizar y desenvolver la vida social democrática: les falta aptitud para mirarse y analizarse valientemente; no saben evitar los abusos de los hombres que llegan a perder; no aciertan a enfrentarse con la disolución que de esos abusos se derivan. Y tal falla del carácter, originada en raíces primordialmente educativas, se manifiesta en ellos de varios modos: por el medio civil (medio individual y colectivo), por el apego a la ficción nacional, y por la tendencia a la deformación del juicio político, adulatoria algunas veces, denigrante otras. Son presa del miedo cívico todos los mexicanos conscientes que eluden pensar sin embages la historia patria y aquellos que se abstienen de intervenir en la cosa pública, bien que finjan indiferencia, disgusto o pesimismo. (O.H., *Ibidem*, 36-37)

Tan vigentes son estas afirmaciones, que los que están dedicados a la labor educativa bien pueden ratificar las aseveraciones guzmanianas. Resulta difícil sensibilizar a los grupos estudiantiles de la problemática política, en muchos persiste la idea de que las cosas son así, que siempre lo han sido y, consecuentemente, resulta inútil, mucha veces, toda acción en contrario. Pocos son los estudiantes que, entendiendo la realidad, practican un análisis concienzudo que les permita proyectar su pensamiento en las acciones de los gobernantes; en el mejor de los casos, el análisis queda en el salón de clases y al egresar de las aulas, los estudiantes convertidos en profesionales luchan denodadamente por reintegrarse a los cuadros políticos y de lograrlo, entran en el juego desleal de todo hombre en el poder.

2.3.3. El águila y la serpiente. Ficción y realidad del caudillo mexicano.

El águila y la serpiente, afirma Manuel Pedro González, es uno de los libros inclasificables dentro de los géneros académicos, "Unos lo llaman novela con sentido peyorativo en el que se trasluce animadversión o encubierta envidia-, otros auto-exaltación, otros relato, otros reportaje, otros memorias, otros diario, otros ensayo, otros panorama

político".⁴⁶ Ante la diversidad de opiniones, el lector de *El águila y la serpiente* pudiera confundirse y considerar que, al no enclavar en un género específico, pierde significación y valor. Nada más alejado de la realidad, pues en esta obra Guzmán hace un retrato fiel de los caudillos de la Revolución. *El águila y la serpiente* representa uno de los libros que con mayor acierto transcribe el ambiente de aquella época. Si a esto agregamos que ha sido calificado como obra de arte, Guzmán resulta por tanto un escritor que supo conjugar la realidad y la ficción y logró presentar verdaderos retratos psicológicos que muestran en toda su magnitud al hombre de la Revolución. Así, quien se acerque a esta obra encontrará que la realidad histórica se ve rebasada por la ficción literaria, sin que con ello se les reste veracidad a los hechos.

El águila y la serpiente es todavía hoy la más completa y reveladora colección de "retratos" que de los hombres de la Revolución poseemos. En esta infinita serie de magníficas etopeyas pudo haber intervenido la simpatía o la ojeriza personales del autor, sus afinidades o sus divergencias intelectuales y morales con ciertos personajes, el interés o el afecto, como ocurre en toda obra o expresión humana [...]. Pero lo que nadie puede negarle al autor es el talento y la finura psicológica y estética con que supo retratar a tantas figuras y figurones que en la Revolución intervinieron.⁴⁷

Martín Luis es, pues, un artista de la palabra. Hace literatura. Transforma en arte sus vivencias revolucionarias y las trasmite para que el lector se deleite, interesándolo en los acontecimientos históricos. Guzmán hace seductora la vida política llena de intrigas y traiciones, de falsas promesas y asesinatos desleales. Lanza en su obra una realidad transformada en disfrute estético. No se detiene en minucias innecesarias, va a lo concreto y plasma, como todo buen artista, el paisaje político en el que se desenvuelven los caudillos, sin ocultarlos: son ellos mismos pero presentados en un marco cargado de esteticidad que los hace más interesantes que en la simple cotidianidad.

Desde el principio en *El águila y la serpiente* se advierte la presencia de Martín Luis, como hilo conductor del relato:

AL APEARME del tren en Veracruz recordé que la casa de Isidro Fabela --o más exactamente: la casa de sus padres-- había sido ya momentáneo refugio de revolucionarios que pasaban por el puerto en fuga hacia los campos de batalla del Norte. Aquéllos eran luchadores experimentados; combatientes, hechos en la revolución maderista, cuyo ejemplo podían y aún debían seguir los rebeldes primerizos. Quise, pues, acogerme yo también a la casa que tan bondadosamente se me brindaba, y me oculté en ella durante todo el día, rodeado de una hospitalidad solícita y amable. (AS.,P.P., Libro Primero, I, 197)

Estas líneas evocan el momento en que Guzmán abandona el país para integrarse al movimiento revolucionario. Cruza la frontera y llega hasta Nueva York para contactar con el grupo de mexicanos que desde allá decidían la forma más efectiva de participación. Guzmán se reintroduce en México y se afilia a los ejércitos de diversos caudillos donde habría de combatir decididamente en contra del usurpador Victoriano Huerta.

Así, continúa Guzmán indicándonos la realidad de los inicios de la Revolución. Todo el que se acerque a la lectura de esta obra se enterará de la muerte de Madero, de la traición de Huerta y de las acciones de Carranza, quien se perfilaba como uno de los caudillos principales. A lo largo de toda ella Guzmán retrata tan acertadamente a los principales líderes de nuestra Revolución que, con toda veracidad, se puede confirmar que la literatura transita en la vida diaria de manera paralela a las ciencias sociales, cumpliendo su función de agente de cambio, y contribuyendo a formar conciencia entre los lectores que recurren a ella no sólo como factor de distracción, sino como elemento de desarrollo intelectual. Y entre águilas y serpientes Martín Luis logra transmitir su realidad: la realidad de México.

En la capital de la República, Alberto J. Pani y yo actuábamos, **motu proprio**, como avanzada de la Revolución --avanzada sin armas, se entiende, más no sin pluma ni, sobre todo, sin dactilógrafa--. Documento subversivo que caía en nuestras manos era documento destinado a circular profusamente. Hacíamos las copias cuándo en el despacho del ingeniero Calderón, cuándo en nuestras casas, y las distribuíamos por procedimientos de propaganda tan primitivos como audaces. Solíamos ir por la calle y detener de pronto, como frase prentoria, al transeúnte de aspecto propicio: "Tome usted: léalo y páselo a sus amigos". Solíamos también, en las oficinas del Correo y del

Telégrafo, dejar olvidados sobre las mesas los papeles vengadores. Otro tanto hacíamos en los tranvías, en los bancos, en las tiendas grandes. (AS,PP Libro Segundo, I, 215)

Advertimos en estas líneas, a un Martín Luis Guzmán aficionado a la actividad política, participando activamente en la contienda, no con las armas sino con las ideas. Su participación era decidida aun a riesgo de ser pillado y hecho prisionero en su empeño. Y sigue relatando sus andanzas por el territorio norte del país, en un constante cruzar de fronteras, comprometido siempre con la labor que había decidido asumir: escrutador de acciones y hombres de la Revolución; difusor proselitista de la ideología revolucionaria. En este deambular constante van apareciendo las figuras de los caudillos que habrían de ser el centro de sus relatos.

Traspuesto el umbral, Amador había girado sobre su izquierda, escurriéndose por entre una de las hojas y el cuerpo del soldado. Pani lo seguía. Yo era el último. Luego, a los cuatro o cinco pasos, nos encontramos los tres en el rincón opuesto al de la lámpara: era el más obscuro de todos. Pancho Villa estaba allí. (A.S., *Ibidem*, II, 227)

El relato resulta muy sugestivo, después de una peregrinación entre tinieblas aparece Francisco Villa como una revelación prometedora de salvación. Estaba ahí y Guzmán empieza a describirlo: "Villa recostado en un catre y cubierto con una frazada cuyos pliegues le subían hasta la cintura. Para recibimos se había enderezado ligeramente. Uno de los brazos, apoyado por el codo, le servía de puntal entre la cama y el busto. El otro, el derecho, lo tenía extendido hacia los pies: era un brazo larguísimo" (A.S., *Idem*). Es ésta una descripción que recuerda a los patricios romanos; a los nobles de aquella época plétóricos de fuerza, siempre acechantes y evocadores de sus experiencias de guerra.

Su postura, sus gestos, su mirada de ojos constantemente en zozobra denotaban un no sé qué de fiera en cubil; pero de fiera que se defiende, no de fiera que ataca; de fiera que empezase a cobrar confianza sin estar aún muy segura de que otra fiera la acometiese de pronto queriéndola devorar. Tal actitud contrastaba, por lo menos en parte, con la de los otros dos revolucionarios [...], los cuales, al parecer, se encontraban muy tranquilos, cruzada una pierna sobre la otra, el cigarro de hoja en una mano e inclinado el busto hacía adelante con tendencia a poner el codo sobre la rodilla y sobre el puño la barba. (A.S., *Ibidem*, 228)

Telégrafo, dejar olvidados sobre las mesas los papeles vengadores. Otro tanto hacíamos en los tranvías, en los bancos, en las tiendas grandes. (A.S., PP Libro Segundo, I, 215)

Advertimos en estas líneas, a un Martín Luis Guzmán aficionado a la actividad política, participando activamente en la contienda, no con las armas sino con las ideas. Su participación era decidida aun a riesgo de ser pillado y hecho prisionero en su empeño. Y sigue relatando sus andanzas por el territorio norte del país, en un constante cruzar de fronteras, comprometido siempre con la labor que había decidido asumir: escrutador de acciones y hombres de la Revolución; difusor proselitista de la ideología revolucionaria. En este deambular constante van apareciendo las figuras de los caudillos que habrían de ser el centro de sus relatos.

Traspuesto el umbral, Amador había girado sobre su izquierda, escurriéndose por entre una de las hojas y el cuerpo del soldado. Pani lo seguía. Yo era el último. Luego, a los cuatro o cinco pasos, nos encontramos los tres en el rincón opuesto al de la lámpara: era el más oscuro de todos. Pancho Villa estaba allí. (A.S., *Ibidem*, II, 227)

El relato resulta muy sugestivo, después de una peregrinación entre tinieblas aparece Francisco Villa como una revelación prometedora de salvación. Estaba ahí y Guzmán empieza a describirlo: "Villa recostado en un catre y cubierto con una frazada cuyos pliegues le subían hasta la cintura. Para recibirnos se había enderezado ligeramente. Uno de los brazos, apoyado por el codo, le servía de puntal entre la cama y el busto. El otro, el derecho, lo tenía extendido hacia los pies: era un brazo larguísimo" (A.S., *Idem*). Es ésta una descripción que recuerda a los patricios romanos; a los nobles de aquella época plétóricos de fuerza, siempre acechantes y evocadores de sus experiencias de guerra.

Su postura, sus gestos, su mirada de ojos constantemente en zozobra denotaban un no sé qué de fiera en cubil; pero de fiera que se defiende, no de fiera que ataca; de fiera que empezase a cobrar confianza sin estar aún muy segura de que otra fiera la acometiese de pronto queriéndola devorar. Tal actitud contrastaba, por lo menos en parte, con la de los otros dos revolucionarios [...], los cuales, al parecer, se encontraban muy tranquilos, cruzada una pierna sobre la otra, el cigarro de hoja en una mano e inclinado el busto hacia adelante con tendencia a poner el codo sobre la rodilla y sobre el puño la barba. (A.S., *Ibidem*, 228)

A partir de ese momento la figura de Villa habrá de ser una constante en la vida de Guzmán. Los unía en ese primer momento un solo afán: combatir al usurpador. Se hermanaban dos mundos distantes; dos clases sociales antagónicas, dos círculos antes irreconciliables que ahora se entrelazaban por el interés de una lucha común. No oculta Martín Luis el sentimiento de miedo que lo agobió en ese primer encuentro:

Veníamos huyendo de Victoriano Huerta, el traidor, el asesino, e íbamos por la misma dinámica de la vida y por cuanto en ella hay de más generoso, a caer en Pancho Villa, cuya alma, más que de hombre era de jaguar: jaguar en esos momentos domesticado por nuestra obra, o por lo que creíamos ser nuestra obra: jaguar a quien, acariciadores, pasábamos la mano sobre el lomo, temblando de que nos tirara un zarpazo. (A.S., *Ibidem*, 229)

Siguen las andanzas de Guzmán y, cada vez más, su espíritu se inflama con pensamientos revolucionarios. Entre amigos entrañables sus experiencias fortalecen su alma de escritor en la que incuban las palabras creadoras de imágenes literarias, transmisoras de significados pletóricos de creación artística.

La amistad establecida entre Guzmán y Villa fue importante para ambos: Martín Luis encontró en Francisco Villa una fuente de inspiración; Francisco Villa, por su parte, encontró en Martín Luis Guzmán, de seguro, al hombre culto que imprimiera espíritu filosófico a sus acciones revolucionarias. Expresa Guzmán:

MIS PRIMERAS semanas en ciudad Juárez fueron a manera de baño de inmersión en el mundo que rodeaba al general Villa. Aparte el trato con él, conocí entonces al iniciado en toda su intimidad --su hermano Hipólito--; al más joven de los depositarios de su confianza --Carlitos Jáuregui--; al jefe de su estado mayor hasta poco antes --Juan N. Medina--; a su hacendista y agente financiero --Lázaro de la Garza--, y así a otros muchos de sus subordinados y servidores próximos; todos los cuales --cada uno de diverso modo-- fueron acercándome al jefe de la División del Norte y envolviéndome en la atmósfera que la sola presencia de él creaba. (A.S., PP Libro séptimo, I, 317)

Con frecuencia, a lo largo de *El águila y la serpiente*, aparece Francisco Villa, siempre para recibir loas. Las simpatías que Guzmán le profesa se hacen patentes, sin temor a la exageración. Carlitos Jáuregui, por intermediación de Guzmán, relata sus primeras impresiones sobre la personalidad del divisionario del norte. De seguro, al incluir esta narración, Guzmán pretende hacer evidente la inteligencia natural del caudillo, poniendo de manifiesto su personalidad humanitaria, pero sobre todo, mostrando a un Villa capaz de salir de las situaciones más difíciles, y que se adelanta a todas las posibles reacciones de los demás:

Una tarde, al alzar la vista sobre el escritorio y mirar distraído sobre el pasillo, vi a Villa, de pie tras la reja. Había venido tan calladamente, que no sentí sus pasos. Llevaba, como de costumbre, puesto el sombrero y echado sobre los hombros el sarape.

--Buenas tardes, amiguito-- me dijo amable y afectuoso.

Su aspecto no era exactamente igual al que le había conocido las mañanas en que el juez le tomaba declaración o lo llamaba para cualquier diligencia. Me pareció menos lleno de desconfianza, menos reservado, más franco. Lo que sí conservaba idéntico era el toque de ternura que asomaba a sus ojos cuando me veía. Esa mirada, que entonces se grabó en mí de modo inolvidable, la descubrí desde la primera ocasión en que el juez me encomendó asentar en el expediente las declaraciones que Villa iba haciendo. (A.S., *Ibidem*, 318)

Tal vez el propio Jáuregui evocara poéticamente a Villa, pero se advierte la pluma creadora de Guzmán, de un Guzmán entusiasmado por contribuir a que la figura de Francisco Villa no se pierda en la obscuridad y la ignominia del abuso y el asesinato. Y Martín Luis permaneció firme en este afán.

Por lo que respecta a Venustiano Carranza, su figura corrió otra suerte en la obra guzmaniana: al inicio gozó de una profunda admiración que se desvaneció al poco tiempo, hasta convertirse en un desprecio casi irracional. Relata Martín Luis su llegada a Nogales, ocasión en la que se reunió con un grupo de jóvenes revolucionarios para darles la bienvenida tanto al propio Guzmán como a Pani. Aparecen en la lista de aquel momento Isidro Fabela,

Adolfo de la Huerta, Lucio Blanco, Ramón Puente, Salvador Martínez Alomía, Miguel Alessio Robles, Rafael Zubaran, todos ellos muestra viva de la juventud revolucionaria. Fue entonces cuando Guzmán conoció a don Venustiano Carranza, cuyo encuentro provocó gran emoción en el alma del joven escritor:

¡El Primer Jefe! ¡El cuartel general! ¡Qué profunda emoción experimenté al oír por vez primera aquellas palabras, dichas así, cercana y familiarmente! ¡Al evocar hoy esa hora de mi consagración oficial como rebelde, se me agita el alma de igual modo que entonces, mientras caminábamos desde el mugriento hotel Escobosa hasta las oficinas de la Primera Jefatura!

[...] Tras de esperar cosa de media hora en una piececita que hacía las veces de antesala, irrumpimos en el despacho del Primer Jefe. Irrumpimos en forma que no careció de cierta solemnidad. No menos de quince personas nos acompañaban, entre ellas varios de los más altos personajes del movimiento constitucionalista. Rafael Zubaran, ministro de gobernación y amigo personal de Pani, nos presentó. Fabela, buen amigo mío, hizo mi panegérico con esa benévola facundia, tan suya, capaz de encontrar siempre virtudes en los demás y amante de elogiarlas. Carranza nos acogió protectora y patriarcalmente. Se había levantado de su sillón de brazos para salirnos al encuentro, y ahora permanecía en pie, en el centro de la pieza, rodeado por nosotros. No recuerdo las frases que dirigió a Pani, aunque sí estoy seguro de que fueron muy halagüeñas. A mí me retuvo la mano varios segundos, y, mientras tanto, estuvo mirándome, desde la cima de su gran estatura, al sesgo de dos anteojos que mandaban sobre mi rostro, junto con lo tierno de un ver dulzón, de un ver casi bovino, los reflejos de la lámpara eléctrica. (A.S., PP Libro Tercero, I, 231-232)

Pese a la emoción del primer momento, no tardó Guzmán en poner las cosas en su lugar. Pronto se percató de los defectos personales de Carranza. Ya en la primera noche en que fue invitado a compartir la mesa con el jefe del constitucionalismo y su gente, Martín Luis se nota agudo crítico de la personalidad del Varón de Cuatro Ciénegas:

Y noté, en fin, que don Venustiano no perdía un segundo la batuta de la conversación; que hacía a cada paso alusiones históricas --evocadoras en especial de la época de la Reforma--, y que era escuchado por todos con acatamiento profundo, hasta cuando incurría en notorios disparates, como al escapársele aquella noche dos o tres que hubieran hecho sonreír a cualquier estudiante de derecho. (A.S., *Ibidem*, 235)

De seguro, para cualquier joven entusiasmado por la ideología revolucionaria, y culto por añadidura, podría haberse decepcionado, como sucedió a Guzmán, al percatarse que el máximo caudillo no respondía a las expectativas culturales exigidas para un gobernante, sobre todo si se tiene en cuenta la clase social a la que pertenecía Carranza. Además de incultura, Guzmán detectó en el viejo caudillo el mal hábito de pontificar.

Una vez estábamos de sobremesa --como de costumbre, quince o veinte personas--: Carranza, Zubaran, Ángeles, Pesqueira, Fabela, Pani, De la Huerta, Treviño, Espinosa Mireles ... Con eficacia insuperable, Fontes convertía los más desordenados apetitos en meros ejercicios de eutrapelia. Todos nos sentíamos gozosos: aquella mañana la banda militar había recorrido dos veces el pueblo y celebrado al toque de diana dos triunfos de nuestras fuerzas, uno en Chihuahua, otro en Tepic. Con este motivo, Carranza se puso a pontificar, según su hábito, y acabó a las pocas palabras estableciendo como hecho inconcuso la superioridad de los ejércitos improvisados y entusiastas sobre los que se organizan científicamente. Afirmación semejante tenía que sonar a herejía en los oídos de cualquier militar entendido, y así paso entonces. Ángeles dejó que don Venustiano terminara de hablar, y luego, muy dulcemente en la forma, pero vigorosísimo en el razonamiento, esbozó la defensa del arte militar como una disciplina que se aprende y se enseña y que se practica mejor cuando se ha estudiado bien que cuando se ignora. Carranza, empero, que solía mostrarse tan autócrata en la charla como en todo lo demás, interrumpió sin ningún miramiento a su ministro de Guerra y concluyó de plano, sin apelación, como Primer Jefe, con un juicio absoluto: "En la vida, general --dijo--, sobre todo el manejo de los hombres y su gobierno, la buena voluntad es lo único indispensable y útil". (A.S., PP Libro Tercero, II, 238)

Después de estas palabras, relata Guzmán que permanecieron en silencio todos los allí presentes y describe su particular sentimiento de vergüenza por el estado de cobardía que lo invadió. Pero venciendo el dilema, acabó por sublevarse a las palabras de Carranza; entendía la necesidad de defender la Revolución aún en contra del caudillo, pese a la pérdida de imagen que pudiera sufrir el joven Guzmán por su osadía. Así pues rompió el silencio reinante:

--¡Lo que son las cosas!-- dije sin ambages y mirando con fijeza hasta el fondo de los ojos dulzones del Primer Jefe. --Yo pienso exactamente lo contrario que usted. Rechazo íntegramente la teoría que hace de la buena voluntad el sucedáneo de los competentes y los virtuosos. El dicho de que las buenas voluntades enpiedran el infierno me parece sabio, porque la pobre gente de buena voluntad anda aceptando siempre tareas superiores a su actitud, y por allí peca. Creo con pasión, quizá por venir ahora de las

aulas, en la técnica y en los libros y detesto las improvisaciones, salvo cuando son imprescindibles. Estimo, en todo caso, que para México políticamente la técnica es esencial en estos tres puntos fundamentales: en Hacienda, en Educación Pública y en Guerra.

[...] Don Venustiano me sonrió con aire protector, tan protector que al punto comprendí que no me perdonaría nunca mi audacia. (A.S., *Ibidem*, 239)

A partir de ese momento, Martín Luis, en lo más íntimo de su ser colocó a Carranza en el lugar que merecía, según la jerarquía guzmaniana. Con su intervención, el joven revolucionario defendía su ideología y por qué no, la figura paterna: a ese militar de carrera que en el lecho de muerte, pese a haber combatido a los insurrectos, reconoció los valores y la justicia de la Revolución. Por ello, sin duda Guzmán insiste en devaluar la figura de Carranza.

Don Venustiano, que con la mitad de su persona soñaban en parecerse a don Porfirio, soñaba más aún, con la mitad restante, en parecerse a Juárez. De ahí su afición al representar el papel de gran patricio en las ciudades fronterizas, lo cual no pasaba de ser mala copia de lo que al Benemérito le impuso la necesidad, y de ahí también otras imitaciones, éstas menos defendibles, como el restablecimiento de la Ley del 25 de enero, en cuyo nombre se cometían, pese a no ser Carranza propenso a matar, asesinatos incalificables. (A.S., PP Libro Quinto, III, 271-272)

En este punto surge la interrogante ¿por qué Guzmán se mostró tan duro para enjuiciar a Carranza y tan benévolo para tratar a Villa? En realidad, resulta difícil dar contestación a esta pregunta. Tal vez no le perdonaba al Primer Jefe que perteneciendo a la clase alta no contara con una preparación intelectual acorde a su estatus social. Quizá los arranques de intransigencia de Carranza chocaran con los ideales que Martín Luis tenía de los caudillos de la Revolución. Sin duda Guzmán advertía en don Venustiano un desvío del verdadero espíritu revolucionario que pudiera conducir al movimiento a un caudillismo que en nada subsanaría los males que aquejaban a México. Mientras que en Villa encontraba, de seguro, la espontaneidad característica del pueblo mexicano; la fuerza del vencido que lucha por su libertad. Todas estas apreciaciones se traslucen en la siguiente cita.

Largos meses de estancia en Chihuahua se tradujeron para mí en un gradual alejamiento --gradual y voluntario-- de la facción que iba formándose en torno de Carranza y sus incondicionales. La facción opuesta --rebelde dentro de la rebeldía: descontentadiza, libérrima-- representaba un sentido de la Revolución con el cual me sentía yo más espontáneamente en contacto. En este segundo núcleo se agrupaban ya, por mera selección simpática, Maytorena, Cabral, Angeles, Escudero, Díaz Lombardo, Silva, Vasconcelos, Puente, Malváez y todos aquellos que aspiraban en conservar a la Revolución en su carácter democrático e impersonal --anticaudillesco--, para que no viniera a convertirse, a la vuelta de cinco años o diez, en simple instrumento de otra oligarquía, ésta quizás más ignorante e infecunda que la porfirista. [...] la Revolución iba, bajo la jefatura de Carranza, al caudillaje más sin rienda y freno. Y esto me bastaba para buscar la salvación por cualquier otra parte. (AS, SP Libro Primero, I, 333)

Sin embargo ante esta evidencia y su particular simpatía por Francisco Villa, Guzmán no se cegaba, entendía con claridad el dilema que se les presentaba a los revolucionarios: o entregarse al carrancismo, o agregarse a la lucha villista. La primera opción era traicionar a la Revolución, la segunda conflictuarla internamente. Al parecer no había salida, el propio Guzmán entendía que

Villa era inconcebible como bandera de un movimiento purificador o regenerador, aun como fuerza bruta se acumulaban en él tales inconvenientes, que su concurso suponía mayores dificultades y riesgos que el del más inflamable de los explosivos. Mas siendo esto verdad, también lo era que sólo los elementos militares dominados por él quedaban disponibles para venir en auxilio de nuestras ideas.⁴⁷

Ciertamente existía la posibilidad de adherirse a las fuerzas de Obregón, pero éste ya había mostrado su preferencia: --el caudillaje--, circunstancia que lo calificaba ante los ojos de Guzmán. Al parecer no quedaban sino dos alternativas:

[...], o Villa se somete, aun no comprendiéndola bien, a la idea creadora de la Revolución, y entonces él y la verdadera Revolución vencen, o Villa no sigue sino su instinto ciego, y entonces él y la Revolución fracasan. Y en torno de ese dilema iba a girar el torbellino revolucionario llegada la hora del triunfo. (AS, *Ibidem*, 334)

He aquí, tal vez, la razón por la cual Guzmán decide permanecer al lado de Villa, tratando de salvaguardar las pocas esperanzas de llevar a la Revolución por su verdadero sentido de cambio. Se separó de Carranza y de los otros caudillos, al comprender que

postergaban los verdaderos intereses revolucionarios, en tanto consiguieran verse favorecidos personalmente. Martín Luis entiende con toda claridad que a este grupo de traidores a la Revolución pertenecían muchos de los que vinieron de Sonora y defiende con ahínco la figura de Felipe Ángeles, quizá porque en él encuentra a uno de los pocos que se salvaban de tan despiadado juicio.

De Sonora habría de venir la escuela de ganar batallas haciendo a fuerza de oro traidores entre el enemigo, y Ángeles se hubiera dejado desollar antes que ir a supuestas victorias mediante cohechos. [...] Su psicología, en consecuencia, era contraria a la del carrancismo corruptor y a la de aquella parte del sonorismo que entonces hinchaba a don Venustiano en espera del momento oportuno para traicionarlo y darle muerte. Pero ese antagonismo perfecto entre la persona de Ángeles y el grupo carrancista no lo veía Villa, o fingía no verlo. (A.S.SP Libro segundo, III, 359)

No conforme con todo lo expuesto, Guzmán sigue hundiendo su implacable espada en las carnes del carrancismo. La batalla literaria es sin tregua; su furia es despiadada y su afán de mostrar al desnudo las acciones de Carranza lo llevan a no descuidar ni un sólo detalle de la íntima psicología del primer Jefe. Se solaza en mostrar las flaquezas del caudillo.

--Carranza-- dije-- es un ambicioso vulgar, aunque aptísimo para sacar partido de sus marrullerías de viejo politiquero a la mexicana. Es un hombre sin generosidad constructiva ni ideales de ninguna especie. Cerca de él no pueden estar más que los aduladores y serviles, o los que fingen serlo para que Carranza les sirva en sus propósitos personales. Es un corruptor por sistema: alienta las malas pasiones, las mezquindades y aun los latrocinios de cuantos lo rodean; lo cual hace a fin de manejar y dominar mejor a unos y otros. Todos los revolucionarios con personalidad, o los revolucionarios sencillamente puros, que no han querido convertirse en instrumentos dóciles han debido romper con él o resignarse a un papel de sacrificio, humillante o secundario. Y los que no han roto aún, se sostienen ya sobre ascuas y no acierta a qué postura acogerse... (A.S.SP Libro Tercero I, 373-374)

Semejantes críticas las encontramos hechas por varios historiadores, de ahí aquella expresión de "el viejo no roba, pero deja robar", citada en el primer capítulo de este trabajo, con lo cual vuelve a cobrar fuerza nuestra afirmación de que la literatura, pese a lo que de

ficción pueda tener, transmite la realidad. Aún podrían enumerarse algunas otras apreciaciones que sobre Carranza hace Guzmán, pero basten las hasta aquí asentadas para dejar en claro la visión que de don Venustiano llegó a formarse Guzmán. Es pertinente apuntar que pese al viraje deteriorante que sobre Carranza sufrió el ánimo de Guzmán, le seguía reconociendo aún ciertas virtudes, por ejemplo, "la de no matar. Se podía, pues, estar dentro de su puño sin sentirse ahogado o triturado". (A.S., *Ibidem*, IV, 386) Este reconocimiento pareciera rescatar cierto grado de objetividad en las apreciaciones guzmanianas.

Lo innegable es que Martín Luis Guzmán en su obra logra mostrar un retrato literario de la personalidad de Venustiano Carranza, coincidente en lo esencial con el retrato histórico que Enrique Krauze nos presenta por medio de la historia. Se confirma también que la historia cobra esencia literaria, sin perder veracidad, en la obra de Guzmán.

Pero si los defectos en Carranza son muchos, en Villa se truecan en hazañas a lo largo de la obra de Guzmán. Vaya esto sin afán de crítica, ni mucho menos de querer hacer evidente la afirmación de poca objetividad del escritor, simplemente es que salta a la vista una aparente parcialidad, muy frecuente en la condición humana, de la que Martín Luis no podría haber sido la excepción.

Dadas sus razones, Guzmán no dudó en adherirse plenamente a las fuerzas villistas y en muchas ocasiones tuvo que representar al jefe de la División del Norte en diversas comisiones, algunas ante Carranza. Probablemente este hecho haya deteriorado, cada vez más, las relaciones entre el escritor y el estadista. Al menos así queda manifestado por el propio Guzmán:

Próxima la caída de Victoriano Huerta, Villa nos comisionó al Coronel Carlos Domínguez y a mí para que estuviésemos en la ciudad de México durante la entrada de

las tropas constitucionalistas y para que después lo representáramos cerca del Primer Jefe. La ruptura de relaciones entre éste y Villa daba tintes demasiado azarosos a semejante comisión, mas con todo eso, Domínguez y yo lo aceptamos. (A.S.S.P. Libro Primero II, 334)

Es pertinente recordar lo apuntado por Krauze al referir que la ruptura Villa-Carranza eran más problemas de personalidad y pasiones que una separación ideológica. Al no ser reconocido Villa por Carranza de la manera que aquél esperaba, prefiere permanecer separado y autónomo. Esto molesta a Carranza, pero nunca se propone aniquilarlo, el prestigio de Villa se lo impide. La querrela entre Carranza-Guzmán era muy semejante, pero con matices muy diversos, se movía en el campo de lo intelectual. El Primer Jefe del ejército constitucionalista deseaba aniquilarlo, así lo confirma el propio Guzmán cuando relata la confesión que le hiciera Cosío Robelo:

-- ¿Sabe usted por qué me empecé en que estuviera cerca de mí? Pues porque sólo así me evitaría el disgusto de aprehenderlo cumpliendo las órdenes que me dio Carranza en Teoloyucan a la vez que mi nombramiento de inspector. Ahora, por fortuna, la cosa es distinta. Gracias a los esfuerzos de Eduardo Hay, que, según parece, lo estima a usted mucho, el Primer Jefe ha revocado la orden. (A.S., SP Libro Segundo, III, 357)

Pero Guzmán no se quedaba atrás en sus afanes anticarrancistas, al parecer no perdía oportunidad de hacer proselitismo entre los caudillos menores para que se unieran a Villa y fortalecer así las fuerzas en contra de Carranza. Guzmán lo confiesa sin tapujos: "Me interesaba, sobre todo, la lenta evolución que iba empujando a varios jefes de las fuerzas de Sonora y Sinaloa a unirse al núcleo anticarrancista". (A.S. *Idem*) Se declara además lazo de unión entre caudillos y autor intelectual de varias concertaciones:

En ese aspecto las cosas andaban ya tan maduras, que a mí se me había metido entre ceja y ceja que Villa y Lucio Blanco llegaran, aunque sin conocerse, a un acuerdo sentimental. La tendencia de ambos contra el autocratismo de Carranza --manifiesta en Villa; en Blanco todavía tácita, pero resuelta-- los aproximaba ya para la acción que habría de desarrollarse inmediatamente. Mas el solo propósito común por motivos análogos en la superficie, o en el fondo, no me bastaba. Hacia falta, además --tal al

menos me parecía--, el lazo emocional directo, así durara apenas el tiempo preciso para ser útil. (A.S. *Idem*)

Este fragmento lleva a reflexionar sobre si en realidad **El águila y la serpiente**, calificada por algunos como autoexaltación pudiera ser justificada, pues pareciera Guzmán el principal estratega intelectual de la Revolución. El, según se desprende de la cita anterior, pretende colocar las piezas de tal manera que aseguren el triunfo. Se asemeja a un dios olímpico jugando con los pobres mortales a su antojo. Tal vez lo salve de este y otros arranques de soberbia, que aparecen en su obra, un sano afán de defender los principios revolucionarios, sin que priven intereses personales evidentes.

Sin embargo, cualquier suspicacia que pudiera devaluar la imagen de Martín Luis pronto se desvanece y se compensa con el regalo estético que plasma en cada línea surgida de su pluma. Como ejemplo basta leer con detenimiento la manera en que habría de unir a Villa y a Blanco:

Por la puerta de la habitación donde habríamos de ser recibidos, Villa se asomó de pronto a la antesala para preguntar alguna cosa a su secretario (Luis Aguirre Benavides), el cual departía con nosotros a fin de aligerarnos la espera. Empezaba septiembre y se sentía calor. Villa salió en camisa. Tenía puesto el sombrero, cosa frecuente en él cuando estaba en su oficina o en su casa. Mientras hablaba con Aguirre Benavides, su forma robusta, envuelta en caqui, se destacó con fuerza sobre la pintura blanca de la puerta. Le salían por debajo del sombrero, orlándole la frente, unos cuantos rizos medio azafranados que hacían juego con el mechón de su bigote, torpe y sin aliño. Pero al volverse a medias, nada resaltó tanto en toda su figura como el enorme pistolón que le bajaba desde la cadera hasta lo hondo de una funda holgadísima. Brillaban las cachas con el lustre de las cosas muy usadas, no con el resplandor afeminado de lo que sólo es para lucir. La culata le dibujaba en el costado una curva ancha, prolongada, semejante por sus dimensiones a la cola de los cometas fantásticos que suelen verse en los libros infantiles. A un lado y otro le corría por la cintura la fila maciza de los cartuchos, grandes hasta recordar los torpedos o dar la idea de una verdadera columna de fustes de cobre sin capitel, cortados a la mitad por la tira oscura que los sujetaba a la canana. Debajo, las balas de acero, enormes y primorosamente pulidas, devolvían en destellos fríos la luz de las ventanas. Ante tal visión era inevitable que el sentido muscular se pusiera en juego por su cuenta y se entregara a calcular --por sí solo-- la

densidad, la forma, la inercia mortífera de aquellas balas de cutis fino al tacto como una caricia. (A.S., *ibidem*. 358)

Nadie podría negar el enorme valor literario de estas líneas en las que Guzmán insiste en dignificar la figura de Villa; pero de manera especial se deleita en describir en el objeto que en ese momento reconoce como el más indicado para que sirviera de presente de buena voluntad: la pistola. Con cuánta finura literaria hace que el lector siga los detalles que caracterizan el arma de Villa y la definición simbiótica entre ambos.

Queda claro que Villa sin pistola no es el mismo; pero también el arma cobra significación y vida en poder de su dueño. El arte literario de Guzmán nos lleva a escenas y tomas cinematográficas sin necesidad de asistir al cine. Son tan reales las imágenes que logra transmitir las en toda su magnificencia, consiguiendo que el lector se adentre con la hondura indispensable en los objetos y los gestos característicos de los personajes-hombres reales.

Ante la propuesta de Guzmán, Villa accedió a regalar su pistola a Blanco y luego de un silencio reflexivo, el jefe de la División del Norte entregó a Guzmán aquella arma que era una parte viva del caudillo. La entregó con canana y todo. Pero más tardó en entregarla que en sentir la ausencia de un órgano vital. Sin resistir más pidió de inmediato que le dieran otra pistola, Aguirre Benavides, su secretario, se la ofreció y a modo de venganza encubierta, después de cortar cartucho apuntó a la frente de Guzmán, el cual describe aquel momento embarazoso de la siguiente manera:

La boca del cañón estaba a medio metro de mi cara, por sobre la mira veía yo brillar los resplandores felinos del ojo de Villa. Su iris era como de venturina: con infinitos puntos de fuego microscópicos. Las estrias doradas partían de la pupila, se transformaban hacia el borde de lo blanco en finísimas rayas sanguinolentas e iban desapareciendo bajo los párpados. La evocación de la muerte salía más de aquel ojo que del circulito oscuro en que terminaba el cañón, y el uno y el otro no se movían ni un ápice: estaban fijos, eran de una pieza. ¿Apuntaba el cañón para que disparara el ojo? ¿Apuntaba el ojo para que el cañón disparase? Sin apartar de la pistola la vista, me percaté de que Aguirre

Benavides sonreía tranquilo y seguro, de que los militares presentes observaban fríos y curiosos y de que Domínguez, a mi lado, respiraba apenas. (A.S. *Ibidem* 361)

Este no es el único relato de la simbiosis entre Villa y su pistola. He aquí otro en el que se encuentra involucrado a Obregón que, como se ha indicado en el capítulo primero, estuvo a punto de ser fusilado por Villa; sin embargo, a diferencia de lo anotado sobre que lo salvó de semejante apuro el general Serrano, Guzmán ofrece otra versión:

La pistola **chiripera** del general Villa, lista siempre a castigar en todos hasta la sospecha más leve; hasta los fracasos minúsculos, habría perdonado en Robles verdaderas deslealtades. Era una pistola que fácilmente se inclinaba ante él, según brotó a la superficie cuando Álvaro Obregón había estado a punto de ser fusilado por Villa. Obregón salió entonces de los dominios del guerrillero por algo más que el simple accidente de que dos o tres generales villistas se propusieron salvarlo: se salvó porque vino en su auxilio la fuerza moral de Robles, el mérito intacto, el indiscutible ascendiente de formas de nobleza para las cuales se volvía sensible --tácito reconocimiento de las virtudes humanas vistas de hombre a hombre-- la ruda balanza donde Villa pesaba sus responsabilidades. (A.S.SP Libro Quinto, II, p. 441)

Aparecida la persona de Obregón, es pertinente indicar que resalta el hecho de que en **El águila y la serpiente** aparezca vagamente retratado y no es que para entonces no fuera ya una figura importante: había librado batallas que lo colocaban entre las jóvenes promesas del movimiento revolucionario. Será, tal vez, la proximidad de Obregón con Carranza lo que ocasiona que Guzmán lo considere muy poco en sus relatos.

Pese al interés mostrado por Adolfo de la Huerta para que Guzmán se acercara al obregonismo, éste se resistía a ceder ante tal empeño. De la Huerta no perdía oportunidad de ponderar al naciente caudillo. Menos incisivo que Martín Luis se dejaba arrastrar por el influjo de la personalidad de Obregón cuyo golpe maestro había sido "pedir al Primer Jefe que se expidiera un decreto en cuya virtud quedasen inhabilitados para ocupar puestos públicos todos los jefes del movimiento armado, 'porque --decía-- todas las desgracias de México se deben a las desenfrenadas ambiciones de los militares' ". (A.S. PP Tercer Libro, IV, p. 245) Pero Guzmán,

más cauto, aunque reconoce las virtudes del caudillo sonoreense con ironía insuperable, expresa que:

La de Obregón, en efecto, era una actitud extraordinaria: extraordinaria en los días del mensaje a Carranza --poco después de la toma de Cananea--, y más extraordinaria aún cuando De la Huerta ponderaba ante mí lo que en ella había de altruismo patriótico: después de Naco, de Santa Rosa, de Santa María. ¿Quién, carente de malicia política y malicia humana --o sordo a ellas-- no se habrá entusiasmado? Yo me figuraba asistir a un suceso insólito: a la elaboración de un caudillo capaz de negar, desde el origen, los derechos de su caudillaje, que era como ver a un león sacándose los dientes y arrancándose las uñas. (A.S., P.P., *Ibidem*, p. 246)

Martín Luis Guzmán rememora el momento en que Adolfo de la Huerta, insistente en que su amigo se entusiasme ante la figura de Obregón, le hace leer uno de los manifiestos que el general sonoreense había dirigido a los habitantes de su estado. El citado documento: "Empezaba diciendo: 'ha llegado la hora ... Ya se sienten las convulsiones de la patria, que agoniza en las manos del matricida'. Y luego, en tono perfectamente conocido de nuestras proclamas políticas, pintaba con terribles metáforas el crimen de Huerta". (A.S. *Idem*) La lectura de este manifiesto a la vista crítica y al particular entendimiento de Guzmán, lo hizo manifestarse de la siguiente manera.

Mi primera impresión fue que aquel documento no hacía justicia a la capacidad mental del autor, o que si la hacía, la capacidad no resultaba, en punto a ideas políticas y literatura, digna de tomarse en cuenta; pues, aparte la indignación cívica --obvia en cuantos entonces nos alzábamos contra el autor de la muerte de Madero--, y salvo un principio de idea --que la rebelión armada era indispensable para restablecer el estado jurídico-- y un propósito noble --el de no fusilar a los prisioneros--, el tal manifiesto no pasaba de ser una sarta de palabras e imágenes apenas notables por su truculencia ramplona. Se conocía que Obregón había querido hacer, de buenas a primeras, un documento de alcance literario, y que, falto del don o de la experiencia que lo suple, había caído en lo bufo, en lo grotesco y descompasado que mueve a risa. (A.S., *Idem*)

Bien claro empieza a quedar que el lugar que ocupa Obregón en el mundo guzmaniano es muy similar al que ocupa Carranza. Aún antes de conocerlo emprende Guzmán una lucha

incansable, sin tregua, en la que el desprecio y la denigración son las armas principales. No fue suficiente la opinión favorable que sobre el general sonoreense externaban los amigos de Martín Luis, éste permanecía implacable, crítico en extremo a las acciones del caudillo. A diferencia de los casos de Carranza y, sobre todo, de Villa, el primer encuentro con Obregón lo narra Guzmán con una carencia tal de emotividad, con lo cual se puede advertir el estado de ánimo con que Guzmán tratará a Obregón en todos los episodios que a él se refieran:

Por fin, una noche, a la luz del foco de una esquina, conocí a Obregón. Había él llegado esa tarde a Hermosillo para informar al Primer Jefe acerca de las operaciones de Sinaloa. Culiacán acababa de caer en manos del constitucionalismo; las tropas de Iturbe, de Carrasco, de Buelna se escalonaban ya en línea continua hasta Tepic. (A.S. *Ibidem*, 248)

Es evidente, a todas luces que es éste un párrafo frío, callejero y desgano en el cual el autor no imprime su capacidad creativa para conmover al lector ante la presencia de un general que ha obtenido repetidos triunfos en el campo de batalla. Tanto es su afán de deslucir la figura de Obregón que incluye a otros generales, con el propósito indiscutible de que no sea sólo Obregón el que reciba aplausos por las hazañas. Además el encuentro fue casual inesperado, quizá indeseado.

Íbamos por la calle, en grupo ocioso de amigos, De la Huerta, Martínez Alomía, Pani, Zubaran, yo y algunos otros civiles, cuando, de pronto, a corta distancia, vimos a Obregón. Todos apresuramos el paso hacia él, y nos le reunimos, bajo los rayos del alumbrado público, para felicitarlo por su reciente victoria. Volvía vencedor una vez más; radiaba la satisfacción del éxito.

Aquellos de nosotros que ya lo conocían lo abrazaron; los demás, al serle presentados, le estrechábamos la mano con efusión tímida. Y luego, mientras unos le hablaban, los otros --yo por lo menos-- nos pusimos a observarlo con el interés que correspondía a su creciente renombre. De la Huerta le hacía, adrede, preguntas serias de tono superficial, temeroso sin duda de vulnerar el esoterismo de las grandes cuestiones revolucionarias. Pero él contestaba en son de chanza y como si su solo deseo fuese en esos momentos charlar por charlar. (A.S. *Ibidem*, 248-249)

Continúan a éstas otras líneas en las que la capacidad creadora del artista acaba por vencer el simple sentido crítico y el incipiente desprecio que aquel personaje le causara. Así el Obregón real da paso a la realidad en que lo observa Guzmán y ambas realidades se ven transformadas por la creación artística, por la ficción de la palabra. Se conforma así el discurso literario a partir de la ensoñación del artista.

De sus ojos --de reflejos dorados, evocadores del gato-- brotaba una sonrisa continua que le invadía el rostro. Tenía una manera personalísima de mirar al sesgo, como si la mirada riente tendiese a converger, en un punto lateral situado en el plano de la cara, con la sonrisa de las comisuras de la boca. No tenía ningún aspecto militar. El uniforme blanco, con botones de cobre, le resaltaba en el cuerpo como todo lo que está fuera de su sitio. La gorra, también blanca, y de águila bordada en oro sobre tejuelo negro, no le iba bien, ni por la colocación ni por las dimensiones: demasiado pequeña, le bajaba, en plano inclinado, de la coronilla a la frente. Por el aspecto general de su persona, se echaba de ver que afectaba desaliño, y que lo afectaba como si eso fuese parte de sus méritos de campaña. Desde las jornadas de Culiacán había habido tiempo de sobra para que sus asistentes le lustraran los zapatos y las polainas y para que un barbero lo afeitara. Pero no era así: el polvo de sus pies y el polvo de su cara eran los mismos que habían asistido al triunfo culiacanense. (A.S. *Ibidem*, p. 249)

Por fin llega Guzmán a la médula psicológica de la personalidad de Obregón, la toma en su pluma y la desliza, sin piedad, en su obra para que el lector se percate y decida su posición respecto al caudillo:

A mi, desde ese primer momento de nuestro trato, me pareció un hombre que se sentía seguro de su inmenso valer, pero que aparentaba no dar a eso la menor importancia. Y esta simulación dominante, como que normaba cada uno de los episodios de su conducta: Obregón no vivía sobre la tierra de las sinceridades cotidianas, sino sobre un tablado; no era un hombre en funciones, sino un actor. Sus ideas, sus creencias, sus sentimientos, eran como los del mundo del teatro, para brillar frente a un público: carecía de toda raíz personal, de toda realidad interior con atributos propios. Era, en el sentido directo de la palabra, un farsante. (A.S. *Idem*)

De pronto, andando la Revolución, Martín Luis Guzmán se encuentra ante el dilema de adherirse al grupo de Carranza o al de Obregón. En realidad ninguna de estas opciones le

producían placer por razones ya expresadas aquí pero que él se encarga de explicar a riesgo de ser reiterativo.

En Nogales me encontré con que el Primer Jefe [...] había decidido adscribirme a alguna de las dependencias de la Primera Jefatura, [...] y me encontré también con que los **capitanes del ensueño** tenían instrucciones de invitarme, de parte del general Obregón, a que aceptara yo un cargo en el cuartel general del Cuerpo de Ejército del Norte.

La perspectiva de sumarme al séquito del Primer Jefe no me agradaba de ningún modo. Cerca de don Venustiano florecían viciosamente la intriga y la adulación más bajas; privaban los discolos, los chismosos, los serviles y los alcahuetes. [...]

De muy diferente manera me impresionaba el proyecto de irme con el general Obregón. Este, en realidad, no me simpatizaba. En nuestro primer contacto lo había visto demasiado insincero, demasiado farsante. (A.S., *Ibidem*, V pp 312-313)

Pero el dilema que se le presentó a Guzmán fue decidido por el propio Carranza quien ordenó que se trasladara a ciudad Juárez donde recibiría instrucciones de Zubaran. Antes de que se resolviera esto, Guzmán, entre sus reflexiones, no pierde oportunidad de hacer evidente la injusticia de Carranza al no reconocer ampliamente los méritos de Villa, con lo cual ahonda sus diferencias con el Primer Jefe. Al respecto dice:

Si Francisco Villa, por ejemplo, ganaba tres o cuatro batallas seguidas --batallas de trascendencia, batallas de aquellas que ensanchaban en cien leguas, como por arte de magia, el horizonte revolucionario--, Carranza se ponía a contar con los dedos, y en caso de resolverse a premiar con un ascenso aquella serie de hazañas, lo hacía regateando: cuidaba de ascender cinco o seis días antes a cualquiera de los generales suyos --así fuese el de las derrotas--, para roerle a Villa algo por lo menos de su sitio en el escalafón. (A.S. *Ibidem*, p. 313)

En este punto, en que convergen los tres caudillos, Guzmán no pierde la oportunidad de valorarlos, de centrar defectos y cualidades para que el lector haga su juego de preferencias y decida por algunos de ellos. Se manifiesta así la eficacia del discurso literario en el que participan el autor, el mensaje y el lector, cerrándose el círculo de la comunicación.

Y pendiente de no perder la objetividad, Guzmán ofrece al lector las cualidades de Obregón con lo cual guarda el equilibrio entre la realidad y la ficción. Pese a la animadversión, tal vez mutua, entre escritor y caudillo, Guzmán no puede negar la realidad y se decide a poner de manifiesto las cualidades de Obregón:

Con todo, no cerraba yo los ojos en cuanto era en él capacidad y buenas cualidades: a su dinamismo, a su vigor de acción constante e inmediata, a su manera clara, ya que no grande ni heroica, de entender la política y la guerra, y, en fin, a cierta forma limpia y directa de tratar a sus colaboradores inmediatos, a cierta hombría plena para entenderse con sus subordinados sin exigirles genuflexiones ni vilezas. Cerca de Obregón los aduladores se volvían discretos, y las intrigas, de haberlas, se liquidaban pronto, o se perdían en una sola y grande: la que él llevaba cerca del Primer Jefe para asegurar el futuro predominio suyo y de su grupo. De ahí que en su estado mayor y en las demás dependencias oficiales ajenas a su persona, reinara una atmósfera sana, un concierto de voluntades atentas a la obra, no al medro. (AS., *Ibidem* pp. 313-314)

Sin embargo al paso del tiempo habría de convencerse Guzmán que estas apreciaciones dejaron de tener validez, pues entrando a gobernar Obregón y su grupo, se corrompe igual que lo hiciera Carranza y su gente. Tal vez, en el campo de las preferencias el lector pueda coincidir con Guzmán: Villa fue, de entre los tres caudillos, el más congruente con los principios revolucionarios.

NOTAS AL CAPÍTULO SEGUNDO.

1 Reyes, Alfonso. El Deslinde. Prolegómenos a la teoría literaria. México: El Colegio de México, 1944 pp. 24-26.

2 Cfr. por Berger, Morroe. La Novela y las ciencias sociales México: Fondo de Cultura Económica, 1979, Breviarios/280. p. 11

3 Lukács, Georg. "Arte y verdad objetiva", en Problemas del realismo, México: Fondo de Cultura Económica, 1966. pp. 22-23.

4 Aristóteles. El arte poética, México: Espasa-Calpe, Undécima edición, 1992. pp. 25-28.

5 Escarpit, Robert. Sociología de la literatura. Barcelona: Oikos Tau, 1971. pp. 5-7.

6 Cfr. por Márquez Rodríguez, Alexis. Lo barroco y lo real maravilloso en la obra de Alejo Carpentier, México: Siglo Veintiuno, 1982. p. 539.

7 Bense, Max. Estética. Buenos Aires: Nueva Visión, 1954. pp. 21-25.

8 Langer, Susanne, K. Los problemas del arte. Buenos Aires: Ed. Infinito, 1966. pp. 23-34.

9 Escarpit, Robert. Sociología de la literatura, *op. cit.* p. 95.

10 Ibidem. p. 97.

11 Castagnino, Raúl H. El análisis literario. Buenos Aires: Ed. Nova, Undécima edición, 1979, p. 19.

12 Berger, Morroe. La Novela y las ciencias sociales, op. cit. p. 15.

13 Ibidem. p. 18

14 Ibidem. p. 14

15 Freud, Sigmond. Introducción al psicoanálisis, Madrid: Alianza Editorial, 1969, p. 399.

16 Gardner, John. El Arte de escribir novela. México: Publigráficos, 1987, p. 20.

17 Dorra, Raúl. La Literatura puesta en juego. México: UNAM, 1986, p. 130.

18 Ibidem. pp. 152-153.

19 Ibidem. p. 159.

20 Campos, Julieta. Función de la novela. México: Joaquín Mortiz, 1973. p. 31.

21 Lever, Katherine. The novel and the reader, cfr. por Sauvage, Jacques. Introducción al estudio de la novela, Barcelona: Ed. Laia, 1982. p. 11

22 Lawrence, D.H. "Why the novel matters", Cfr. por Sauvage, Jaques. Introducción al estudio de la novela, op. cit. p. 100.

23 Alcina Franch, Juan. "Estudio preliminar" en Novelas ejemplares, México: Ed. Bruguera, 1977, p. 26.

24 Sauvage, Jacques. Introducción al estudio de la novela, op. cit. p. 33

25 Campos, Julieta. Función de la novela, op. cit. pp. 68-69.

26 Aristóteles. El arte poética, op., cit. p. 45

27 Cfr. por Muir, Edwin. La estructura de la novela. México: UAM, 1984. p. 10.

28 Sauvage, Jacques. Introducción al estudio de la novela, op. cit. p.p. 33-34.

29 Ibidem. p. 85.

30 Lukács, Georg. La novela histórica. México: Ediciones Era, tercera edición, 1977. p. 15.

31 Ibidem. p. 31.

32 Ibidem. p. 32.

33 Sauvage, Jacques. Introducción al estudio de la novela. op. cit. pp. 55-65.

34 Cfr. por Lukács, Georg. La novela histórica, op. cit. p. 35.

35 Ibidem. p. 40.

36 Muir, Edwin. La estructura de la novela, op. cit. p. 30.

37 Ibidem. p. 33

38 Ibidem. p. 40.

39 Ibidem. p. 41

40 Idem.

41 Castro Leal, Antonio. La novela de la Revolución Mexicana. op. cit. p. 204.

42 González, Manuel Pedro. Trayectoria de la novela en México. México: Ediciones Botas, 1951. p. 203.

43 Idem.

44 Carballo, Emanuel. Diecinueve protagonistas de la literatura mexicana del siglo XX, op. cit. p. 72.

45 Léase El perfil de la cultura en México, de Samuel Ramos, y El laberinto de la soledad, de Octavio Paz. En ellos se encontrarán datos psicológicos y sociológicos del mexicano.

46 González, Manuel Pedro. Trayectoria de la novela en México, op. cit. p. 204.

47 Ibidem. p. 205

CAPITULO TERCERO.

LA SOMBRA DEL CAUDILLO: UNA VERSION LITERARIA DE LA REALIDAD POLITICA DE MEXICO.

-- El Caudillo es Obregón. (...) **Ignacio Aguirre** (...) es la suma de Adolfo de la Huerta y del general Serrano. (...) **Hilario Jiménez** (...) es Plutarco Elías Calles. El general **Protasio Leyva** (...) es el general Arnulfo Gómez. **Emilio Olivier Fernández** (...) es Jorge Prieto Laurens. **Encarnación Reyes** (...) es el general Guadalupe Sánchez. **Eduardo Correa** (...) es Jorge Correha. **Jacinto López de la Garza** (...) es el general José Villanueva Garza. **Ricalde** (...) es Luis N. Morones. **López Nieto** (...) es Antonio Díaz Soto y Gama.

El cuatro de octubre de 1927 el pueblo de México se despertó con la noticia del fusilamiento del general Francisco R. Serrano y trece personas más, las más cercanas y fieles al reconocido militar. Los principales periódicos del D.F. se limitaron a difundir el boletín de prensa emitido por el Estado Mayor presidencial, que a la letra expresa:

El general Francisco R. Serrano, uno de los autores de la sublevación, fue capturado en el Estado de Morelos con un grupo de acompañantes, por las fuerzas leales que guarnecen aquella entidad y que están a las órdenes del general de brigada Juan Domínguez. Se formó un consejo de guerra sumarísimo y fueron pasados por las armas.

Los cadáveres se encuentran en el Hospital Militar de esta capital y corresponden a las personas siguientes: General de División Francisco R. Serrano, generales Carlos A. Vidal, Miguel A. Peralta y Daniel L. Peralta, señores licenciado Rafael Martínez de Escobar, Alonso Capetillo, Augusto Peña, Antonio Jáuregui, Ernesto Noriega Méndez, Octavio Almada, José Villa Arce, licenciado Otilio González, Ernesto Monteverde, Jr., exgeneral Carlos V. Araiza".²

Con el infausto acontecimiento se escribía una página más de traiciones y miseria política del gobierno mexicano de aquellos días. Tal vez nada hubiera ocurrido si desde el momento en que Serrano, a su regreso de Europa, al visitar a Obregón, éste le hubiera hablado

con franqueza sobre sus deseos de reelegirse. Con su falta de sinceridad, Obregón se manifiesta como un indeciso cruel y caprichoso, ensoberbecido por el poder, el cual ejerce a ultranza, aun en contra de la mano amiga.

3.1. Los hechos en la realidad.

Los acontecimientos se fueron suscitando uno a uno hasta desembocar en el deplorable fusilamiento. La tragedia se fue estructurando paso a paso y los hombres reales desempeñaron su papel histórico conforme al dramatismo de las circunstancias.

Resulta evidente que si Obregón no encontró en Serrano las cualidades necesarias para llegar a ocupar la silla presidencial, fue sin duda porque abrigaba ya deseos de reelegirse, aunque con ello traicionara los principios constitucionales, los cuales fueron echados a un lado por el propio Congreso de la Unión, con desafiante serenidad. La modificación constitucional fue llevada a cabo muy a pesar de Plutarco Elías Calles quien en ese tiempo, finales de 1926, consideraba que el candidato idóneo era Luis N. Morones.

Lo cierto es que, no obstante las reticencias del presidente y su favorito, se modificó la Constitución para permitir reelecciones presidenciales no consecutivas, además se aumentó el período de cuatro a seis años. Era evidente que Obregón seguía ejerciendo una enorme influencia en la política del país. Esta verdad absoluta podría haber bastado para que Serrano desistiera de cualquier deseo de llegar a ocupar la primera magistratura, sin embargo no fue así.

Durante los primeros meses de 1927, hubo considerable oposición de aquellos a quienes disgustaba la idea de una reelección presidencial. En un banquete conmemorativo del décimo aniversario de la Constitución de 1917, el licenciado Calixto Maldonado dijo que los cambios recientes eran ilegales. Los opositores se acercaron a Arnulfo R. Gómez y a Francisco R. Serrano, ambos ya sin el apoyo oficial que esperaban, como posibles candidatos para la peligrosa tarea de oponerse a las ambiciones de Obregón.³

La falta de apoyo por parte de Obregón, y consecuentemente del gobierno, se hizo pública el 22 de marzo de 1927, cuando el exmandatario declaró a los periódicos sobre su entrevista, llevada a cabo en Chapultepec, con el general Arnulfo R. Gómez:

[...] Ayer domingo estuvo a saludarme y platicamos amigablemente sobre diversos tópicos.

¿Qué opinión tiene usted acerca del general Arnulfo R. Gómez?

Que es un soldado de grandes méritos y que el grado que actualmente ostenta lo ha conquistado por riguroso escalafón. Tengo entendido que siempre se ha revelado como buen amigo y ciudadano cumplido.⁴

Del mismo modo que sobre Gómez, el caudillo fue interrogado sobre la candidatura del general Serrano, a lo que contestó que no se creía autorizado para declarar si el señor Francisco R. Serrano, Gobernador del Distrito Federal, figuraría como candidato presidencial.

[...] Dijo textualmente sobre el particular:

Yo sé lo que ustedes saben. Que hay varias agrupaciones que lo postulan como candidato para Jefe del Estado.

Después, a instancias nuestras, el señor general Obregón pronunció algunas frases acerca de la personalidad del actual Gobernador del Distrito Federal. Fueron efusivas y breves. Dijo, entre otras cosas:

Las características del señor general Serrano son su bondad y su inteligencia. Como soldado ha conquistado, también por escalafón riguroso, el más alto grado militar que existe en nuestro ejército.⁵

Puntualizó Obregón, que de no figurar él mismo como candidato no apoyaría a ninguno otro, ni trabajaría en pro de su triunfo. Hechas estas declaraciones, el panorama político se apreciaba adecuado para emprender una contienda electoral enmarcada en un espíritu democrático. Por ello resulta inconcebible que a pocos meses de la entrevista, el propio Obregón decidiera las muertes de Serrano y Gómez. Es cierto que las circunstancias fueron

propiciando la separación de los amigos. Sin duda la soberbia de Obregón y cierta torpeza política de los generales Serrano y Gómez dieron por resultado que los hechos llegaran al extremo del impune asesinato.

El veintinueve de abril de 1927 el Partido Nacional Revolucionario hizo pública la designación de Serrano como candidato a la presidencia de la República. En la convención, que el partido llevó a cabo el día señalado arriba, surgieron los nombres de varios posibles candidatos: Serrano, Gómez, Vasconcelos, entre los principales. La crónica periodística informa que al proponerse el nombre de Obregón, la negativa fue generalizada.

[...] y uno se atreve a proponer como candidato al general Obregón...
¡No!... ¡No!... ¡No!... gritan los delegados.

Erosa pregunta si se toma en consideración la propuesta de la candidatura del general Obregón. Y recibió la negativa como respuesta.⁶

En la asamblea se empieza a perfilar la figura de Serrano como la más apta para asumir la responsabilidad presidencial, todo ello sin denigrar la figura de Obregón. Así se desprende de la intervención del doctor Rubén Ricalde quien expresó:

[...] Se ha dicho que cada pueblo tiene el gobierno que necesita [...] pero yo creo que debió decirse que cada pueblo tiene el gobierno que se merece. [...]

[...] "¿Quién es bastante digno, bastante honrado y está bastante capacitado para salvar los intereses de la nación?" Y no dice a quien se refiere. Descarta al general Obregón, a quien el pueblo, asegura, no quiere ver en la Presidencia nuevamente; quiere conservarlo como un héroe, como un glorioso mutilado de la lucha revolucionaria por la conquista de los ideales. En cambio, agrega, el general Serrano es un viejo revolucionario, un representativo del momento que vivimos. El sabrá respetar todas las libertades. La personalidad del general Serrano ha ido perfilándose día a día y hoy su popularidad es inmensa; será el encauzador de la prosperidad nacional; un gobernante para todos; él sabrá llevar al país hacia la prosperidad [...]"⁷

Durante el mes de mayo numerosas agrupaciones políticas, en diversos puntos de la República, proclamaron a Obregón como su candidato, con ello abonaban el terreno para que el exmandatario hiciera su aparición en el escenario de la contienda política.

[...] el 26 de junio, Obregón hizo lo que se esperaba de él, anunciando su resolución de regresar a las actividades políticas en respuesta a la llamada de la nación. En una proclama muy larga, alabó el trabajo de Calles y calificó a los antirreeleccionistas de conservadores. Observó que como había dos candidatos de la oposición, evidentemente no eran sinceros acerca del principio de la no reelección, porque ninguno de los dos estaba dispuesto a hacer a un lado su ambición personal a favor del principio. Si se hubieran opuesto sinceramente a los cambios constitucionales del 26, dijo, habrían tomado las medidas legales necesarias contra los cambios cuando estaban haciéndose y si sus esfuerzos hubieran sido inútiles podrían haber renunciado a los puestos oficiales que estaban ejerciendo gracias al apoyo de la administración.⁸

En las palabras de Obregón se advierte una justa acusación a Serrano y a Gómez quienes en tanto estuvieron integrados a la administración pública no protestaron por las modificaciones constitucionales, ni les preocupó que con ello se afectaran los principios revolucionarios. Era obvio que cuando el Congreso de la Unión realizó los cambios había un entreguismo total aún de los candidatos opositores y que, dadas las circunstancias, ahora querían salvar el honor.

Gómez arrojó la prudencia al viento. Declaró en Puebla que para Obregón y sus partidarios políticos tenía en mente dos lugares: uno en la colonia penal de las Islas Marias y otro dos metros bajo tierra. Tales castigos, dijo, serían ejemplos apropiados para los que intentaban matar un principio sagrado. Serrano expresó su convicción de que Obregón había perdido su sabiduría política y ya no dedicaba su talento a beneficiar a las clases pobres. Cuando algunos conjeturaban sobre la posibilidad de que Obregón y Calles alternaran en la presidencia por tiempo indefinido, otros pensaban que Obregón intentaba seguir los pasos de Porfirio Díaz. Serrano preguntó a Calles cómo podía permitir una reelección presidencial, y en contestación el presidente le señaló que su predecesor tenía muchos partidarios. Los militares que apoyaban a Serrano se encontraban colocados en posiciones menos importantes.⁹

Para estas fechas la ruptura era total y los ánimos se habían extremado irreparablemente. El primero de julio Arnulfo R. Gómez y Francisco R. Serrano se

Durante el mes de mayo numerosas agrupaciones políticas, en diversos puntos de la República, proclamaron a Obregón como su candidato, con ello abonaban el terreno para que el exmandatario hiciera su aparición en el escenario de la contienda política.

[...] el 26 de junio, Obregón hizo lo que se esperaba de él, anunciando su resolución de regresar a las actividades políticas en respuesta a la llamada de la nación. En una proclama muy larga, alabó el trabajo de Calles y calificó a los antirreeleccionistas de conservadores. Observó que como había dos candidatos de la oposición, evidentemente no eran sinceros acerca del principio de la no reelección, porque ninguno de los dos estaba dispuesto a hacer a un lado su ambición personal a favor del principio. Si se hubieran opuesto sinceramente a los cambios constitucionales del 26, dijo, habrían tomado las medidas legales necesarias contra los cambios cuando estaban haciéndose y si sus esfuerzos hubieran sido inútiles podrían haber renunciado a los puestos oficiales que estaban ejerciendo gracias al apoyo de la administración.⁸

En las palabras de Obregón se advierte una justa acusación a Serrano y a Gómez quienes en tanto estuvieron integrados a la administración pública no protestaron por las modificaciones constitucionales, ni les preocupó que con ello se afectaran los principios revolucionarios. Era obvio que cuando el Congreso de la Unión realizó los cambios había un entreguismo total aún de los candidatos opositores y que, dadas las circunstancias, ahora querían salvar el honor.

Gómez arrojó la prudencia al viento. Declaró en Puebla que para Obregón y sus partidarios políticos tenía en mente dos lugares: uno en la colonia penal de las Islas Marías y otro dos metros bajo tierra. Tales castigos, dijo, serían ejemplos apropiados para los que intentaban matar un principio sagrado. Serrano expresó su convicción de que Obregón había perdido su sabiduría política y ya no dedicaba su talento a beneficiar a las clases pobres. Cuando algunos conjeturaban sobre la posibilidad de que Obregón y Calles alternaran en la presidencia por tiempo indefinido, otros pensaban que Obregón intentaba seguir los pasos de Porfirio Díaz. Serrano preguntó a Calles cómo podía permitir una reelección presidencial, y en contestación el presidente le señaló que su predecesor tenía muchos partidarios. Los militares que apoyaban a Serrano se encontraban colocados en posiciones menos importantes.⁹

Para estas fechas la ruptura era total y los ánimos se habían extremado irreparablemente. El primero de julio Arnulfo R. Gómez y Francisco R. Serrano se

entrevistaron en el restaurante Chapultepec, en una comida que para tal efecto propiciaron sus seguidores. Expresan las crónicas publicadas en periódicos que después de una charla entre los dos candidatos, el general Serrano hizo las siguientes declaraciones:

[...] Un solo objeto ha hecho que nos reunamos. Tanto el general Gómez como yo, perseguimos un solo principio en este hecho político, y ese principio es el antirreeleccionismo. Esta palabra pudiera no agradar; pero creo que ya está incrustada en la conciencia pública.

[...] las noticias son muy favorables y satisfactorias en toda la República. En las oficinas provisionales de la propaganda, y por numerosos conductos, hemos recibido (y hablo en plural, porque tanto el general Gómez como yo perseguimos un mismo fin) numerosas adhesiones y manifestaciones en favor del antirreeleccionismo. Aquí nos hemos reunido para cambiar impresiones. Los informes que tanto él me ha proporcionado sobre esos trabajos de propaganda, como los que yo a mi vez, he puesto en conocimiento, nos han llevado a la certidumbre de una sola cosa: el sentimiento contra la reelección es un hecho en toda la nación. [...].¹⁰

Pese a los buenos deseos de los candidatos opositores, la realidad era muy distinta. Alvaro Obregón y sus seguidores seguían trabajando la idea de la reelección, al grado que en el mes de agosto se comentaba lo siguiente: "Los actos de adhesión a la candidatura del expresidente Obregón se multiplican con éxito, gracias al enorme margen de legitimidad con que cuenta entre la población".¹¹ Tal vez la figura de Obregón, aunada a una buena campaña propagandística, y la poca participación política del pueblo, hacían posible que el obregonismo ganara terreno. No fue suficiente que se unieran gomistas y serranistas para ofrecer un solo frente postulando como único candidato a Francisco R. Serrano. Con todo, aunque la lucha resultaba una quimera política, las acciones eran indispensables, para ejercer la democracia, aunque el juego resultara desigual. Poco antes de la unificación de serranistas y gomistas, los legisladores que habían trabajado las modificaciones de los artículos 82 y 83 constitucionales, se habían manifestado en el siguiente sentido:

[...] Los candidatos Gómez y Serrano se han encargado [...] de comprobar que obedecemos un mandato nacional cuando promovimos las reformas, pues el torrente de calumnias y denuestos que han vertido sobre nosotros como una justa explosión de su

despecho, viene a demostrar que no encontraron eco en la opinión pública las candidaturas de ambos: la del primero por ignorado e ignorante; la del segundo por conocido. Ellos se han encargado de proclamar su insignificancia: el uno ha quedado arraigado en esta capital, bloqueado por el ridículo que le espera por cualquier rumbo que intente iniciar su gira política, el otro, en una gira que más bien parece de circo que de propaganda.¹²

Aunque se quisiera contemplar de otra manera, la realidad histórica se impone y confirma, sin lugar a dudas, lo expresado por los legisladores: Serrano se había limitado a declarar en contra de Obregón, pero no se había movilizado para fortalecer su campaña. Dice Dulles que "Era más enérgico el general Carlos A. Vidal, jefe del comité pro Serrano".¹³ La forma en que los hechos se habían venido desarrollando preocupaba a los antirreeleccionistas. Hacia finales de agosto y principios de septiembre se celebraron varias reuniones para tratar de llegar al acuerdo de quién de los dos candidatos sería el de mayor peso para encabezar y fortalecer la oposición. Después de muchas discusiones llegaron, aparentemente, a una conclusión: "Serrano se atenía más a un golpe militar rápido que a la opinión pública y conjeturaron que si acaso lograba llevarlo a cabo, instalaría a Vidal como presidente provisional hasta que pudiera haber una elección con el propósito de convertir a Serrano en presidente constitucional".¹⁴

El desenlace de los hechos es bien conocido: el perpetrado golpe militar se vio frustrado y lo único que se logró fue irritar los ánimos de Obregón quien acabó ordenando el fusilamiento de Francisco R. Serrano y varios de sus seguidores y, días después, del mismo modo el de Arnulfo R. Gómez.

3.2. El escritor frente a los hechos.

Por aquel tiempo Martín Luis Guzmán radicaba en Madrid, pero permanecía siempre pendiente de los acontecimientos mexicanos. Al enterarse del fusilamiento de Francisco R. Serrano, motivado por la indignación, dejó lo que en ese tiempo escribía y decidió iniciar una

obra que manifestara en toda su realidad y sin tapujos la práctica política que en México ejercía Obregón: él mismo lo refiere al decir:

-Estaba escribiendo la primera parte de una trilogía novelística que pintaba la revolución convertida en régimen de gobierno. La primera parte se encargaría con la etapa de Carranza, la segunda con la de Obregón y la última con la de Calles. Llegaron a Madrid, por esos días, los periódicos mexicanos que relataban la muerte del general Serrano; esos mismos periódicos insertaban las doce o trece esquelas -no recuerdo- de los hombres sacrificados en Huitzilac. De pronto me vino la visión de cómo esos acontecimientos podían constituir el momento culminante de la segunda de las novelas. Abandoné mi trabajo y con verdadera fiebre me puse a escribir **La sombra del Caudillo**.¹⁵

¿Cuál era el propósito de Guzmán al dar inicio a su obra? Indiscutiblemente poner en claro los hechos políticos de México. Si analizamos la forma en que esta obra fue concebida, confirma lo que en el capítulo segundo se apunta sobre el hecho literario: estamos ante la presencia de un escritor, en este caso Martín Luis Guzmán, profundo conocedor de las motivaciones políticas de los caudillos mexicanos, que le permiten urdir con espléndido dramatismo una obra en la que el lector podrá encontrar la realidad política que se cieme sobre un país en el que los gobernantes giran alrededor de la sombra del caudillo, sin permitir que se cumplan los principios constitucionales surgidos de una revolución que había cobrado un alto precio al pueblo mexicano.

Con **La sombra del Caudillo**, Martín Luis Guzmán inaugura en México la novela de ambiente político contemporáneo. Además, introduce la novela posrevolucionaria que tiene por tema la revolución hecha gobierno. Arturo Trejo Villafuerte define a **La sombra del Caudillo** "como novela-reportaje o un reportaje novelado donde los hechos históricos son trasplantados a la ficción; o la ficción se va amoldando a la realidad".¹⁶

Ya se ha hablado en otro momento, dentro de este trabajo, sobre la realidad y la ficción. No es pertinente insistir, por tanto, sobre el particular; sin embargo, para sentar las bases sobre las cuales se puede afirmar que **La sombra del Caudillo** resulta ser una obra de arte se hace indispensable retomar la afirmación hecha por Lukács,¹⁷ pues en esta obra de Guzmán se encuentra una conexión justa y justamente proporcionada entre la vida real y la vida en ella plasmada, a grado tal que a partir de ella se hace comprensible y susceptible de experimentar la realidad histórica.

A diferencia de **El águila y la serpiente**, que en esencia resulta ser una serie de relatos literarios, **La sombra del Caudillo** es una verdadera novela, pero no por ello una es más valiosa que la otra: ambas son verdaderas obras de arte, sólo que organizadas de distinta manera. J. A. Brushwood reconoce que "Las fallas de **La sombra del Caudillo** no le impidieron ser una novela buena; pero carece de los alcances de **El señor presidente**, de Miguel Angel Asturias, novela guatemalteca sobre un tema semejante".¹⁸

Es cierto, Guzmán no es poseedor de un manejo amplio de la fantasía literaria, pero esta carencia es compensada, con creces, por su profundo conocimiento del quehacer político, con lo cual Martín Luis sobrepasa a la generalidad de los escritores latinoamericanos. Sea de la manera que sea, en **La sombra del Caudillo** el autor descubre el velo que cubre el escenario político real en el que discurren los hombres convertidos en personajes y la realidad se confunde con la ficción, sin importar la crudeza de las acciones. Esta obra muestra hombres y personajes tan reales que el lector percibe, sin dificultad, la realidad histórica convertida en discurso literario. Todo esto queda bien resumido en la siguiente cita.

La imaginación creadora de Guzmán es muy limitada, su capacidad para crear caracteres de fantasía es poco menos que nula, pero los excede a todos en aptitud para el retrato de personajes vivos que él ha podido observar en la realidad social o política. Por eso su renuncia a seguir escribiendo novelas de ambiente político representó una

gran quiebra para la novela mexicana, porque nadie allí ha demostrado hasta ahora poseer tan idóneas disposiciones para sobresalir en el género como él.¹⁹

Aunque Martín Luis Guzmán no necesita de defensas, es prudente aclarar que su capacidad creadora no es limitada, si no abunda en caracteres de fantasía como lo hace Miguel Angel Asturias y, sin duda, muchos otros escritores, es porque el estilo guzmaniano es vigoroso y directo, recuérdese que practicó el trabajo periodístico desde su juventud; tal vez sea por ello que su discurso fluye sin alegorías ni fantasías que para el periodismo resultan innecesarias.

3.3. Argumento de la novela.

A lo largo de los seis libros y veintinueve capítulos que constituyen **La sombra del caudillo**, Martín Luis Guzmán logra construir una magnífica analogía de los acontecimientos desatados por Alvaro Obregón en dos momentos de la historia de México, el primero cuando Adolfo de la Huerta es descalificado como candidato a la presidencia de la República en 1923; el segundo la contienda electoral sostenida en 1927, con el general Francisco R. Serrano, compitiendo por la presidencia de la República, y que culminó con el asesinato de éste.

Por una parte, Guzmán conjuga en Ignacio Aguirre características personales tanto de Adolfo de la Huerta, como de Francisco R. Serrano. Por otra, compacta el tiempo histórico para relatar hechos y acontecimientos que se reiteran en dos momentos distintos, en los que prevalece **la sombra del Caudillo**.

Con esta visión, Martín Luis concibe un argumento que se inicia cuando el general Ignacio Aguirre, Ministro de la Guerra, sostiene una plática con su amigo, el diputado Axkaná González. En dicha plática queda claro que Aguirre se rehusa a participar como candidato a la presidencia de la República. Pide a su amigo lo haga saber así a Emilio Olivier Fernández, otro diputado y amigo, quien insiste en postularlo. La negativa se inscribe en el hecho de que el Caudillo inclina sus preferencias hacia el Secretario de Gobernación, general Hilario Jiménez.

Ya para finalizar su plática, Axkaná hace recomendaciones a Aguirre sobre Rosario. Le pide que la respete; que no la vaya a lanzar al lodo. Después de obtener la promesa de que Ignacio no hará nada por conseguir a Rosario, aunque con la salvedad de que si el "asunto" llega solo, será otra cosa, los amigos se despiden.

Aguirre va al encuentro con Rosario. Durante su paseo empieza a llover y Rosario accede a subir al coche del ministro. Ya en el auto se besan, con lo cual se sugiere que la mujer accede a los requerimientos amorosos del general Aguirre.

Al día siguiente, el Ministro de la Guerra sale de su despacho acompañado por Axkaná González. Suben al coche y se alejan de la Secretaría, tomando rumbo por la avenida Madero. El automóvil hace un alto y asciende a él Remigio Tarabana, otro de los amigos predilectos de Ignacio Aguirre. Durante la travesía Tarabana informa que ya está arreglado el negocio de "El Aguila", que es preciso que las órdenes sean amplias y efectivas, pues de no ser así no habría ni agua. Ante la certeza de que aquello se refería a algún negocio turbio, de esos que se pueden arreglar en el ambiente político, Axkaná advierte a Tarabana que podría comprometer a Ignacio.

El coche se detiene en el Restaurante Chapultepec donde se ofrece al secretario de Estado una comida organizada por un grupo de políticos, encabezado por Emilio Olivier. La intención es convencer a Aguirre para que se lance como candidato.

Después del banquete, Axkaná aprovecha la ocasión para cumplir la promesa hecha el día anterior y explica a Olivier, de nueva cuenta, las razones por las cuales su amigo común rechaza la candidatura. Le explica que Aguirre no lo quiere hacer por amistad y lealtad al Caudillo. Olivier, inconforme con las razones argumentadas, pregunta a Axkaná si Ignacio ha

contraído algún compromiso para no lanzarse. Axkaná explica que Aguirre está convencido de que si participa como candidato podría ganar la presidencia, pero está convencido también que su candidatura representaría la ruptura con el Caudillo y eso no lo desea. Pese a lo conversado, Emilio Olivier sigue pensando que, tarde o temprano, Aguirre aceptará la candidatura.

Cuando la mayoría de los comensales, generales y políticos, se han ido, Olivier Fernández invita al grupo más íntimo al prostíbulo de "La Mora". Conocía bien a Ignacio Aguirre y sabía que la efusión de la crápula y los efectos del vino lograrían que confesara su deseo de aceptar la candidatura.

Después de que el desenfreno de la ocasión surtió su efecto, se hicieron evidentes a Axkaná, quien aún conservaba el buen juicio, las debilidades de los políticos que sólo se sentían bien en el placer de lo inmundo.

Meses después, las resistencias de Aguirre aún prevalecían, sin embargo los acontecimientos habían logrado que los Secretarios de Guerra y de Gobernación entraran en una franca competencia ante la opinión pública. Consecuentemente ambos recibían constantes manifestaciones de apoyo, tanto de políticos civiles como de políticos militares, aunque estos últimos lo hacían con mayor reserva.

Aguirre, preocupado por el matiz que tomaban los hechos, decide aclarar su postura con el Caudillo. En la primera oportunidad que tiene de hablar con el mandatario le manifiesta que no le interesa contender en contra de Hilario Jiménez. No obstante la sinceridad de las palabras de Aguirre, el Caudillo se muestra escéptico. Después de la entrevista, Aguirre, confundido, acude a la casa de Rosario, quien para estas fechas era ya su amante. Desde ahí llama a Axkaná, el cual acude de inmediato al llamado del amigo. Aguirre le expone, con todo

detalle, las circunstancias de su entrevista con el Caudillo y le confía su profunda pesadumbre por la incredulidad del mandatario.

Ante el panorama, Axkaná recomienda a su amigo que hable con Hilario Jiménez y le ofrezca su adhesión, para que, a su vez, éste convenza al Caudillo. Aguirre se entrevista con Jiménez y le expresa su firme propósito de no lanzarse a la candidatura. Del mismo modo que el Caudillo, Hilario Jiménez se muestra incrédulo ante la declaración que, de buena voluntad, le hace Aguirre. Para confiar en sus palabras, Jiménez le impone una prueba: pide que retire del mando de las tropas de Puebla a Encarnación Reyes y que ponga en su lugar a quien el propio Jiménez decida. Además, para mayor humillación, le indica que Reyes debe entender que su remoción es por acuerdo de Aguirre. Pide, aún más, ser proclamado candidato por el Partido Radical Progresista. Por último pide libertad absoluta para actuar a su modo con Olivier, con Axkaná y con otros líderes. Lo absurdo de las peticiones provoca que Aguirre monte en cólera y, sin ninguna posibilidad de llegar a un acuerdo, los Secretarios de Estado rompen relaciones en definitiva.

Pese a la radicalización de las posturas, Aguirre continúa renuente a aceptar la candidatura, acción que es interpretada por muchos políticos como una medida inteligente para ganar tiempo. Con su actitud el Secretario de Guerra lo único que propicia es el distanciamiento de algunos de sus seguidores. El propio Olivier decide ofrecer a Jiménez el apoyo de las fuerzas radicales progresistas y de los partidos y clubes afines. Esta oferta no es desinteresada, a cambio el diputado pide los dos tercios del número total de curules en el futuro Congreso Federal; el control de los poderes locales y municipales dondequiera que en esos momentos dominen los radicales progresistas o sus afines; el Ayuntamiento de la ciudad de México; y la mitad de las carteras del futuro gabinete.

Hilario Jiménez acepta de entrada la proposición de Olivier, pero se reserva el derecho de estudiarla a fondo, aunque solicita que de inmediato, como prueba de sinceridad, el Partido Radical Progresista lo proclame su candidato a la presidencia durante la convención que en pocos días habría de celebrar en Toluca.

Olivier acepta y de inmediato establece contacto con Catarino Ibañez, gobernador del Estado de México, y le da instrucciones para que se disponga todo de modo tal que la convención se pronuncie a favor de Hilario Jiménez. Pero, a sólo dos días de que la convención se celebre, Jiménez le comunica a Olivier su rechazo a la propuesta. Le indica que, después de analizar a conciencia cada uno de los puntos, la encuentra inaceptable. En la negativa, Olivier advierte la intervención del Caudillo y decide afrontarla con aparente seguridad y hasta con indiferencia.

Al día siguiente Olivier y Eduardo Correa viajan a Toluca con el propósito de reorientar los ánimos de la convención. De entrada se enfrentan a la oposición del gobernador Ibañez, quien se niega a que sea cancelada la convención y, además, manifiesta sus reservas sobre poderla encauzar a favor de otro candidato. La única solución viable que encuentra es que los oradores aprovechen sus intervenciones para virar los ánimos de los convencionistas, aunque advierte, categórico, que la convención era "hilarista hasta la mera penca".

No obstante las advertencias del gobernador, Olivier Fernández instruye a los líderes de la asamblea para que, en el momento oportuno, se proclame a Aguirre y no a Jiménez como candidato. El intento de cambio produce confusión, en consecuencia, Olivier e Ibañez deciden que para salvar el prestigio político de ambos, se hace necesario posponer la designación del candidato. En tanto, la multitud marcha por las calles, rumbo a las oficinas del Partido Radical Progresista, lanzando vivas a Jiménez y muertas a Aguirre, aunque a veces equivocaban los nombres: lanzaban vivas a Ignacio Jiménez y muertas a Hilario Aguirre.

Tiempo después de los hechos de Toluca, Olivier organiza el "bloque radical de diputados y senadores pro Ignacio Aguirre", con lo que se provoca el desbordamiento de las pasiones en el sector político, a grado tal, que corrieron rumores de que el Caudillo estimaba el acontecimiento como una provocación intolerable.

Las represalias no se dejan esperar: el diputado Axkaná González es secuestrado y trasladado a un paraje en el Desierto de los Leones. Ahí, se le obliga a beber tequila hasta perder la conciencia y es golpeado de manera inclemente. Al día siguiente, el Secretario de Guerra espera a su amigo Axkaná en sus oficinas del ministerio. Remigio Tarabana entra al despacho y entrega a Aguirre un cheque como pago por el terreno y el servicio a la **may-be Petroleum Co.** Aguirre acepta el cheque. Llama al general Olagaray y le ordena elaborar los dictámenes en favor de la citada compañía. Ante las órdenes recibidas, Olagaray argumenta, entre servil e irónico, que los terrenos fueron prometidos por el Presidente de la República a la Cooperativa Militar. Los argumentos son rechazados por el Secretario de Estado y el subalterno acepta las órdenes con falso respeto y, sin más, sale del despacho.

A los pocos minutos se abre la puerta y entra el ayudante de guardia quien entrega a Aguirre una tarjeta, éste no reconoce el nombre de la mujer que desea verlo, hasta que Tarabana lo saca de dudas explicándole que se trata de **la Mora**. Aguirre ordena al guardia que la haga pasar. La Mora se nota agitada y nerviosa. Informa a los amigos allí reunidos sobre el plagio de Axkaná del cual se enteró la noche anterior, estando en la comisaría. De inmediato, Aguirre ordena que lo comuniquen telefónicamente con su amigo. Le contestan que Axkaná no puede recibir la llamada pues se encuentra en estado de coma. Sin perder tiempo, Aguirre y Trabana se trasladan a la casa del diputado. Axkaná se encuentra muy mal.

Entrada la tarde, Aguirre, aún en compañía de Trabana, regresa a su despacho y, vía telefónica, solicita que se presente allí el coronel Zaldivar, quien encabezó la agresión a Axkaná. Al llegar Zaldivar, Ignacio decide trasladarse a la casa de Caluama, uno de sus ayudantes. Instalados en la casa citada, Aguirre le exige a Zaldivar que haga, por escrito, una declaración asentando los pormenores del plagio, así como los nombres de las personas involucradas. Pese a la resistencia del primer momento, Zaldivar acude a redactar la declaración, temeroso de la amenaza de recibir las mismas agresiones de las que fue objeto Axkaná.

Al día siguiente, con la confesión autógrafa del coronel Zaldivar, Ignacio Aguirre se dirige al castillo de Chapultepec para poner en conocimiento del Caudillo el documento, pero éste duda de la autenticidad de los hechos y, de manera irónica, afirma que Hilario Jiménez está por encima de tales pequeñeces. Aguirre aún replica que todo lo relatado en la confesión era la verdad. El Caudillo califica su actitud de apasionada y le recomienda que lleve el caso a los tribunales. La recomendación hecha por el Primer Mandatario irrita al Secretario de Guerra de tal modo, que por primera vez se olvida del respeto que siempre le había merecido el Caudillo y se le encara. Pocas horas después de la entrevista, Ignacio renuncia a su cargo y acepta participar como candidato a la presidencia.

Martín Aispuro, enemigo de Aguirre, es nombrado Ministro de Guerra, y con ello da principio una serie de acusaciones, de malos manejos que tratan de perjudicar a Ignacio. En sus respuestas a la difamación oficial, el ahora candidato del Partido Radical Progresista afirma que todas las acciones de que se le acusa, fueron tomadas por órdenes del Caudillo. Los ánimos se calientan y las posiciones se radicalizan.

La agitación llega hasta la Cámara de Diputados. En una de las intervenciones Olivier Fernández arrasa con todo al poner al desnudo, como nadie antes se había atrevido a hacerlo, la

figura del Caudillo. La sesión de la Cámara finaliza con augurios de tragedia. La violencia se da cita: en los pasillos del recinto legislativo un diputado da muerte a otro; en la calle los choques de las porras dejan heridos y muertos.

Los diputados hilaristas Ricalde y López Nieto informan al general Protasio Leyva, jefe de las operaciones en el Valle y comandante militar de la plaza, que en su mayoría la Cámara de Diputados era aguirrista, con lo cual Protasio Leyva decide eliminar al grupo de diputados más influyente. Para tal efecto, se fragua un plan para eliminar a cada uno de los diputados aguirristas, el primero en la lista sería Emilio Olivier Fernández.

El encargado de llevar a cabo el plan es Manuel Segura, sobrino de Leyva. A fin de cuentas el plan se ve frustrado por la enorme agitación que en la cámara se provoca a causa de la muerte de Carrizo, llevada a cabo por un chofer de Gobernación.

Al día siguiente, por la mañana, el diputado Olivier Fernández se entera de los pormenores del frustrado complot, Adelaido Cruz, encargado de asesinarlo, le hace personalmente la confesión.

Como consecuencia de los acontecimientos de la Cámara de Diputados, se produce un riguroso repliegue de las fuerzas políticas: varios de los partidarios de Aguirre, que hasta ese momento lo habían considerado capaz de mayores violencias, se pasan al bando de Hilario Jiménez. Permanecen fieles al aguirrismo aquellos que pretendían ganar con su propia bandera y se aprestan a combatir y ganar la lucha, para tal efecto, se reúnen para definir un plan de acción.

Ignacio Aguirre opta por no recurrir a las armas si no se tiene una justificación que dé legalidad a semejantes actos. Esta determinación contraviene los planteamientos hechos por

Olivier Fernández y algunos generales y gobernadores. Olivier manifiesta que es necesario recurrir al "madruguete" antes que lo haga el Caudillo.

Aguirre, en su carácter de candidato, preside un acto electoral en la sede del "grupo de diputados pro Ignacio Aguirre". El evento logra reunir a un considerable número de aguirristas, a grado tal que cuando llega el candidato, la multitud no cabe en el edificio. Después de su disertación, Trabana informa a Aguirre que el general Jauregui, jefe del 16o. batallón lo busca con urgencia.

Aguirre se dirige a su propia casa donde lo aguarda Jauregui; éste le revela el complot que se ha fraguado en su contra: le explica que el plan es aprehenderlo y sentenciarlo a muerte, tanto a él como a sus más cercanos seguidores. Le explica también que todas estas acciones las fundamentan sus opositores en falsas denuncias de sedición hechas por algunos jefes del ejército.

Ante la gravedad de los acontecimientos, Aguirre decide ausentarse de la ciudad de México. Después de reflexionar con sus amigos más cercanos el lugar más propicio para resguardarse, el grupo decide que en Toluca se contaría con la protección del general Elizondo. Esa misma noche, el grupo se traslada a la capital del Estado de México. Se hospedan en un hotel. Al poco rato de su llegada se presenta Elizondo, atendiendo a la llamada de Aguirre. Ya en la conversación, Aguirre le pide protección y apoyo. Elizondo acepta las peticiones y ofrece enviar al hotel una escolta militar, para darles garantías y resguardarlos de los peligros que pudiera generar Catarino Ibañez, quien para estas fechas era contrario al aguirrismo.

La escolta militar ofrecida a Aguirre llega al hotel pero en vez de proteger al grupo, lo prende y desarma y Aguirre y sus seguidores son trasladados al cuartel del regimiento. Lo

sorpresivo de aquella acción hizo que Aguirre recordara la idea, tantas veces explicada por Olivier "La política mexicana no conjuga más que un verbo: madrugar".

Aguirre es conducido a una habitación del cuartel. Ahí logra dormir unas horas, pero después despierta y empieza a reflexionar de manera serena y consciente sobre la significación de todo aquello. Entiende, con lógica meridiana, las motivaciones de Elizondo y acaba por musitar "Elizondo será ministro de guerra en el gobierno de Hilario Jiménez".

De pronto en el cuarto en que se encuentra prisionero, se desliza algo por el piso. Le hacen llegar un ejemplar de **El Gran Diario**, en cuyo titular principal se da noticia de que Aguirre y los suyos se han levantado en armas. Además se publican varios boletines, entre los que resalta uno firmado por el Caudillo, en él, el mandatario hace una amplia declaración de las acciones de Aguirre y sus seguidores desde el inicio de la lucha electoral.

Se publica también, en la misma columna, la declaración hecha por Hilario Jiménez, en su carácter de candidato a la Presidencia. La declaración tanto como el boletín están plagados de falsedades y distorsiones que, con toda justicia, provocan en Aguirre una rabia llena de mutismo e inexpresividad. En ese momento rememora el cobarde e inoble asesinato de Pancho Villa.

De pronto, se abre la puerta y el mismo capitán de la madrugada se presenta, acompañado por varios soldados. El capitán le notifica a Aguirre que lo trasladarán a México. Un convoy militar conduce a Aguirre y sus partidarios a la ciudad de México. En la carretera es interceptado por un grupo de militares y agentes, entre los que se encuentran Leyva, Segura y Arenas.

En el momento en que eran entregados los prisioneros a Leyva, aparece un automóvil al cual le obstruyen el paso. Es el coche de Winter, un diplomático norteamericano. Ante la imposibilidad de pasar, el auto del diplomático regresa a Toluca, igual hacen los camiones que de allá habían venido, trayendo a los prisioneros.

La agresión en contra del grupo aguerrista se desata. Cahuama es ultimado por Segura, a causa de que aquél trato de defender a Aguirre. Los prisioneros son conducidos a la orilla de la carretera. Aguirre, después de dirigir unas palabras a los soldados, es asesinado friamente por Manuel Segura. Mientras cae muerto el candidato, los demás presos, atados de manos, huyen y da principio la cacería.

Axkaná permanece inmóvil, junto al cuerpo de Ignacio Aguirre, en esos momentos es herido por Segura; acto seguido, éste se da a la rapiña y extrae del cuerpo de Aguirre veinte mil pesos y se retira del lugar. Axkaná se sobrepone a su herida. Se levanta y logra huir. Después será auxiliado por el diplomático Winter.

Al día siguiente, los diarios de México publican la versión oficial de la captura y muerte de Aguirre y sus seguidores, autores de un levantamiento que logró ser sofocado.

La obra, termina cuando Manuel Segura baja del Cadillac que había pertenecido a Ignacio Aguirre y entra en una joyería para comprar unos aretes de brillantes, los cuales paga con el dinero que había extraído del cuerpo del exsecretario de guerra.

Sobre la base del argumento, se deduce el tema de la novela, el cual plantea “un acto de violación al régimen autoritario impuesto por el Caudillo; una desobediencia y su consecuente castigo”.²⁰ **La Sombra del Caudillo** narra, los hechos y circunstancias que conducen al general Ignacio Aguirre, Secretario de Guerra, a aceptar su participación en la contienda electoral,

compitiendo contra Hilario Jiménez, Secretario de Gobernación, quien era el elegido por el Caudillo para ocupar la primera magistratura del país. Con su desobediencia Aguirre, se enfrenta a la autoridad establecida, representando un gran peligro para el sistema, consecuentemente se hace indispensable un castigo ejemplar: la muerte del transgresor y sus más cercanos seguidores.

3.4 Los Personajes.

Se ha dicho ya en este trabajo que Martín Luis Guzmán, a lo largo de su obra, dibuja con mano maestra los caracteres psicológicos de los caudillos de la Revolución.

En **La querrela de México**, en **A orillas del Hudson** y en **El aguila y la serpiente**, comentadas someramente en el Segundo Capítulo, el autor narra las acciones de los hombres reales sin encubrir nombres y personalidades.

Caso distinto es **La sombra del Caudillo**, única obra de Martín Luis que puede ser llamada novela. En ella deambulan personajes que tejen, en un mundo de ficción, sus propias acciones aunque, en magnífica analogía, evoquen hechos y hombres del mundo real que durante la virtual dictadura de Calles caracterizaron la historia de México. Hechos y hombres reales son reconocidos fácilmente actuando en un “ambiente de rapiña y de intriga, de ambiciones y deslealtades, de francachelas y concupiscencias en el que las pasiones caldeadas hasta el rojo vivo, pierden todo control y prescinden hasta de la ética más elemental”.²¹

Si se pretende realizar un análisis de los personajes de **La sombra del Caudillo**, conviene definir el concepto de personaje; si bien se pueden encontrar muchas definiciones, aquí se recurre a la planteada por Raúl H. Castagnino por considerarla clara y concreta:

En los criterios estructuralistas, el “personaje” es factor funcional, soporte de las “actancias”: consecuentemente, uno de los elementos estructurales de la narratividad (o

narratique). En los criterios retoricistas y en los contenidistas, “personaje” es el ser o ente literario que, como dotado de vida propia se manifiesta por su presencia.²²

Contrario a lo que afirma Anderson Imbert,²³ los personajes de **La sombra del Caudillo** son memorables por mostrar un vívido retrato de hombres reales que, a partir del discurso literario, despiertan mayor interés en el lector del que pudiera despertar el discurso histórico, o sociológico, o cualquiera otro. Así pues, los personajes encarnan en la vida literaria y desarrollan acciones, según sus características, evocando la vida real.

Muchos, son los personajes que aparecen en la novela dignos de mención todos; sin embargo, se consideró suficiente el análisis de tan sólo cuatro: aquellos en quienes recae el peso de las acciones y que, consecuentemente son los más significativos en el marco de la historia narrada.

3.4.1 La Sombra.

En un primer análisis de **La sombra del Caudillo** podría nominarse a Ignacio Aguirre como personaje central. Sin embargo, bien examinada la historia planteada en la obra, se puede mudar de opinión, pues el lugar central está reservado a **La sombra**. Léase con cuidado lo afirmado por J. S. Brushwood:

El valor principal de **La sombra del Caudillo** estriba en las implicaciones de la palabra **sombra**. El poder del caudillo gravita pesadamente sobre todos, aun cuando no se encuentre presente. Es la fuente de la decisión final. Su autoridad existe de modo que trasciende nuestra idea normal de influencia o de la capacidad de persuasión de una persona. Y aunque la novela, evidentemente, constituye un ataque contra el régimen de Calles, resulta mucho más que eso, pues la sombra, más que el hombre, es lo importante. La sombra existe en una suerte de poder sobrenatural, como si estuviese inevitablemente presente. El agente material del poder puede ser atacado y aun sustituido, pero la voluntad de aceptar el dominio de la sombra es constante. La sombra y su aceptación son el obstáculo principal que se levanta en el cambio de la democracia en México y en el resto de América española.²⁴

Bien entendida esta cita, se puede afirmar que, aunque ligada al Caudillo, **La sombra** desempeña un papel de mayor poder al que pudiera ejercer aquél; se substancia y ejerce una acción aplastante para dominar inevitablemente sobre las conciencias de los demás personajes, aún sobre la conciencia del propio Caudillo, convirtiéndose, así, en un personaje sobrenatural que provoca temores y coadyuva a fortalecer actitudes. Tanto es así que **La sombra** puede identificarse como el personaje central, sobre el que giran los demás. El propio título de la obra lo indica.

Desde las primeras líneas de la novela, **La sombra** aparece ejerciendo ya su acción rectora de los destinos de los otros personajes. Aguirre le dice a Axkaná:

- Quedamos entonces en que tú convencerás a Olivier de que no puedo aceptar mi candidatura a la Presidencia de la República...

- Por supuesto.

- Y que él y todos deben sostener a Jiménez, que es el candidato del Caudillo.. (SC.LP.I, pp. 501-502)

Se desprende de la lectura de estas líneas, en las cuales no está presente el Caudillo, que es **la sombra** y no la voluntad expresa de aquél, la que está reprimiendo los íntimos deseos de Aguirre. **La sombra**, aquí, se proyecta, como la voluntad divina contra la cual no pueden hacer nada los hombres, pues enfrentarla representaría ir en contra de lo establecido.

La sombra, pues, es la otredad materializada en el concepto de "voluntad divina". Por tanto **la sombra** - voluntad divina resulta, en la conciencia de los hombres, un binomio indestructible que, como en la realidad mexicana, en la novela se sobrepone a todo y a todos, permeando las conciencias individuales, aún la del propio Caudillo, influyendo en sus acciones, buenas o malas. **La sombra** es la fuerza invisible que determina el comportamiento colectivo. Es la otredad, la dualidad presente tanto en la realidad como en la ficción de la cultura mexicana.

podemos apartarnos de esa realidad constitutiva. Bien lo apunta Octavio Paz cuando afirma: “[...] La dualidad no es algo pegado, postizo o exterior; es nuestra realidad constitutiva: sin otredad no hay unidad [...]”²⁵

Establecida esta realidad, se puede afirmar que ningún hombre puede escapar de la otredad, ya que “[...] La otredad es una proyección de la unidad: la sombra con que peleamos en nuestras pesadillas; y a la inversa, la unidad es un momento en que nos sabemos un cuerpo sin sombra --o una sombra sin cuerpo-- [...]”²⁶

Justamente en lo afirmado por Paz es posible encontrar una interpretación de la importancia que **La sombra** reviste en la novela de Guzmán, a la vez que se puede entender el comportamiento político del mexicano. **La sombra** es la otredad que deambula a lo largo de la historia narrada, desempeñando el papel de interlocutor invisible con el que interiormente dialogan los personajes.

No es otra sino **La sombra** la que está presente en el diálogo establecido entre Tarabana y Axkaná, en el cual aquél justifica a éste la pertinencia de los asuntos turbios en los que interviene el general Ignacio Aguirre:

-- ¿Qué yo comprometo a Ignacio? ¿Qué yo no cuido al de las responsabilidades? No sé de donde sacarán que eres inteligente. Sábetete que a mí, hasta hoy, nunca se me han ido los pies, y sábetete también, haciendo honor a los hechos, que yo no soy quien busca a Ignacio para estos asuntos, sino a la inversa: él quien me busca a mí. ¿lo oyes? El a mí. Ahora que al hacerlo, la razón le sobra: esa es otra cuestión. Muy grande imbécil sería si, despreciando sus oportunidades, se expusiera a quedarse en mitad de la calle el día que haya otra trifulca o que el Caudillo se deshaga de él por angas o por mangas.. [...] (SC. LP, III, p.514)

Es evidente que Tarabana, en sus palabras, hace alusión a **La sombra**, a esa voluntad de poder absoluto conferido temporalmente al Caudillo que, misteriosamente, lo hace dueño absoluto de los destinos de sus subalternos y del pueblo en general. Se refiere a **La sombra** que bulle convertida en fuerza insospechada y que puede orillar al hombre aun a la corrupción.

La historia avanza y **La sombra** persiste, se hace evidente de nueva cuenta en la explicación que Axkaniá, cumpliendo su compromiso con Aguirre, le hace a Olivier Fernández sobre las razones por las cuales el secretario de la Guerra no puede aceptar la candidatura a la presidencia:

-- Yo le aseguro a usted --le decía-- que Aguirre, en este caso por lo menos, es sincero. Se da cuenta de que puede ser candidato; no duda de que, empeñándose, su triunfo estaría seguro, porque él mismo dice que Hilario Jiménez, sin popularidad, no sirve ni para candidato de los impositivistas. Pero sabe también que, de aceptar, irá derecho a la ruptura con el Caudillo, al choque con él, a la guerra abierta con el mismo que hasta aquí ha sido su sostén y su jefe, y eso ya es otra cosa. A su amistad y agradecimiento repugna el mero anuncio de tal perspectiva. Respetemos sus escrúpulos. (S.C. LP, V, p. 520)

La sombra se advierte como poder represor que inhibe los más íntimos deseos de Aguirre, éste se resiste a ofrecer batalla, pese a la seguridad del triunfo, para no desatar la fuerza de la voluntad divina. Con ello, Aguirre se muestra como buen conocedor del sistema en el que se encuentra inmerso, cuyo origen se remonta a la cultura azteca, sistema en el que se asume la historia como un rito. Del mundo azteca el mexicano ha heredado “[...], sin saberlo, el mito que encarna la pirámide y su piedra de sacrificios”²⁷ Desprendida de esta visión, la cúspide de la pirámide es “[...] plataforma-santuario, cuadrada como el mundo, es el teatro de los dioses y su campo de juego. ¿Cuál es el juego de los dioses? Juegan con tiempo y su juego es la creación y la destrucción de los mundos [...]”²⁸

A partir de esta perspectiva, **La sombra** es representante de la divinidad omnipresente y todopoderosa y el Caudillo, heredero de las facultades del **tlatoni**, tiene la función de vigilar que **La sombra** -voluntad divina, prevalezca para salvaguardar el sistema, tanto religioso como político. Así el Caudillo, en tanto resguardador de la voluntad de los dioses, se convierte en un ser invulnerable ante los demás.

En **La sombra del Caudillo**, Martín Luis Guzmán capta todo este universo simbólico en el que se desenvuelve el mexicano y lo trasmite de manera excepcional, casi insuperable. Sobre este punto afirma John S. Brushwood: “[...] En la novela de Guzmán la presencia

limitada del líder no corresponde a la importancia en el libro. Su papel funcional es el ejercicio de la voluntad personalista detrás de la escena.”²⁹ Es así que el Caudillo no necesita aparecer pues está ungido por la voluntad divina. Para mayor refuerzo de lo expresado se puede analizar lo expuesto por Octavio Paz:

La imagen de México como una pirámide es un punto de vista entre otros igualmente posibles: el punto de vista de aquél que está en la plataforma que la corona. Es el punto de vista de los antiguos dioses y de sus servidores, los señores pontífices aztecas. Asimismo es el de sus herederos y sucesores: Virreyes, Altezas Serenísimas y Señores Presidentes. Y hay algo más: es el punto de vista de la inmensa mayoría, las víctimas aplastadas por la pirámide o sacrificadas en su plataforma-santuario. La crítica de México comienza por la crítica de la pirámide.”³⁰

Esta apreciación permite esclarecer el comportamiento del mexicano en dos dimensiones: la de los gobernantes quienes, desde la plataforma de la pirámide, dominan y gobiernan al pueblo y la de éste que, colocado en la cima, acepta, sin posibilidad de defensa, su papel de víctima, expuesto en cualquier momento al sacrificio.

En la novela, tanto como en la realidad, **La sombra** campea sobre los mortales, censurando siempre su comportamiento. Es por ello, sin duda, que no basta, dentro de la trama de la historia narrada en esta obra, que Ignacio Aguirre se presente ante el Caudillo y sinceramente le manifieste que no es su deseo participar en la contienda electoral. (SC. LS, V, pp 526-529). Si el Caudillo creyera en las palabras de su ministro de la guerra peligraría su investidura y se expondría a perder “la sombra-voluntad”. Ritualmente el Caudillo debe cumplir su misión aún en contra de los afectos más cercanos, de otro modo podría perder su poder, y él mismo verse expuesto al sacrificio.

A partir de este momento, **La sombra** recae implacable sobre Ignacio Aguirre y lo induce progresivamente a la angustia, al enfrentamiento, a la ruptura y, por último, al sacrificio irremediable.

3.4.2 Ignacio Aguirre.

Ignacio Aguirre es el protagonista, héroe de la novela. Es el personaje que asume, de conformidad con lo apuntado por el propio Guzmán, las características de Adolfo de la Huerta y de Francisco R. Serrano, hombres reales de la Revolución Mexicana. Asimismo, Aguirre materializa dos momentos diferentes de la posrevolución, similares ambos por una misma reacción del Caudillo: el aniquilamiento.

En tanto héroe protagónico, Aguirre es el hilo conductor de los hechos que se narran en la novela. En él Martín Luis deposita los acontecimientos vividos por las personas reales, con lo cual se satisface la condición aristotélica impuesta a la tragedia, y que marca que personajes y hechos deben ser lo más parecidos a los originales. En cada uno de sus actos, Aguirre, en tanto personaje de ficción, procura respetar las reacciones de los originales. Hasta en aquellos que lo conducen, irremediablemente a su trágico destino.

Examinado bajo los cánones de la teoría de la novela dramática, Ignacio Aguirre resulta ser un personaje dramático impecable: se observa en él una transformación paulatina: paso a paso va cobrando conciencia de que son sus acciones las que lo conducen a las diversas circunstancias que enfrenta: de la falta de malicia original transita a la angustia, a la rebeldía, a la desobediencia, a la ruptura y, por último, comprende y acepta su destino inevitable y se apresta, sin reclamos, al ritual del sacrificio.

En el inicio de la novela, Ignacio Aguirre está convencido sinceramente de no participar en la contienda electoral que se avecina, no obstante su convicción de poder hacer un buen papel como candidato y la seguridad de ganar. A pesar de que un grupo de sus allegados lo alienta a la participación, Aguirre está decidido a mantenerse al margen. Sin embargo los acontecimientos se desatan e intensifican las acciones complicando las relaciones entre los personajes. Todo se desborda a causa del arranque de sinceridad que Aguirre tiene con el Caudillo. A partir de ese momento la tragedia se empieza a advertir, cumpliéndose la teoría aristotélica.³¹ La sinceridad de Ignacio, en tanto comportamiento social, revela una actitud de lealtad con el Caudillo, pero en el campo de lo político produjo un efecto contrario. Eso es lo

que ni Serrano en la realidad, ni Aguirre en la ficción supieron advertir antes de su arranque de sinceridad y cayeron indefectiblemente de la gracia del Caudillo:

[...], la sonrisa del Caudillo, y su gesto, y su ademán fueron tan glaciales que Aguirre respondió como si hablara, no desde donde estaba, sino desde muy lejos, desde el fondo del bosque cuyas frondas hacían agua con el sol, desde el remoto cinturón de los montes azulosos:

--No mi general; no creo engañarme.
y comprendió que su esfuerzo había sido inútil.

Minutos después el auto de Aguirre corría rampa abajo en tránsito de desenfreno, se hundía en la masa de verdura, era, por un momento, submarino del bosque. Y de modo análogo, Aguirre bajaba, atónito todavía por las inesperadas consecuencias de la entrevista, hasta lo más hondo de sus reflexiones. Trataba de explicarse cómo era posible que el Caudillo, su amigo y su jefe por más de diez años, no hubiera querido creer una sola de sus palabras. (SC. L.S, V, p. 529)

Se unen, para tratar de explicar lo planteado por Guznán, las teorías de la tragedia y de la pirámide, la primera de Aristóteles y la segunda de Octavio Paz. Por lo que respecta a la versión aristotélica observamos “[...] la conversión de los sucesos en contrario [...]”³², esta conversión resulta verosímil dentro del sistema político de México, pues como señala Paz “[...] El caudillo es personalista, épico y excepcional; de ahí también que aparezca en los momentos de interrupción del orden [...]”³³ De hecho la aparición del Caudillo responde a la necesidad de salvaguardar su posición pues aunque no se ha interrumpido el orden, los rumores populares así lo avisan, y el Caudillo debe asegurar la continuidad de su poder.

Por lo que respecta a la concepción piramidal, expuesta ya, se observa en Aguirre su caída desde la plataforma-santuario, por ello es que se siente hablando con el Caudillo desde el fondo del bosque; por otra parte el descenso del castillo de Chapultepec, representación genuina de la pirámide, es otro detalle que revela, por boca del narrador el sentimiento de desamparo en que ha quedado Aguirre a causa de su atrevimiento.

Luego, Axkaná se encarga de contribuir a que Aguirre cobre conciencia plena de sus actos. Lo hace cuando su amigo, después de la entrevista con el Caudillo, le expone su

preocupación por no haber sido entendido. Los razonamientos del secretario de la Guerra hacen que Axkaná reflexione de la siguiente manera:

Axkaná escuchaba haciendo un transporte de la elocuencia de Aguirre, éste creía expresar la tragedia de que su jefe lo juzgara falso, pero lo que Axkaná entendía no era eso. Sentía en su amigo la tragedia del político cogido por el ambiente de inmoralidad y mentira que él mismo ha creado; la tragedia del político, sincero una vez, asegurando de buena fe renunciar a las aspiraciones que otros le atribuyen aún no abre los ojos a las circunstancias que han de obligarlo a defender, pronto y a muerte, eso mismo que rechaza. Axkaná, en otros términos, pensaba lo que el Caudillo. Sólo que mientras éste, gran maestro del juego político, y juez de las ambiciones ajenas a la luz de las propias, sospechaba fingimiento en Aguirre, Axkaná sabía que la sinceridad de su amigo era absoluta. Para él todo el equívoco estribaba en la confusión de Aguirre al identificar con sus deseos los misteriosos resortes de la política: en que el ministro de la Guerra, en fuerza de querer oponerse a la magnitud de la ola que venía levantándolo, no fuera capaz de apreciarla. (SC. LS, V, pp. 532-533)

No obstante que Axkana entiende los peligros a que se enfrenta Ignacio, y sin medir las consecuencias, le aconseja que hable con Hilario Jiménez, confiando en que éste convencerá al Caudillo de lo auténtico de la decisión de Aguirre. Así lo hace Ignacio, pero lo único que se logra es imprimir más tensión a los hechos, con lo cual da un paso más en su tarea de héroe dramático. Edwin Muir establece que “[...] Esta tensión existe en los personajes dramáticos; la tensión entre su integridad vista como destino y su progresión vista como desarrollo. En la concepción misma de ellos se presenta el problema del tiempo. [...]”³⁴

Ignacio Aguirre al cobrar conciencia de las circunstancias que lo rodean, y que él mismo ha desatado con sus acciones, se dispone a asumir y afrontar, con toda integridad, su destino. A partir de ahora, Aguirre vive sus actos con una actitud ritual. Cumple el rito de entrevistarse con Jiménez para dar fe de su integridad:

--Vengo-- empezó Aguirre sin preámbulo alguno-- a que aclaremos paradas. Dos compañeros de lucha tienen el deber de entenderse, o, si no, de saber por qué se apartan y se combaten. ¿Estás de acuerdo?.

Aguirre se sentó en el sofá frontero a los balcones, Jiménez, dichas las primeras palabras, fue a echar llave a la puerta de la secretaría particular, luego a la otra, y vino

en seguida a sentarse de perfil contra la luz de la calle, que hacía de la tela de las cortinas un plomo difuso. [...]

Luego que Jiménez vino a sentarse, continuó Aguirre:

--Sé de sobra que contigo se puede hablar claro. Así pues, empiezo por manifiestarte que conozco perfectamente mi situación; me doy cuenta de que tengo muchísimos partidarios y no ignoro que podría lanzarme con ellos a la lucha por la Presidencia de la República. Pero una vez dicho esto, te declaro también que las probabilidades de ser presidente no me seducen; por lo cual, no te sorprendas, me dispongo no a luchar por mi candidatura, como haría cualquiera otro en mi sitio, sino a dejarte dueño del campo y aun a hacer, si de mí depende, que se organicen en tu apoyo los elementos que ahora me postulan. (SC.LS, III, pp. 535-536)

Las exigencias de Jiménez, logran que Aguirre monte en cólera, sin embargo se contiene por algunos instantes confiando en que Jiménez entraría en razón; al no ser así se produce la ruptura, de hecho no le queda otro camino a Ignacio, con lo cual descubrimos otra de las características de la novela dramática: “[...] Todas las salidas quedan bloqueadas y, conforme se desenvuelve la acción, asistimos a la siguiente: no hay escapatoria posible rumbo a otras escenas o si la hay intuimos que sólo se trata de una puerta falsa que trae al protagonista de regreso al centro escénico donde deberá esperar su destino. [...]”³⁵

La tardanza de Aguirre en decidirse a aceptar la candidatura, es una característica más que lo reafirma como personaje dramático pues “[...] La acción será lógica siempre y cuando los personajes tengan dentro de sí algo invariable que determine sus respuestas ante los demás y ante una situación equis. Su progresión será al mismo tiempo espontánea y lógica en relación al cambio de los personajes, y ese cambio creará nuevas posibilidades. [...]”³⁶ Así pues, Aguirre permanece firme en su decisión ya que los acontecimientos no han provocado una necesidad de cambio. Sin embargo en quienes se empieza a observar la necesidad de cambios es en sus seguidores: Olivier establece un acuerdo con Jiménez, pero al ser traicionado por éste retoma su posición aguirrista, con lo cual Ignacio vuelve a entrar en la escena dramática, con mayor fuerza de acción por estos acontecimientos y los que desata la agresión en contra de Axkaná.

Con el plagio y agresión inflingidos a Axkaná, encuentra Guzmán el elemento dramático que provocará en el protagonista de su novela la justificación lógica de su cambio de acción. Con este acontecimiento redondea el autor el desenvolvimiento de Aguirre hacia la

recta final de su destino, puesto que Axkaná es el amigo más cercano y más querido de Ignacio Aguirre. Agredir a Axkaná es tanto como agredir al propio Aguirre.

Como respuesta a la agresión hecha a su amigo, Ignacio Aguirre obtiene la confesión escrita de Záldivar y se la presenta al Caudillo:

El Caudillo tomó los tres pliegos que su ministro le daba, los leyó muy despacio, se los guardó y dijo luego, con el aplomo de sus mejores momentos, un aplomo irónico donde se hacía baluarte las irisaciones de la sonrisa:

--Muy interesante relato, sin duda. Pero niego la autenticidad de los hechos. Hilario, como funcionario y como hombre, está por encima de tales pequeñeces.

--¿ Y si yo le asegurara a usted que es verdad cuanto ahí se describe?

Aguirre quiso en esta forma cerrar de un golpe todas las salidas.

--Pues entonces creería yo --replicó el Presidente-- que la pasión lo ciega a usted, y le recomendaría el camino de los tribunales.

Aguirre, encendido, olvidó sus hábitos de respeto.

-- ¡Pero a eso yo podría responder, mi general, que los tribunales, para un hombre de la posición política de Jiménez, son también pequeñeces!

--No, Aguirre; no contestaría usted así. Porque esas cosas, cuando yo gobierno no se dicen en mi presencia. [...]

Horas después de aquella entrevista. Aguirre dimitió su puesto de secretario de la Guerra, y, pasados cuatro días, el Caudillo, aceptando la renuncia, la contestó en términos cordiales y elogiosos. En su respuesta mencionaba el Presidente los servicios guerreros del joven general, su entereza en las horas de crisis, su laboriosidad administrativa y hasta su fe en la causa del pueblo (SC. LS, VI, pp. 591-592)

Después de su renuncia, Aguirre, libre del sentimiento de lealtad, decide aceptar la candidatura, con lo cual los ánimos políticos de la nación se encienden al rojo vivo y orillan a Ignacio y a sus seguidores a pensar en un complot, con lo que se da mayor intensidad al argumento dramático de la novela.

Descubierto el complot, Aguirre y un pequeño grupo de sus seguidores, los más cercanos, huyen a Toluca, perfilándose ya el desenlace de la obra. En Toluca son traicionados por el general Elizondo. En prisión Aguirre reflexiona sobre los acontecimientos vividos y asume su destino, cumpliendo una vez más con su función dramática:

Y así transcurrieron una, dos, tres horas, tres horas no de incertidumbre, ni de inquietud, sino de serena conciencia de cuanto significaba aquello, porque la traición de Elizondo, absurda al presentarse en el hotel el capitán y la escolta, ahora le parecía a Aguirre, consumada ya, de lógica irreprochable. Apoyarlo a él habría equivalido, para Elizondo, a exponerlo todo; traicionarlo significaba asegurar el triunfo de los otros sin el menor riesgo, triunfo que sería de Elizondo también.

“Elizondo será --musitó Aguirre-- ministro de la guerra en el gobierno de Hilario Jiménez” (SC. LS, VI, p. 633)

Aparecen en estas reflexiones la hazaña y el rito: la hazaña de los contrarios de Aguirre, realizada por mano de Elizondo, y el rito de la preparación al sacrificio, asumido por Ignacio Aguirre. La catástrofe cósmica está por ocurrir: la destrucción productiva. Conceptos presentes en la cultura mexicana según lo manifestado por Octavio Paz.³⁷

Todo se dispone para el fusilamiento de Aguirre y sus seguidores; cumpliendo con la integridad característica de los personajes dramáticos, es aniquilado Aguirre, y aun en ese momento cobró conciencia de todo lo vivido:

(...) Oyendo las órdenes que Segura daba, Aguirre, que ya no podía contenerse, le dijo:

-- Asesinos son Leyva y usted, pero asesinos que no saben ni su oficio.

Aunque corta la frase, la dijo Aguirre con desdén tan profundo, con altivez señorial a tal punto ofensiva y despectiva, que en aquellos momentos, y ante un hombre como el mayor Manuel Segura, cuyo rostro aún sangraba, debía resultar por fuerza la más eficaz de las provocaciones.

El sobrino del general Leyva no despegó los labios. Sacó el revólver con frialdad análoga a la que Aguirre había puesto en las palabras, y sin transparentar emoción alguna, ni detenerse en más preliminares que un gesto a los soldados de enfrente para que se aprestasen, disparó un balazo al pecho de Aguirre.

--¡Asesino también, hombre! --dijo en un tono terriblemente tranquilo y extraño, cual si diera a entender, con la ejecución de aquel acto, que siendo muy difícil el arte de matar, en él se tornaba fácil.

Aguirre no había esbozado el movimiento más leve; había esperado la bala en absoluta quietud. Y tuvo de ello conciencia tan clara, que en aquella fracción de instante se admiró a sí mismo y se sintió -- solo ante el panorama, visto en fugaz pensamiento, de toda su vida revolucionaria y política -- lavado de sus flaquezas. Cayó, porque así lo quiso, con la dignidad con que otros se levantan. (SC. LS; VI, p. 644)

3.4.3 Axkaná González.

Es bien conocido que de entre todos los personajes de *La sombra del Caudillo*, Axkaná González es el único que no corresponde a ningún ser vivo. Se dice que Guzmán "(...) no pudo encontrarlo en el ambiente, que pintó (...) Axkaná González viene a ser, dentro de la tónica de la novela, algo así como la conciencia moral de la Revolución. (...)">³⁸

El propio Martín Luis Guzmán afirma que todos los personajes de su novela "(...) son réplica de personajes reales, menos uno, Axkaná González, que como su nombre lo indica tiene sangre de las dos razas: la indígena y la española. Axkaná representa en la novela la conciencia revolucionaria. Ejerce en ella la función reservada en la tragedia griega al coro: Procura que el mundo ideal cure las heridas del mundo real".³⁹

De las propias palabras de Guzmán se puede deducir que Axkaná representa la continuidad entre el mundo azteca y el mundo hispano. Pero además representa el juicio crítico; la conciencia ética del comportamiento político. Es por estas características, sin duda, que Guzmán lo hace sobrevivir al sacrificio, simbolizando el espíritu esperanzador de que el comportamiento político mexicano puede cambiar.

No obstante la afirmación de Martín Luis de que Axkaná no representa a ningún personaje real, resulta fácil descubrir en él la encarnación de Martín Luis Guzmán. En la mayoría de sus actitudes, en sus acciones y en sus diálogos, Axkaná trasluce su gran conocimiento del sistema político mexicano; su actitud observadora y su acierto crítico le

permiten penetrar hasta en lo más íntimo de las motivaciones y el comportamiento de los líderes. Este conocimiento y esta enorme capacidad para calar hasta lo más profundo de la psicología del político mexicano los poseía Guzmán, tal como ha quedado establecido y comprobado en los capítulos precedentes.

Axkaná comparte con Ignacio Aguirre un papel muy destacado en la novela. Podría decirse que es la alteridad moral del protagonista. La cercanía con Ignacio lo acredita como su propia conciencia, tanto en lo político como en lo sentimental. Ya en las primeras líneas de la obra se advierte esta circunstancia:

En el interior del coche seguían conversando, con la animación característica de los jóvenes políticos de México, el general Ignacio Aguirre, ministro de la Guerra, y su amigo inseparable, insustituible, íntimo: el diputado Axkaná. Aguirre hablaba envolviendo sus frases en el levísimo tono de despego que distingue al punto, en México, a los hombres públicos de significación propia. A ese matiz reducía, cuando no mandaba, su autoridad inconfundible. Axkaná, al revés: dejaba que las palabras fluyeran, y esbozaba teorías, entraba en generalizaciones y todo lo subrayaba con actitudes que a un tiempo lo subordinaban y lo sobreponían a su interlocutor, que le quitaban importancia de protagonista y se la daban de consejero. Aguirre era el político militar; Axkaná, el político civil; uno, quien actuaba en las horas decisivas de las contiendas públicas; otro, quien creía encauzar los sucesos de esas horas o, al menos, explicarlos. (SC. LP. I, p. 501).

También desde el principio Guzmán plasma en Axkaná la síntesis racial, advertida líneas arriba, lo hace al describir el alma del joven diputado:

El alma de Axkaná evocativa, soñadora; por un momento voló también, y su vuelo, a influjo de la perspectiva que lo inspiraba, fue un poco azul y quimérico, un poco triste como la macha gris del Castillo sobre la regia pirámide de verdura. (SC. LP. III, p. 515)

En la descripción del alma de Axkaná están presentes las características del pueblo mexicano: evocativo y soñador, además en lo íntimo guarda el simbolismo de la pirámide; con todo ello Guzmán lo instituye como el prototipo del mexicano. La imagen piramidal del bosque de Chapultepec, en cuya cúspide se encuentra el Castillo, reflejo fiel de la plataforma-santuario, conduce al lector a captar la desesperanza del mexicano, al percibirlo Axkaná como mancha

gris asociada a la tristeza, debido, tal vez, a las circunstancias políticas impuestas por el caudillaje.

Axkaná es el político civil cuyo espíritu crítico lo lleva a ser leal, más no incondicional. Todas sus características intelectuales lo facultan para distinguirse, entre los allegados al general Aguirre como el más acertado de sus asesores. Todas estas virtudes quedan plasmadas en la descripción que sobre él hace el narrador, una noche que se encontraban Aguirre y su grupo de amigos en la casa de **la Mora**

Axkaná seguía en su juicio como en el primer momento, sobrio, templado, fuerte. Ni un instante había dejado de observar, ni se había movido de su sitio, y sólo un sentimiento parecía ir dominándolo: ahora, cuando todo decaía a su alrededor, admiraba más a la Mora. Ella, sentada del otro lado de la mesa, le sonreía desde allá mientras de sus ojos brotaban hilos de simpatía luminosa que venían a perderse, cálidos y acariciadores, en los verdes ojos de él. Entonces entendió Axkaná, mejor que nunca, el alma de sus amigos; comprendió por qué ellos no consideraban completa su vida --siendo ministros o generales o gobernadores, dueños de los destinos políticos de todo un pueblo-- sino con el roce cotidiano del libertinaje más bajo. Vivían o podían vivir, como príncipes; tenían de amantes, o podían tenerlas, a las más hermosas mujeres que el dinero compraba, pero nada de eso les brindaba bastante sabor. Les hacía falta lo otro: la inmersión acre y brusca, en el placer de lo inmundo.

Sin quererlo, Axkaná se entregó gustoso a corresponder la sonrisa de **la Mora**. Ahora salían delos verdes ojos de él los hilos de misteriosa atracción que iban a perder su luz en las negras pupilas de ella. (SC. LP. V. p. 524).

La reflexión no es sencilla de interpretar, en una primera intención se puede decir que la literatura de la Revolución está plagada de pasajes en los que los revolucionarios recalcan siempre en los prostibulos, pero esta respuesta resulta simplista y haría poco honor a la crítica que Guzmán deja traslucir en las reflexiones de Axkaná. Es necesario, pues, hurgar más en lo expresado : cuando Axkaná comprende que sus amigos, políticos destacados, no sentían completa su vida y les era indispensable rozarse con lo más bajo, hace patente la crítica guzmaniana al grupo de los dirigentes, al que califica de inmoral y lo postula como un mal congénito; así pues hermanar la prostitución política con la prostitución carnal resulta muy significativo para interpretar el sentido de la reflexión que nos ocupa.

Por otra parte, si se recurre a lo que apunta Octavio Paz en **El laberinto de la soledad**, puede encontrarse un complemento a esta interpretación. Dice Paz: "(...) La Revolución no ha hecho de nuestro país una comunidad o, siquiera, una esperanza de comunidad: un mundo en el que los hombres se reconozcan en los hombres y en donde el 'principio de autoridad' --esto es: la fuerza, cualquiera que sea su origen y justificación-- ceda el sitio a la responsabilidad responsable. (...)"⁴⁰ Al rozarse con lo inmundo, los políticos purgan las culpas de su incumplimiento a los principios revolucionarios, claro que la purga es inconsciente: al no acceder al estado de libertad consciente, se igualan a las prostitutas y las buscan para reconocer en ellas a sus iguales.

Apunta Axkaná que, en tanto dueños de los destinos políticos de todo un pueblo, podrían tenerlo todo, sin embargo como lo afirma Paz, "La plenitud, la reunión, que es reposo y dicha, concordancia con el mundo, nos espera al final del laberinto de la soledad".⁴¹

Es obvio que Axkaná en la novela, tanto como Guzmán en la vida real, desnudan la verdad del mundo político: la traición que el Caudillo y sus colaboradores más allegados han hecho a la Revolución y a ellos mismos; pues colocados, sin importar los procedimientos, en lugar prominente ni siquiera encuentran su pleno bienestar. Se dedican en buena medida al derroche y al desenfreno, aflorando las pasiones más bajas, en las cuales despilfarran tiempo y dinero que no les pertenece.

En tanto confidente y asesor político de Aguirre, Axkaná cumple fielmente su encomienda de poner las cosas en su lugar ante los ojos de Ignacio Aguirre, quien se queja de la incomprensión del Caudillo, después de que aquél sostuvo su primera entrevista con éste, en la cual Aguirre, pecando de ingenuidad, esperaba comprensión amistosa. Axkaná, con pleno conocimiento y justo juicio, le dice a su amigo:

--Políticamente el Caudillo tiene razón. Juzga tu caso refiriéndolo a uno cualquiera de sus generales, como si se tratara de él mismo. ¿En las actuales condiciones tuyas no andaría él bregando ya por llegar a presidente? Pues por eso, ni más ni menos, supone que eso es lo que tú haces o harás.

--¡Políticamente! No es punto político entre él y yo; es punto, de compañerismo.

Axkaná replicó:

--Eso es un error también. En el campo de las relaciones políticas la amistad no figura, no subsiste. Puede haber de abajo arriba, conveniencia, adhesión, fidelidad; y de arriba abajo, protección afectuosa o estimación utilitaria. Pero amistad simple, sentimiento afectivo que una de igual a igual, imposible. Esto sólo entre los humildes, entre la tropa política sin nombre. Jefes y guiadores, si ningún interés común los acerca, son siempre émulos envidiosos, rivales, enemigos en potencia o en acto. Por eso ocurre que al otro día de abrazarse y acariciarse, los políticos más cercanos se destrozan y se matan. De los amigos más íntimos nace a menudo, en política, los enemigos acerrimos, los más crueles (SC. LS. II. p. 533)

En estas palabras, tan vigentes en la actualidad que vive México, confirman una vez más la proyección que Guzmán hizo de sí mismo en su personaje, pues en ambos se advierte esa honda finura para penetrar y calar en lo más recóndito de la psicología de los políticos mexicanos. Desnudan, inclementes, con despiadada precisión, el mundo oculto de los líderes que, irremediabilmente, soporta el pueblo sumido en su ritual vivencia de víctima.

En cuanto su desempeño como conciencia moral, Axkaná representa también a ese grupo intelectual de México que pese a tener conciencia de lo que políticamente acontece a su alrededor, está imposibilitado para propiciar cambios que marquen otros derroteros, esto se deja sentir en el siguiente pasaje:

(...) actor y espectador, trataba de penetrar la esencia de aquellas emociones, que también a él lo alcanzaban. Viendo el ardimiento de los otros, que era el suyo, hubiese querido poder coordinar las expresiones apasionadas de cuanto le rodeaban, para leer en ellas, como en las letras de un lenguaje escrito, la verdad nacional que pudiera esconderse debajo de todo aquello. (SC. LP. IV. p. 520).

Axkaná no sólo establece comunicación con el grupo de los de arriba, sino también con los de abajo. Su presencia y oratoria cautivaba a la masa:

(...) Axkaná empezó a perorar desde un balcón. Como éste no alzaba del suelo arriba de medio metro, el orador hablaba subido a una silla, para que todos pudieran verlo y oírlo. Su voz, clara y armoniosa, hizo que las olas de sombreros se fijaran de pronto. Entre la superficie hecha de alas y copas de petate los discos de los rostros dibujaron surcos

como de bronce: se inclinaban levemente hacia atrás, se orientaban, como a polo común, hacia el punto de donde la voz partía.

Axkaná no mencionaba en su discurso al general Jiménez ni al general Aguirre: hablaba de otras cosas. Pero éstas, al parecer --aunque sin relación aparente con los discursos de los oradores de la mañana--, eran muy interesantes, pues lograron en el acto una atención profunda y merecieron de allí a poco ovaciones clamorosas. El auditorio se empinaba sobre la punta de los pies-- pies descalzos en su mayoría -- para oír mejor. Era evidente, sin embargo, que las palabras de Axkaná, con ser sencillas, no llegaban hasta la inteligencia de la miserable muchedumbre que lo escuchaba. Entre la ideación de sus oyentes y la de él había abismos: abismos de tiempo, de clase, de cultura. (...) (SC. LT. II. p. 555)

Tan grande afecto unía a Ignacio Aguirre con Axkaná y era tan conocida la estrecha amistad que llevaban, que Hilario Jiménez encuentra en Axkaná el blanco seguro para herir a Aguirre y provocar en éste la reacción buscada. Así, una noche, Axkaná fue plagiado, golpeado brutalmente y obligado a beber tequila hasta perder el sentido; la agresión fue tan inelemente que puso en peligro la vida del joven diputado. (SC. LS I y II. pp. 565-575).

Los actos de impunidad inflingidos a Axkaná, por órdenes de Jiménez, eran una provocación más para medir fuerzas entre los dos ministros. Agredir a Axkaná resultaba lo mismo que agredir una parte substancial del propio Aguirre: su conciencia ética. Es por todo ello que Aguirre, por primera vez y de manera frontal, se rebela contra el sistema del cual forma parte todavía. Después de estos acontecimientos sobreviene la ruptura.

Tan profunda es la significación que Guzmán deposita en el personaje de Axkaná González que lo hace contemplar el aniquilamiento de Aguirre y sus amigos y lo hace sobrevivir para que dé testimonio fehaciente de las injusticias del sistema político. Además, con Axkaná vivo permanece la esperanza de un nuevo orden:

Aguirre, al caer, había inclinado la cabeza de modo que el sombrero se desprendió y rodó hasta sus pies. Axkaná, con la cabeza sobre una mata, conservó el sombrero puesto. El ansia de morir chocó un instante, en su espíritu, con aquella diversidad inmediata; él había creído que su muerte repetiría, detalle a detalle, gesto a gesto, la de su amigo.

Tenía los ojos abiertos e inmóviles; pero sentía --sentía sin pensarlo-- que hubiera podido moverlos a voluntad. Frente a ellos estaban, limitada arriba la imagen por el ala

del sombrero, las piernas de Segura, que se había cercado al cadáver de Aguirre. Por entre las piernas vio Axkaná un brazo que bajaba, y una mano que palpaba en busca de la herida del pecho del muerto, y brazo y mano volvían a subir. Entonces se veía bajar el otro brazo, éste armado de la pistola; el cañón se detenía abajo de la oreja -Axkaná cerró los ojos-; se escuchaba la detonación.

Cuando Axkaná volvió a levantar los párpados, las piernas de Segura habían desaparecido. Del otro lado del cadáver de Aguirre, a gran distancia, se veían soldados que corrían, que disparaban. Axkaná ya no sólo veía: oía -- oía lejanos gritos, detonaciones--. Sentía ahora también la humedad tibia de la sangre, que le empapaba el pecho. Paseó la mirada por toda la montaña frontera. Distinguió sin esfuerzo, pese a la luz crepuscular, ya casi parada, las escenas en que sus compañeros de vida política estaban pereciendo cuatrocientos metros más allá . Creyó ver al periodista rodando desde lo alto de una roca, a Olivier, que trepaba con increíble esfuerzo y caían también.

Un horror inmenso y, acaso, algo de terror, de pavor, de miedo incoercible, ahogaron su disposición a la muerte. probó entonces a mover brazos y piernas. Vio que podía hacerlo.

Se incorporó.

Se puso en pie.

Corrió. (SC. LS. VI. p. 645)

Reaparece en esta narración la pervivencia del mundo azteca: la montaña, testimonio fiel de la pirámide; el sol que agoniza; el ritual de la guerra que termina con el sacrificio de los prisioneros ” (...) destrucción creadora y política de dominación de los otros (...)”⁴² Al salvar de la muerte a Axkaná, Martín Luis Guzmán simboliza que la conciencia no debe morir: es necesario que prevalezca para provocar cambios llegado el momento propicio, y de seguro llegará, pues como lo afirma Paz: “(...) La crítica es el aprendizaje de la imaginación en su segunda vuelta, la imaginación curada de fantasía y dedicada a afrontar la realidad del mundo. La crítica nos dice que debemos aprender a disolver los ídolos: aprender a disolverlos en nosotros mismos. Tenemos que aprender a ser aire, sueño en libertad.”⁴³ En pocas palabras, la herencia que Guzmán deja, a partir de la presencia de Axkaná, coincide íntimamente con lo manifestado por Octavio Paz.

3.4.4 El Caudillo.

“-- El Caudillo es Obregón, está descrito físicamente (...)”⁴⁴ Guzmán lo caracteriza de mano maestra, pues conoció de cerca al original. Compárese la siguiente descripción del Caudillo con la que en otro momento ofreció de Obregón:

“-- El Caudillo tenía unos soberbios ojos de tigre, ojos cuyos reflejos dorados hacían juego con el desorden, algo tempestuoso, de su bigote gris. (SC. LS. I. p. 527)

El caudillo, como buen mandatario mexicano, es la encarnación viva del **tlatoani** azteca. Es el encargado de salvaguardar la legalidad, por lo mismo todos sus actos se respaldan, aunque no sea cierto, en el nombre de la legalidad. Pero en realidad dispone todo según su conveniencia, aun por encima de los intereses de grupo. Dice Octavio Paz que en los gobernantes mexicanos” (..) Hay una nostalgia (...) por la legalidad que no experimentan los otros caudillos hispanoamericanos; todos ellos --trátese de Bolívar y de Fidel Castro o de Rosas y de Perón -- han creído y creen en el acto como hazaña en tanto que los mexicanos afirman el mismo acto como rito. En un caso la violencia es transgresión; en el otro, expiación. (...)”⁴⁵

Otra de las características de los caudillos mexicanos es que, en virtud de ser los herederos directos del poder ejercido por el **tlatoani** azteca ajercen su función de manera “(...) impersonal, sacerdotal e institucional. Sus actos son parte de un rito de regeneración que le han impuesto los dioses. Su misión es preservar la continuidad revolucionaria, en otro tiempo representada por el mantenimiento del quinto sol”.⁴⁶

Muy representativa, de lo que se ha dicho en el párrafo anterior, resulta la descripción del Caudillo en su primera aparición en la novela:

Muy por debajo de sus pies, a manera de mar visto desde un promontorio, se movían en enormes olas verdes las frondas del bosque. Contempladas así, por arriba, las copas de los árboles gigantescos cobraban realidad nueva e importante. Más abajo y más lejos se extendía el panorama del campo, de las calles, de las casas; se lanzaba hacia la ciudad coronada de torres y de cúpulas el trazo, a un tiempo empequeñecido y magnífico, del paseo. La luz de la mañana elevaba, suspendía; hacía más profundo y más ancho el ámbito espacioso dominado desde la altura. (SC. LS. I. p. 527).

Desde las alturas del Castillo de Chapultepec, desde aquella plataforma-santuario, el caudillo, como los antiguos sacerdotes dominaba al pueblo.

En esa misma oportunidad se da la ruptura entre el Caudillo y Aguirre, pues aquél siente peligrar el resguardo de la continuidad revolucionaria conferido a su investidura; aunque pudiera sospechar la sinceridad en las palabras de su subalterno, su posición no le permite confiar en nadie. Tal vez lo más grave a los ojos del Caudillo fue que su ministro de la Guerra hiciera evidente, sin asomo de discreción, que era Jiménez el favorito. En un sistema político como el mexicano, esa facultad, conferida misteriosamente al **tlatoani**, se debe callar por sabida; se debe ocultar para no restar legitimidad al proceso. Apréciense el contexto de los siguiente párrafos y habrá de caerse en la cuenta de lo dicho:

--Lo de su falta de merecimientos lo entendería yo mejor si en esto no interviniera para nada el general Jiménez. Porque yo bien sé que usted, acaso con motivos muy dignos de pesarse, cree superar en muchos conceptos a su contrincante. ¿Cómo explicarme entonces que la candidatura del otro le parezca a usted más aceptable que la suya propia?

--Primero, mi general, porque es público y notorio que él sí aspira a ser presidente..

-- ¿Y segundo?

-- Segundo, porque... porque es posible y aun probable que la benevolencia de usted lo ayude en sus deseos.

El Caudillo replicó pronto:

-- No sería yo, sino el pueblo... (SC. LS., I., p. 529)

Continúa el narrador describiendo la sensación que la plática producía en Aguirre, la frialdad de gestos y ademanes del Caudillo.

La segunda aparición del Caudillo es cuando Aguirre le lleva la confesión de Zaldívar en la que se compromete la integridad de Jiménez. Esta segunda intervención del Caudillo es para

dar por terminada su relación con Aguirre, para éste fue sorpresiva la reacción del Caudillo, pues llevándole pruebas contundentes de la agresión impuesta a Axkaná por Jiménez, el Caudillo niega la autenticidad de los acontecimientos. No podría haber sido de otra manera pues de serlo él mismo estaría en contra de su voluntad-sombra-poder, y un caudillo mexicano nunca haría eso, por principio de autoridad:

El Caudillo tomó los tres pliegos que su ministro le daba, los leyó muy despacio, se los guardó y dijo luego, con el aplomo de sus mejores momentos, un aplomo irónico donde se hacían baluarte las irisaciones de la sonrisa:

-- Muy interesante relato, sin duda. Pero niego la autenticidad de los hechos. Hilario, como funcionario y como hombre, está por encima de tales pequeñeces.

--¿Y si yo le asegurara a usted que es verdad cuanto allí se describe?

Aguirre quiso en esta forma cerrar de un golpe todas las salidas.

--Pues entonces creería yo --replicó el Presidente-- que la pasión lo ciega a usted, y le recomendaría el camino de los tribunales.

Aguirre, encendido, olvidó sus hábitos de respeto.

--¡Pero a eso yo podría responder, mi general, que los tribunales, para un hombre de la posición política de Jiménez, son también pequeñeces!

--No Aguirre; no contestaría usted así. Por que esas cosas cuando yo gobierno, no se dicen en mi presencia (SC. LT., VI, pp. 591-592)

Reaparece el acto inconcebible para un caudillo: la insubordinación, más grave, en este caso, por tratarse de un miembro de la casta elegida; de un político que conocía los secretos del sistema y que, precisamente por ello, debía callarlo. El juego de los dioses sólo está reservado para los elegidos. Aquel que pierde en el juego está destinado a morir.

NOTAS AL CAPITULO TERCERO.

- 1 Carballo, Emmanuel. Diecinueve protagonistas de la... op. cit. p. 74
- 2 Sucesiones, destapes y elecciones presidenciales. México: El Universal, Compañía Periodística Nacional, S.A. de C.V. 1993, p. 121
- 3 Dulles, John W.F. Ayer en México, op. cit. p. 304.
- 4 Sucesiones, destapes y... op. cit., p. 112.
- 5 Ibidem. p. 113
- 6 Ibidem. p. 114
- 7 Idem.
- 8 Dulles, John W.F. Ayer en México, op. cit. p. 305
- 9 Ibidem, p. 307
- 10 Sucesiones, destapes y... op. cit. pp. 118-119
- 11 Ibidem, p. 311
- 12 Idem.
- 13 Dulles, John W.F. Ayer en México, op. cit. p. 308
- 14 Ibidem, p. 311
- 15 Carballo, Emmanuel. Diecinueve protagonistas de la... op. cit. p. 73
- 16 Trejo Villafuerte, Arturo. "Realidad y ficción en dos novelas: La sombra del caudillo y los relámpagos de agosto" en Revista A. México: UAM Azcapotzalco. Vol. VII, No. 18, 1986. p. 67
- 17 Ved supra, p. 61
- 18 Brushwood, J.S. México en su... op. cit. p. 349
- 19 González, Manuel Pedro. Trayectoria de la... op. cit. pp. 209-210
- 20 González de la Mora, Carlos Javier. Estructura, mito y política en la sombra del Caudillo. México: UNAM, tesis profesional. 1992 p. 36
- 21 González, Manuel Pedro. Trayectoria de la... op. cit. p. 210
- 22 Catagnino Raúl H. El análisis literario. op. cit. p. 137
- 23 Anderson Imbert, E. Historia de la... op. cit. p. 76
- 24 Brushwood, J.S. México en su... op. cit. p. 314

- 25 Paz, Octavio. El laberinto de la soledad, Posdata, Vuelta a el laberinto de la soledad. México: Fondo de Cultura Económica, 1994 p. 289
- 26 Idem.
- 27 Ibidem. pp 298-299
- 28 Ibidem. p. 294
- 29 Brushwood, John S. La novela hispanoamericana del siglo XX. México: Fondo de Cultura Económica, p. 80.
- 30 Paz, Octavio. El laberinto de la soledad, Posdata... op. cit. pp. 304-305
- 31 Aristóteles. El arte poética. op. cit. p. 51
- 32 Ibidem. p. 47
- 33 Paz, Octavio. El laberinto de la soledad, Posdata... op. cit. pp. 310-311.
- 34 Muir, Edwin, La estructura de la op. cit. p. 40
- 35 Ibidem. p. 41
- 36 Ibidem. p. 33
- 37 Paz, Octavio. El laberinto de la soledad, Posdata... op. cit. p. 291
- 38 González, Manuel Pedro. Trayectoria de la ... op. cit. p. 211
- 39 Carballo, Emmanuel. Diecinueve protagonistas de la ... op. cit. p.p. 73-74
- 40 Paz, Octavio. El laberinto de la soledad, Posdata... op. cit. p. 188
- 41 Ibidem. p. 212
- 42 Ibidem. p. 295
- 43 Ibidem. p. 318
- 44 Carballo, Emmanuel. Diecinueve protagonistas de la ... op. cit. p. 74
- 45 Paz, Octavio. El laberinto de la soledad, Posdata... op. cit. pp. 311-312
- 46 González de la Mora, Carlos Javier. Estructura, mito y política en la sombra del caudillo, México: UNAM, Tesis profesional, 1992. p. 110

CONCLUSIONES.

Martín Luis Guzmán, gracias a su capacidad intelectual, ocupa un prominente lugar entre los literatos mexicanos. Profundo conocimiento de la lengua española, destacada labor periodística e intensas vivencias personales se conjugaron de manera especial en Guzmán y contribuyeron para que penetrara con gran acierto analítico en la realidad de México, para luego transmitir, en su obra, sus valiosas impresiones críticas.

Desde sus primeras obras se advierte en Martín Luis una innata capacidad para el análisis político. De manera peculiar logra captar las motivaciones psicológicas de los caudillos y los retrata con habilidad insuperable. Como buen literato, Guzmán escudriña hasta lo más recóndito de las personalidades de los líderes políticos y, valiéndose de su pluma irreprochable, los muestra al lector para que éste los entienda y los justifique o censure, según sea el caso.

Puede asegurarse que **La sombra del Caudillo** es la obra más importante de Martín Luis Guzmán. Representa el producto de madurez en la que retoma su creación anterior para dar paso a una novela insuperable en la que muestra al lector el mundo de la política mexicana, lleno de corrupción y de traiciones. En esta novela se advierte un esfuerzo constante del autor por reconstruir, a partir de la ficción literaria, el valor histórico de los hechos..

Así pues, **La sombra del Caudillo** es una novela dramática de tema político que substancia su trama en hechos reales. En ella, Guzmán trastoca el tiempo histórico para denunciar las arbitrariedades de los gobernantes inflingidas en las personas de Adolfo de la Huerta y de Francisco R. Serrano.

En debida correspondencia de las características de la novela dramática, los personajes de **La sombra del Caudillo**, poco a poco, van cobrando conciencia de sus actos, consecuentemente se enfrentan a una constante intensificación de los acontecimientos. Cada uno de los personajes caen en la cuenta de que sus acciones los orillan a lo irremediable de sus destinos.

Además, **La sombra del Caudillo** es una tragedia y, en cuanto tal, se pliega a lo previsto por Aristóteles para este género de obras. Bien es cierto que la obra dramática no necesariamente debe ser trágica, pero **La sombra del Caudillo** lo es: es la tragedia que ha vivido el pueblo mexicano y que aún subsiste en nuestros días. En esta obra, Martín Luis Guzmán expone, a partir de la ficción, la realidad del mundo político. Entre las líneas de **La sombra del Caudillo** el lector puede penetrar hasta lo más íntimo del comportamiento de la casta política y del pueblo mexicano. Se ha dicho que en esta novela Guzmán relata el mundo “de los de arriba”, pero aún cuando no aparecen explícitamente, se advierten también “los de abajo”, ese pueblo sumiso que cumple, con mansedumbre ancestral, su papel de víctimas.

Para confirmar la aseveración de las últimas líneas del párrafo anterior, es suficiente recorrer las primeras planas de los periódicos del mes de octubre de 1927 y se podrá observar que no se levanta ninguna crítica a la artera acción del presidente Calles. La información oficial parece justificar el fusilamiento del general Serrano y de sus acompañantes, pues se afirmaba que se habían levantado en armas. Pese a lo que el pueblo sabía, y si no lo intuía, no se atrevió a levantar la voz para denunciar la insidia de los gobernantes, temeroso, sin duda, de que la furia de los caudillos se revirtiera en contra de él.

Martín Luis Guzmán deposita en cada uno de los personajes de **La sombra del Caudillo** una individualidad peculiar que les confiere naturalidad y credibilidad, sin que en ningún momento traicionen lo inevitable de sus destinos. En esta novela se advierte a los hombres reales asumiendo sus papeles de ficción al grado de que se puede identificar la historia a partir de la fantasía literaria.

Analizada **La sombra del Caudillo** a la luz de **Posdata** se encuentran, con relativa facilidad, las aseveraciones planteadas por Octavio Paz en su obra: la de la pirámide, por ejemplo, en cuya cima se encuentran los **tlatoanis** y sacerdotes imponiendo su voluntad y poder sobre el pueblo. Esta simbología ha permeado la historia de México y aún se proyecta en nuestros días.

Como consecuencia, de esta supervivencia simbólica, el gobernante mexicano asume el rito del ejercicio del poder. Un poder no conferido por el voto popular, sino que es transmitido míticamente por la voluntad divina. Así el rito y el mito del poder se complementan: el rito del ejercicio del poder a partir del cual los gobernantes hacen cumplir su voluntad, no importando los procedimientos; y el mito de la sumisión del pueblo, el cual debe cumplir la voluntad del gobernante, sin oponer resistencia.

Por último, es pertinente insistir en que Martín Luis Guzmán es un escritor que capta la realidad de su momento y la convierte en literatura. Así el lector, a lo largo de la obra de Guzmán, puede adentrarse en los acontecimientos históricos de México y advertir la realidad de los acontecimientos a partir de la ficción literaria..

BIBLIOGRAFIA.

Obras de Martín Luis Guzmán:

La querrela de México. México: Fondo de Cultura Económica. 1992. 22p. Obras completas. Tomo I.

A orillas del Hudson, México: Fondo de Cultura Económica. 1992, 25 p. Obras completas. Tomo I.

Otras páginas. México: Fondo de Cultura Económica. 1992, 87 p. Obras completas. Tomo I.

El Aguila y la Serpiente, México: Fondo de Cultura Económica. 1992, 302 p. Obras completas. Tomo I.

La sombra del Caudillo, México: Fondo de Cultura Económica. 1992, 150 p. Obras completas. Tomo I.

Alcina Franch, Juan. "Estudio preliminar", en Novelas ejemplares. México: De. Bruguera, 1977, 671 p.

Alessio Robles, Vito. Desfile Sangriento, México: Ed. Porrúa, 1979, 161 p.

Anderson Impert, E. Historia de la literatura hispanoamericana. México: Fondo de Cultura Económica, Séptima edición 1985. 510 p. Breviarios No. 156, Vol. II.

Aristóteles. El arte poética. México: Espasa-Calpe, undécima edición 1992, 144 p. Colección Austral, No. 803.

Bense, Max. Estética, Buenos Aires, Nueva Visión, 1954. Cfr. en Antología Textos de estética y teoría del arte. México: UNAM, 1982, 492 p. Lecturas Universitarias, No. 14.

Berger, Morroe. La novela y las ciencias sociales. México: Fondo de Cultura Económica 485 p. Breviarios, No. 280.

Brushwood, J.S. México en su novela. México: Fondo de Cultura Económica. 1973, 437 p.
Breviarios No. 230.

Campos, Julieta. Función de la novela. México: Joaquín Mortiz, 1973.

Carballo, Emmanuel, Diecinueve protagonistas de la literatura mexicana del siglo XX. México: Empresas Editoriales, S.A., 1965, 469 p.

Castagnino, Raúl H. El análisis literario. Buenos Aires: Editorial Nova.
IIa. edición, 179, 410 p.

Castro Leal, Antonio. La novela de la Revolución Mexicana. México: Ed. Aguilar.
Tomo I, 1052 p.

Curiel, Fernando, La querrela de Martín Luis Guzmán, México:
Ediciones Coyoacán. 1993, 244 p.

De la Peña, Sergio. "De la revolución al nuevo Estado" (1920-1930) en México un pueblo en la historia. México: Alianza Editorial. Cuarta edición, 1992, 245 p.

Dorra, Raúl. La literatura puesta en juego. México: UNAM. 1986, 320 p.

Dulles, John W.F. Ayer en México. Una crónica de la Revolución (1919-1936). México: Fondo de Cultura Económica. cuarta reimpresión, 1993. 653 p.

Escarpit, Robert. Teoría general de la información y de la comunicación. Barcelona: ICARIA Editorial, 1981. 318 p.

Freud, Sigmund. Introducción al psicoanálisis. Madrid, Alianza Editorial, Cfr. en Antología Textos de estética y teoría del arte. México: UNAM, 1982, 492 P.
Lecturas Universitarias, No. 14.

García Méndez, Javier A. Huitzilac versión no oficial. México: ENEP Acatlán, UNAM, 1989, 405 p. Tesis profesional.

Gardner, John El arte de escribir novela. México: Publigráficas. 1987, 197 p.

González, Manuel Pedro. Trayectoria de la novela en México. México: Ediciones Botas. 1951. 418 p.

González de la Mora, Carlos J. Estructura, mito y política de la sombra del Caudillo. México: Facultad de Filosofía y Letras SUA, UNAM, 1992, 151 p. Tesis profesional.

Hall, Linda B. Alvaro Obregón. Poder y revolución en México 1911-1920. México: Fondo de Cultura Económica. 1985. 261 p.

Krauze, Enrique. Venustiano Carranza. México: Fondo de Cultura Económica. 1987, 177 p. Biografía del poder 5.

..... Alvaro Obregón, México: Fondo de Cultura Económica. 1987. 125 p. Biografía del poder 6.

..... Plutarco E. Calles. México: Fondo de Cultura Económica. 1987. 154 p. Biografía del poder 7.

Langer, Susanne K. Los problemas del arte. Buenos Aires: De Infinito. 1966 Cfr. en Antología. Textos de estética y teoría del arte. México: UNAM, 1982, 482 p. Lecturas universitarias No. 14.

Langle, Arturo "La Convención frente al Constitucionalismo", en Historia de México. México: Salvat Mexicana de ediciones 1978, Vol. II.

Luckás, Georg. "Arte y verdad objetiva" en Problemas del realismo. México: Fondo de Cultura Económica, 1966. Cfr. en Antología. Textos de estética y teoría del arte. México: UNAM. 1982, 492 p. Lecturas universitarias No. 14.

..... La novela histórica. México: Ediciones Era, Tercera Edición 1977, 452 p.

Mancisidor, José Historia de la Revolución Mexicana. México: Costa-Amic, 26a. edición, 1975. 357 p.

Márquez Rodríguez, Alexis. Lo barroco y lo real-maravilloso en la obra de Alejo Carpentier. México: Siglo Veintiuno editores, 1982, 587 p.

Mason Hart, John. El México revolucionario. México: Alianza editorial, 3a. edición. 1992. 574 p.

Matute, Alvaro. "La administración de Calles y la muerte de Obregón" en Historia de México. México: Salvat Mexicana de Ediciones. 1978. Vol. II.

Monsiváis, Carlos. Escenas de pudor y liviandad. México: Grijalbo, Séptima edición, 1981. 354 p.

Muir, Edwin. La estructura de la novela. México: UAM, 1984. 107 p.

Obregón, Alvaro. Ocho mil kilómetros en campaña. México: Fondo de Cultura Económica. 1973.

Paz, Octavio. El laberinto de la soledad. Posdata, vuelta a el laberinto de la soledad. México: Fondo de Cultura Económica. 1994.

Ramos, Samuel. El perfil del hombre y la cultura en México. México: Espasa-calpe. Sexta edición, 1976, 145 p. Colección Austral, No. 1080.

Reyes, Alfonso. El deslinde, Prolegómenos a la teoría literaria. México: El Colegio de México. Cfr. en Antología. Textos de estética y teoría del arte. México: UNAM, 1982, 492 p. Lecturas universitarias, No. 14.

Sánchez, Andrea y Lafuente, Ramiro. "Carranza y Obregón en el poder", en Historia de México, México: Salvat Mexicana de ediciones, 1978. Vol. II.

Suavage, Jacques. Introducción al estudio de la novela. Barcelona: Editorial Laia. 1982, 172 p.

Sucesiones, destapes y elecciones presidenciales. México: El Universal. 1993. Tomo I.

Trejo Villafuerte, Arturo "Realidad y ficción en dos novelas: la sombra del Caudillo y Los relámpagos de agosto (entre sombras y relámpagos)" en Revista A. México: UAM, Volumen VII No. 18 mayo-agosto de 1986.

Vasconcelos, José. El Desastre. México: Ediciones Botas 1971, 684 p.

Villegas, Abelardo. El pensamiento mexicano en el siglo XX. México: Fondo de Cultura Económica 1993. 251 p.